ERYA Y LAURA CAMPOS

«Tu vida me pertenece, joven Hattstein».



UN CONTRATO DE MAGIA Y SOMBRAS

ERYA

LAURA CAMPOS

UN CONTRATO DE MAGIA Y SOMBRAS

© 2024 Erya
© 2024 Laura Campos
© Ilustración de cubierta: Dani Triana (@primmrosse_design)
Maquetación: Cristina Guerrero Jerez (@eryaescribe)
Primera edición: mayo 2024
Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del autor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley.

A ti, lector.

Contrato de Magia Inquebrantable

La helada caía como un manto sobre los campos. La niebla se alzaba ligeramente a su alrededor mientras intentaba en vano espolear a los caballos. A la espalda, el carro lleno hasta los topes no ayudaba en absoluto, y Skull Hattstein, aunque contento por sus negocios, jadeó suplicando un milagro.

Hacía años que no veía una niebla tan densa y eso haría más lenta su marcha. Llevaba casi un año fuera de casa y todavía quedaban unas semanas para ver su hogar.

Escuchó unos crujidos que le hicieron tensarse. Contuvo el aliento y no se atrevió siquiera a moverse un centímetro. Pero el sonido se repitió. Más cerca.

Detuvo el carro con un movimiento y miró alrededor. No veía más que sombras, oscuridad. Y la neblina flotando en volutas.

El sonido metálico que precedió al grito de guerra entre la oscuridad le heló la sangre.

Mas lo que apareció entre la bruma fue una manada de huargos grises. Expresiones furibundas, bocas repletas de dientes manchados de espuma. Los caballos relincharon y se encabritaron. No tenían nada que hacer contra los lobos y Skull lo sabía. Tenían hambre y ellos eran el primer plato en a saber cuánto tiempo.

Tragó saliva con dificultad y sopesando sus opciones se llevó la mano al cinturón. Sacó una espada y se defendió como pudo. Un mordisco le alcanzó el brazo, llevándose consigo parte del mismo. La espada cayó de su mano entumecida y entonces pasó.

Tan deprisa que no sabría nunca si fue cosa de su imaginación.

Una luz cegadora le envolvió y una figura esbelta se situó entre él y el animal. Su voz era cristalina y pronunció palabras en un idioma desconocido para él.

Se movía como un mar embravecido. Todo serenidad e impulso.

Recordaría sin embargo las telas de seda en su herida, reconstruyendo su brazo. Su olor de cerezas y cera. La cadencia de su acento o la caricia de sus dedos en el rostro.

Podría haber olvidado sus palabras, pero estas se ocultaron en algún lugar de su memoria, para resonar con fuerza veintiún años después, cuando su pequeño fue arrastrado a un carruaje tirado por bestias invisibles.

«Te he salvado y ahora estás en deuda conmigo. Posees algo que aún no sabes. Ese bien me pertenece y cuando llegue el momento, tomaré lo que es mío. Recuerda, Skull Hattstein, recuerda el Contrato de Magia Inquebrantable».

Las leyes de la magia pesan sobre cualquier designio.
El Contrato de Magia Inquebrantable debe ser saldado.
Tu vida me pertenece, joven Hattstein.
Pero mi corazón jamás te pertenecerá a ti.

Capítulo 1
Leysan Hattstein

Cuando abro los ojos el sol entra a raudales por la ventana y el aroma de los jazmines del jardín está por todas partes. Y algo más abajo, en la cocina, ya oigo a mi madre y a mi tía remover las cacerolas.

Hoy es mi cumpleaños, me siento en la cama y me desperezo. Cumplo veintiuno y se supone que ya soy un hombre. Llevo desde los quince acompañando a mi padre en sus tareas de comerciante. Le he conseguido los mejores precios en los últimos años y voy a heredar este negocio. Estoy seguro.

Me pongo mi mejor indumentaria. Un jubón color crema a juego con unos pantalones oscuros. Ajusto la parte superior con un chaleco de cuero en la cintura. Tras refrescarme la cara, me adecento el cabello castaño apartándolo de mi rostro con ayuda del agua.

Nada va a estropearme mi día libre. Mi padre se empeñó en que lo celebrara, argumentando que, a partir de ahora, mi vida va a cambiar.

Se da por hecho que tengo que buscar esposa y formar mi propia familia. Aparto esos pensamientos de mí, pues bastante he tenido que escuchar acerca del tema durante las últimas semanas.

Como ya espero, mi madre y mi tía, idénticas y difíciles de diferenciar hasta para los más cercanos, están con las manos llenas de harina hasta los codos y la cocina es un caos dulce con olor de vainilla y canela.

Me trae recuerdos de mi infancia y sonrío, mientras me acerco para coger una manzana violácea del frutero. Le doy un mordisco sin perder la sonrisa.

—¡Feliz cumpleaños, mi niño! —exclama Desi, mi tía, observándome de arriba a abajo—. Esos hoyuelos van a volver loco a medio Mistbrook.

—Ya lo hacen. —Le guiño un ojo a modo de respuesta y veo cómo mi madre pone los ojos en blanco.

—No le animes, Desi, hazme el favor.

Mi madre intenta mantenerse seria, pero noto que las comisuras la traicionan y se estiran en una sonrisa que no puede evitar y marca los mismos hoyuelos de los que habla y que supuestamente van a volver loco a medio reino.

—No lo necesita. —Mi tía vuelve a la carga.

—Feliz cumpleaños, pastelillo.

—Mamá, por favor, ¿te das cuenta de que ya soy un hombre?

—Y siempre serás mi niño. Mi pastelillo.

Avanza unos pasos tras limpiarse en vano los brazos con un paño y me envuelve en un abrazo cálido que huele a frutas del bosque. Cierro los ojos solo un instante antes de separarme de ella. La encuentro con los ojos vidriosos y esta vez la rodeo yo con los brazos.

—Te has hecho tan mayor… —suspira.

Asiento y la dejo que regrese a la masa en la que están trabajando.

—¿Cerezas, azúcar nieve y las especias de siempre? —digo repasando la lista de ingredientes para el pastel familiar que se suele preparar en fechas marcadas como la de hoy.

Ellas asienten y yo giro sobre mis talones, todavía con la manzana lila entre mis dedos. Antes de que ponga un pie fuera de la cocina, Desi suelta una exclamación.

—¡Ay, casi se me olvida! —Se golpea la frente llenándose el cabello de harina—. ¿Puedes ver si consigues ajenjo y polvo de mandrágora?

Imagino que es para mi tía Narcisa, la esposa de Desi y la sanadora mágica del pueblo. A veces necesita ingredientes de última hora, como parece ser el caso.

—Claro, veré qué puedo hacer.

Les hago un gesto de despedida antes de dirigirme a las calles de Nightbrook, que me esperan radiantes esta mañana de verano.

Hace calor y encuentro a algunos niños jugando en la plaza, mojándose con el agua de la fuente. Los saludo y ellos me devuelven el gesto. Revuelvo el pelo rojo del más pequeño de los Ensten y le meto un caramelo en el bolsillo a escondidas.

Me dirijo al mercado, unas calles más abajo. Ya siento la mezcla de olores, los gritos y el bullicio antes de llegar y doy un paso tras otro hasta que la avenida se abre y se convierte en una plaza aún más grande, repleta de puestos abastecidos de comida, utensilios, pieles…

No me quiero entretener, algo que hago a menudo, e intento ir directo hacia el puesto de frutería. Las cerezas suelen acabarse enseguida.

Compruebo con alivio que aún quedan y Dalia, la tendera, me saluda con un gesto alegre. Sabe bien qué día es hoy, como casi todos los comerciantes.

—¡Feliz cumpleaños, Leysan! —Coge una bolsa de papel y mete cerezas dentro.

—¡Gracias, Dal! Ponme también dos limones.

Recuerdo que le da buen sabor a la masa y ella asiente, concentrada en su tarea. Le pago todo y sigo hacia el puesto de pastelería donde debo recoger lo demás.

El tendero, que sufrió la extraña enfermedad que asola el reino de Mistbrook, me observa con su inquietante ojo rojo mientras examino unas ramitas de canela. Nunca recuerdo su nombre, pero sé que se volvió taciturno tras el mal que le cambió el aspecto. Aparte del ojo, luce la mitad del labio inferior de un color negro poco agradable.

Oigo un revuelo cerca de mí y me vuelvo después de pagar. Una nube de polvo cubre medio mercado y se oyen… ¿caballos?

Detrás de mí, el hombre del ojo rojo escupe en el suelo haciendo que yo tuerza el gesto y suelta una palabrota entre dientes. No me molesto en volverme hacia él, sino que mi mirada sigue puesta en la nube de polvo que ya se va desvaneciendo, en busca de qué lo ha provocado.

—¿Qué ha sido eso? —se me escapa en voz alta.

—Nada bueno, muchacho.

—Ay, no hagas caso a Thomas, solo será un carruaje con prisas. —Un brazo se entrelaza con el mío y al volverme encuentro a Lira, mi amiga e hija del herrero de Nightbrook y una de las candidatas a convertirse en mi futura esposa. Mis padres son muy selectos al respecto, durante las últimas semanas han elaborado una larga lista que se ha ido reduciendo a lo largo de los días.

—Con mucha prisa a juzgar por la nube de polvo —observo, aún con el ceño arrugado.

—¿Qué tal sientan los veintiuno?

La piel oscura de Lira está fría, pese al calor que ya empieza a hacer que me arrepienta de haberme puesto el chaleco.

—En teoría los cumplo a mediodía.

Ella se aparta un poco de mí y sus rizos negros bailotean sueltos sobre sus hombros desnudos mientras estudia un puesto de abalorios. Me mira de soslayo con un brillo travieso en los ojos dorados.

—Nos vemos esta tarde para celebrarlo.

—No llegues tarde o te quedarás sin tarta.

Me despido de ella y tomo otro camino más largo para llegar a mi casa. No vivo en las afueras de Nightbrook, pero casi. Es una casa grande, de tres plantas, con jardines anchos y suficiente espacio para dos familias. Arriba del todo viven mis tías y las dos plantas inferiores son nuestras. Aunque, en realidad, es como si todo fuera de todos.

Presiento que las cosas no van bien cuando veo que hay un carruaje frente a la puerta.

Uno como nunca he visto. No lo tiran caballos, pero, sin embargo…, es como si estuvieran ahí. Las riendas flotan en el aire como agarradas por… ¿un cochero invisible? Me río de mí mismo, pero no hay humor alguno en mi voz.

Mi padre está ahí, muy serio, contemplando un pergamino plateado. Brilla de una forma antinatural, como si fuera mágico. Y, cuando sus ojos se encuentran con los míos, aprieto la mandíbula y quiero dar un paso hacia él, pero algo me golpea y la bolsa de cerezas se desparrama a mis pies.

Después, todo pasa muy deprisa.

Una fuerza invisible me arrastra al carruaje y, por más que lo intento no puedo zafarme.

—¡No! —La voz de mi padre corta el silencio.

—¡Soltadme! ¡Soltadme! —grito, intentando liberarme.

Es en vano. Las puertas se cierran y el carro empieza a moverse. Intento abrir, pero de nada sirve.

Mi padre desde fuera, observa la escena, atónito, con ojos vidriosos y, cuando nuestras miradas se encuentran siento que, de algún modo, comprende qué está pasando.

«¿Cómo es posible?».

Y, entonces, una voz ahogada por unos cascos de caballos que no puedo ver me dice:

—Joven Hattstein, el Contrato de Magia Inquebrantable debe ser saldado.

Capítulo 2
Noctua Gray

Me paseo desnuda por la habitación, esquivo el reflejo reluciente del espejo y me dirijo al baño perfumado que humea con delicadeza. El mármol agrisado de las paredes refleja mi silueta curvilínea mientras recorro de puntillas el espacio que me separa de la bañera.

Color crema, de patas y bordes en oro. Hay espacio para dos, pero esta vez no comparto con nadie este placer.

Me meto con cuidado y los vapores de mandarina y rosas me envuelven como un manto. Suelto un gemido cuando me hundo en el agua y mi rubia cabellera hasta las caderas flota a mi alrededor, mecida por el movimiento del agua.

Y, entonces, oigo esa maldita e irritante voz. Otra vez.

—Pichi, ¿dónde está el adonis de anoche?

La ignoro y gruño malhumorada sin abrir los ojos. A ver si por una vez mi querida hermana es avispada y pilla la indirecta. O más bien la directa. No la quiero aquí, pero está empeñada en ser como un grano en mi hermoso culo.

—Sé que me has escuchado. Espero que no le hayas…

—Te aseguro que todo lo que le he hecho ha sido de su más absoluto agrado —digo con malicia, haciendo que se revuelva incómoda en su sitio—. Y estoy segura de que lo has oído.

Ella hace una mueca, pero se recupera enseguida y da varios pasitos cortos que retumban en el mármol del suelo. Se aparta el cabello como ala de cuervo del rostro con una diadema de rosas y sus ojos carmesí sonríen antes de que lo haga su boca de labios negros.

—Mi habitación está en la otra ala de la mansión, como ordenaste, pichipunky.

—Me llamo Noctua.

—Mi llimi Nictii Griy y…

—Soy la dueña de la mansión Gray. Lo que te ordené, querida hermana, es que te largaras de mi propiedad.

Para mi consternación, Sybil suelta una risa melodiosa, que acompaña con otros saltitos exasperantes a mi alrededor. Su vestido oscuro reluce sobre su piel gris, cuyo brillo está empezando a aparecer a la vez que lo hacen las primeras estrellas en el firmamento. Siento el tacto de sus uñas, ligeramente curvadas, en mis hombros y después se inclina hacia mí.

—No voy a abandonarte a tu suerte.

Asumo que el baño ha terminado y me incorporo, salpicando agua con la única intención de molestar a la pequeña Gray, pero, como siempre, ella se lo toma con humor y se seca con parsimonia con una toalla que después me da para que me envuelva.

Se pierde camino de mi habitación y le lanzo un gruñido de advertencia, al que ella contesta con un gesto de la mano, cuando se mete en mi vestidor.

Me planto frente a un espejo de cuerpo entero y admiro mi reflejo sin pudor. Me pongo cremas perfumadas y rocío de rosas por la piel, antes de ponerme la ropa interior. Después,

doy una señal y espero altiva a que el servicio me ayude a ponerme el vestido.

He elegido uno celeste, ajustado al cuerpo, con ribetes de encaje que rodean mi cintura, llegando peligrosamente a la curva de mi trasero. Mi piel dorada reluce al otro lado del encaje y sé que va a atraer todas las miradas.

Unas manos abrochan mi vestido por detrás y solo atisbo en el reflejo del espejo una espesa y enmarañada cabellera de un rubio ceniza.

—Puedes retirarte.

Sé cuándo se va, gracias al espejo que hay cerca de la puerta. Esta se abre y se cierra, como movida por una corriente y me quedo otra vez en compañía de mi hermana.

—Por cierto, Sybil.

Alzo la barbilla y la atravieso con una mirada glacial.

—Quiero que dejes de alimentarlos como a cachorrillos hambrientos.

A ella se le abren mucho los ojos y el rubor tiñe sus mejillas.

—¿Qué mal puede hacerles un poco de pan y queso?

—No son invitados.

—Sí, sí, ya lo sé —agita una mano—, son solo tus marionetas sexuales, pero…

La verja del jardín emite un chirrido tan sonoro que pierdo por un instante el hilo de mis pensamientos y avanzo hacia la ventana.

Un carruaje oscuro sigue el camino de la entrada y lo pierdo de vista cuando se introduce de lleno bajo la arboleda. Me muerdo el interior de la mejillas y suspiro.

No puede ser nada bueno.

—¿Has invitado a alguien? —Me dirijo a mi hermana con gesto severo.

—¿Yo? ¡No! ¿Cómo…?

La ignoro y bajo las escaleras a toda prisa, ella me sigue, oculta entre las sombras.

En el vestíbulo hay un chico, al que sujeta Ambrose —solo sé que es él gracias a las paredes cubiertas de espejos que nos rodean—, el cochero. El mismo que debería estar preparándose para llevarme a la fiesta de esta noche.

—¿Qué es esto?

Niego con la cabeza cuando aparece a dos centímetros de mi cara un pergamino plateado, reluciente y, a todas luces, mágico.

Me atraganto cuando mis ojos topan con unas palabras que sé que me van a cambiar la vida y no precisamente para bien.

Contrato de Magia Inquebrantable

El nombre que figura es el de Amyste Gray. Mi madre.

Que para mi desgracia falleció hace unos años y al parecer se dejó en el tintero algunas cosas que contarme. El chico alza la barbilla en un gesto solemne que me sorprende, dadas las circunstancias.

Le miro sin pestañear.

Joven. Guapo. De cabello espeso y castaño, ojos oscuros como la noche sin luna y una barba incipiente que, en otras circunstancias, querría sentir en lugares indecentes.

Pero, en este preciso momento, ese muchacho es un inconveniente del que, al parecer, no voy a poder deshacerme.

—Se me ha traído hasta aquí en contra de mi voluntad y exijo que se me deje de…

—No estás en posición de exigir nada —afirmo con frialdad.

No puede comprender qué pasa. La confusión se percibe más allá de la altivez que intenta mantener. Se le ve acostumbrado a tratar con la gente, pero el miedo acaba abriéndose paso y lo compruebo cuando da una patada violenta hacia atrás. Ambrose no cede en su agarre o no lo hace al principio, pues el muchacho es fuerte. Se le notan los músculos de los brazos cuando forcejea y me humedezco los labios. Sonrío. Un inconveniente muy entretenido.

—Está bien, suéltalo.

Hago un gesto sutil con la mano y, aunque no puedo verlo, intuyo el ceño fruncido de mi cochero antes de liberar al chico. Este me mira un solo segundo, antes de echar a correr hacia la puerta, que cede ante su peso y las hojas del jardín crujen mientras lo atraviesa a toda prisa.

—¿Le persigo?

La voz de Ambrose retumba en el vestíbulo.

—Claro que no. Prepara el carruaje, tenemos una fiesta.

—Pero, el contrato…

Chasqueo la lengua y, sin volverme siquiera, empiezo a contar:

—Tres, dos, uno…

El chico aparece junto a mí al instante. Me mira confundido, aterrado y… Ah, ahí está. Me mira como si fuera la mujer más bella que ha visto en su vida. Traga saliva. Sus pupilas se dilatan y noto el esfuerzo titánico para que su cuerpo sobrehormonado no reaccione a mí. Pestañeo y le miro.

Frunzo el ceño al ver la determinación en las sombras de sus ojos.

—Tengo que volver a mi casa. Esto es…

—… un gran inconveniente, lo sé. Pero para bien o para mal, ahora tu vida me pertenece, joven Hattstein.

Capítulo 3
Leysan Hattstein

¿Qué tipo de broma macabra es que el día de tu cumpleaños acabes encerrado en la mansión de una rubia despampanante?

Dicho así no suena tan mal, lo sé. Pero yo debería estar en mi casa, a estas alturas celebrándolo con Lira, compartiendo un vino de grosellas y jugando a cualquier estupidez de las que ella se inventa. Sin embargo, estoy encerrado en una habitación, sin entender nada de lo que está pasando.

La rubia no me ha dicho ni cómo se llama y me ha confinado entre estas cuatro paredes. He golpeado la puerta y gritado hasta cansarme, pero ya he comprendido que no hay forma de escapar.

La habitación es amplia, de paredes cubiertas de papel pintado de un relajante verde, con detalles en plata. La cama tiene cuatro postes con sendos doseles de seda y la colcha es del material que sueñan las princesas. Y, no vamos a negarlo, también los príncipes. Pero yo ahora pagaría por volver al tacto áspero de mis sábanas.

La ventana a mis espaldas da a la parte trasera del jardín y tiene un pequeño balcón. No he podido abrir esa puerta aunque tampoco serviría de nada. Estoy en la última planta y lo que menos deseo es partirme las piernas saliendo de aquí.

Oigo un chasquido y frunzo el ceño. La puerta… ¿se ha abierto?

Espero unos instantes, por si se trata de la rubia, pero nadie aparece. Me muerdo el labio y muevo la pierna con nerviosismo.

¿Debería?

Maldita sea.

Claro que debería.

Me pongo en pie de un salto y voy directo hacia el pasillo. Todo está en silencio, así que empiezo a caminar. Estoy rodeado de espejos. Es algo que he observado desde que he llegado. Es, con diferencia, el lugar en el que más veces me he visto reflejado en toda mi vida, y he estado en lujosas mansiones de nobles presumidos que pasan las horas muertas probándose los más caros trajes.

Llego a unas escaleras y, tras meditarlo unos segundos, desciendo. Dan a un corredor amplio, con puertas altas, todas cerradas y, para no perder la costumbre, espejos de cuerpo entero por doquier.

El corredor termina en una única puerta abierta. Me detengo a mitad de camino cuando creo percibir un movimiento a mi lado.

—Es tu reflejo, Leysan —me digo en un intento por calmar mi corazón desbocado.

Pero cuando miro hacia el frente, creo percibir algo más a mi alrededor, como si… Corro hacia los espejos que hay más adelante, pero solo veo en ellos a un chico asustado con el pelo demasiado revuelto y las mejillas rosadas. Sonrío y mis hoyuelos aparecen.

Respiro hondo.

Estoy solo.

—Estoy solo —repito en voz alta para creérmelo.

Sigo con mi avance y llego hasta un comedor con una larga mesa de madera oscura iluminada con candelabros de plata que reposan sobre ella junto a bandejas de comida. Deliciosa comida cuyo aroma llega a mis fosas nasales. Cierro los ojos y me deleito con los olores.

Carne.

Pescado.

Pan y dulces recién horneados.

Miro a uno y otro lado, buscando a la rubia o a otra persona para quien esté preparado este banquete. Pero estoy solo.

Apartando de mí toda precaución, me acerco y me sirvo trozos de carne cubiertos por una espesa salsa oscura. Cojo pan y me siento. En cuanto mi lengua entra en contacto con el primer pedazo, se me escapa un gemido.

Nunca había probado nada igual.

¿Quién lo habrá cocinado?

Sigo solo, a excepción de mi propio reflejo. Decenas de él, imitando mis gestos. Me inclino a servirme verduras asadas y ellos hacen lo mismo. Cuando paso al postre, lo disfrutan conmigo, mas ellos lo hacen en el más absoluto de los silencios.

Es siniestro, por lo que evito mirarlos. O lo intento, porque están por todas partes. ¿Quién podría estar interesado en tener tantos espejos? ¿Y por qué?

Con el estómago lleno, me recuesto sobre la cómoda silla y miro al techo, donde una lámpara de araña con velas encendidas me ilumina.

Tengo que salir de aquí. Mi familia se debe de estar preguntando que dónde me he metido. ¿Y Lira? Estarán todos preocupados. ¿A cuánto estaré de Nightbrook? Debería hacerme con un caballo, quizás haya algún pueblo cercano donde conseguir uno. Y donde preguntar hacia dónde dirigirme para regresar a casa.

Decidido, con las ideas claras, me encamino hacia la entrada. Me sorprende encontrarla abierta, dado el interés de la rubia en mantenerme encerrado. Fuera reina la cálida noche, las estrellas y la luna me acompañarán para que no esté solo, como dentro de este lugar. Doy varios pasos a través del jardín, pero nada sucede.

Recuerdo lo acontecido hace algunas horas. Fue extraño. Salí corriendo y, de repente, estaba junto a ella. Pero ella ya no está.

Me aventuro más allá del jardín y aspiro el aroma de los pinos que forman el bosque que hay frente a mí, tras un camino de tierra que lo rodea. Si llego hasta él, me conducirá a alguna parte.

¿Izquierda o derecha?

Capítulo 4
Noctua Gray

Lo que más adoro de las fiestas es ser el centro de atención. Mi belleza eclipsa a las demás y mantiene los ojos de ellos fijos en mí. Ansiosos por compartir conmigo un baile y… es posible que algo más. Pobres desgraciados. Creen que darme placer es un privilegio, mas en realidad es un castigo.

—Lady Gray, es un honor tenerla en nuestra fiesta de aniversario.

La duquesa de Firebrook me sonríe, pero no lo hacen sus ojos. No le agrada mi presencia, especialmente porque su apuesto esposo no me quita el ojo de encima, aunque intenta hacerlo con disimulo.

—Una fiesta espléndida, duquesa Nashde. No me la hubiera perdido por nada del mundo, se lo aseguro —respondo llevando una copa de vino dorado a mis carnosos labios color rosa de invierno. Llamativos por encima de mi vestido, para que todos los deseen.

Observo con deleite a los presentes, mientras ella me da una conversación carente de significado. Sabe que le conviene llevarse bien con la familia Gray. Nuestra influencia es innegable.

Y, cuando ya tengo en el punto de mira a mi siguiente objetivo, unos gritos apartan mi mirada de mar del apuesto lord.

—¿Quién ha dejado entrar a este mendigo?

—¡Qué escándalo!

—¡Que alguien lo saque de aquí!

Apenas me da tiempo de enterarme de qué sucede. Varios sirvientes de los duques sacan a un muchacho que exige que le suelten, que solo desea marcharse a su casa. La voz me resulta familiar, pero entre tantas cabezas me es imposible verle la cara.

Hasta que aparece junto a mí. El joven que acaba de cumplir veintiún años y que ha invadido mi vida por culpa de mi madre y su padre. Del contrato.

Me mira confuso y recorre el salón con sus ojos oscuros.

—¿Qué está pasando?

—Disculpad esta intromisión, duques de Firebrook. Es uno de mis sirvientes.

—¿Qué…?

Antes de que pueda decir nada, le cojo con fuerza del brazo y le arrastro fuera del salón, lejos de las miradas curiosas.

—¿¡Se puede saber qué haces aquí!?

Mis ojos son puro fuego, pero él no se achanta. Se aparta de mi agarre y me planta cara, algo que nadie se ha atrevido hacer en años, exceptuando a mi hermana.

—¿Se puede saber qué está pasando? —replica.

—¿Cómo has salido de la habitación?

Se encoge de hombros por toda respuesta. Desvío la mirada hacia el exterior.

—Sybil… —siseo.

Solo ha podido ser ella. ¿Quién si no iba a ser capaz de desafiar mis normas? La menor de las Gray. Mis sirvientes no se atreverían.

Y me ha estropeado la noche. Mientras este ignorante esté fuera de mis dominios, aparecerá allí donde yo esté.

Salgo de la mansión de los duques hecha una furia y mi cochero, al verme, se acerca presto a recogerme.

Recogernos. Porque ahora me ha salido otro grano en el culo.

Leysan Hattstein sube tras de mí al carruaje y se acomoda enfrente, mirándome con rabia y desconfianza.

—¿Quién eres? ¿Por qué aparezco a tu lado? ¿Qué clase de embrujo me has echado?

—Cuida esos modales. A mí te dirigirás como lady Noctua Gray y me tratarás con el debido respeto. —Me fulmina con los ojos, pero sé cómo tratar a hombres como él. Paso la lengua por mis apetitosos labios y le miro, altiva—. Ahora me perteneces. Y si quieres buscar a un culpable, ese es tu padre, Skull Hattstein, a quien mi madre, años ha, salvó la vida, dejándole con una deuda de magia inquebrantable.

Él alza una ceja, pero su expresión denota que comprende mis palabras. Abre la boca sin llegar a soltar palabra alguna.

—Hasta que la deuda esté saldada —continúo—, me perteneces. Espero que esto te quede bien claro. No puedes escapar, como ves. Siempre aparecerás allí donde yo esté, salvo si te mantienes en mi mansión o en los jardines, donde podrás disfrutar de cierta libertad.

—¿Llamas libertad a ser privado de ella?

Me inclino hacia delante y le señalo con el dedo para intimidarle.

—Tú esta noche me has privado también de ella.

Antes de que replique hago un movimiento con la mano y sus labios quedan sellados el resto del trayecto.

Capítulo 5
Noctua Gray

Separarme por fin de él me aporta alivio. Todavía siento en mi vientre una sed ardiente, deseosa de ser saciada. Algo que no podrá ser, al menos no esta noche. Sin embargo, frente a Leysan Hattstein mis pechos clamaban por su boca, y ello no hacía sino que ardiera más y más. Casi me he planteado utilizarle para desquitarme hoy, pero la rabia se ha sobrepuesto a mis deseos carnales.

Él. Lo. Ha. Estropeado. Todo.

Y mientras no empiece a comportarse como el sirviente que es, será castigado.

Un nuevo movimiento de mano, y una fuerza invisible lo lleva en volandas a su habitación que se vuelve a cerrar a cal y canto. En el vestíbulo, percibo un tenue brillo por el rabillo del ojo y giro la cabeza para encontrarme con uno de mis muchos y sensuales reflejos. Mi pelo dorado, mis ojos color mar, mi piel de porcelana con un leve brillo…

—No —musito.

Me acerco. Miro mis manos, alzadas a la altura de mi mirada. Emiten una luz apagada que intenta traspasarme la piel, ya grisácea. Debo darme prisa.

—¿Otra sesión de belleza?

Sybil me intercepta a mitad del ascenso de las escaleras, con sus alas de sombra aleteando a su espalda, manteniéndola a varios centímetros de los escalones.

—Aparta de mi camino.

—¡Menudo humor! —La pequeña Gray se hace a un lado y me sigue, posándose en el suelo.

Me dirijo al ala oeste.

—Si no le hubieras soltado yo ahora estaría cabalgando sobre un noble sugerente que satisfaría mis necesidades, por lo que mi humor sería tan dulce como mi aspecto.

Sybil suelta una sonora carcajada.

—Apuesto a que nuestro invitado también lograría hacerte gemir como una…

—Termina la frase y pasarás la noche colgada bocabajo en el vestíbulo.

Subimos otras escaleras hasta llegar al pasillo que conduce a mi destino.

—A veces pienso que no me quieres. —Hace un mohín, poniendo su cara más adorable.

—Y yo que tu único objetivo en la vida es fastidiarme. ¿Por qué le has liberado?

Entramos en una sala amplia con un atril en el centro, un solo espejo que llega hasta el techo y un retrato que cuelga de la pared y que evito mirar a propósito. Todo ello envuelto en la brisa cálida que se cuela por el balcón abierto.

—Oh, vamos, pichi. ¿Es que no te da ni un poquito de pena? ¡El día de su cumpleaños pierde a su familia y su libertad! Y tú vas y lo encierras como a un animal.

—¡En una cómoda habitación, no en una celda!

—Sigue siendo una prisión.

Resoplo.

—A mí no me eches la culpa. Te recuerdo que esto lo cerró madre hace años.

—¿Y no puedes tú deshacerlo?

Ruedo los ojos mientras me acerco al espejo.

—¿Has olvidado lo que significa «Contrato de Magia Inquebrantable»?

—Ya, ya. —Agita la mano con indiferencia—. Que no se puede romper ni por quien lo creó. Pero debe de haber algún modo de, no sé, acabar con un contrato que nada tiene que ver contigo.

—Pero sí con mi sangre —suspiro mirándome en el espejo, viendo cómo el brillo de mi piel cobra intensidad—. Y, aunque me ate a mí directamente, tú también debes respetarlo. Eres la segunda heredera.

Se hace el silencio entre ambas. Yo dedico un breve pensamiento a madre, ya fallecida, que al parecer dejó cabos sueltos antes de abandonarnos para siempre. Cabos que me toca a mí arreglar o soportar, como en este caso.

—Quiero estar sola.

—¿Por qué no lo dejas?

Una súplica.

—Cuando te rompan el corazón por ser un monstruo, lo comprenderás.

Mi hermana agacha la cabeza y se marcha, dejándome con la única compañía de mi reflejo en óleo. Este también me muestra unos ojos color vino que me observan fijamente, evaluándome. Me tomo unos segundos sosteniendo la mirada del retrato y alzo la barbilla.

—Tú ya no eres yo.

Dicho esto, dirijo los ojos al espejo, que ahora me muestra una mujer de gran belleza que se ha quedado dormida tejiendo frente al fuego.

Extiendo la mano. Unos hilos de magia plateados me conectan a ella. Me traen su belleza mientras sus uñas crecen cual garras y mi piel deja de brillar.

Capítulo 6
Leysan Hattstein

En cuanto mi cabeza tocó la almohada me quedé profundamente dormido. Esa bruja no liberó mis labios, pero el cansancio pudo a mi desesperación por despegarlos. He amanecido como si nada hubiera sucedido, y hasta he gritado para comprobar que todo estaba bien.

Aprieto los dientes, consternado conmigo mismo, y repaso la carta que acabo de escribir. Todavía no la enrollo, ni me decido a poner la dirección de mis padres. Una voz dentro de mí me repite con sorna que ya conocen el motivo por el que estoy aquí, por el que me fueron a buscar.

Encontraré el modo de salir, lo sé, pero por ahora… Mis ojos se desvían hacia el vestidor que esta mañana ha amanecido repleto de ropas dignas de un noble. Tuerzo el gesto, pero no hay ni rastro de la ropa con la que llegué.

Con este calor no echo de menos cubrir mi cuerpo con nada más, sin embargo, quiero saber qué secretos oculta esta mansión de espejos. Examino las ropas buscando algo poco llamativo.

No lo consigo.

Acabo vestido con unos pantalones ceñidos de cuero que marcan mis muslos y una camisa de lino. No quiero ni mirarme en el espejo

«Lo tienes complicado, Leysan», me digo.

Presiento que estoy ridículo y que eso es también un jueguecito de mi carcelera. La puerta no está cerrada y recorro el pasillo cubierto de espejos. Mi estómago protesta y, aunque me gustaría ser un hombre orgulloso que no cede ante él, me vuelvo con una maldición entre los dientes y me dirijo al comedor en el que comí ayer hasta hartarme.

—Sabía que esos pantalones serían ideales para ese culito.

Se me ponen los pelos de punta. Su voz es un susurro, una caricia seductora. Está acostumbrada a este juego y su tono, rozando la diversión, me enfada. Me vuelvo hacia ella e intento concentrarme en sus ojos y no en sus curvas.

«Otra complicación, Leysan».

No lleva vestido, sino unos pantalones ajustados y oscuros que se adaptan a su cuerpo como una segunda piel, y una camisa algo más suelta, fina, que se ciñe lo justo en su cintura y percibo sus pechos a través de…

—Cuidado, joven Hattstein.

Su voz firme me devuelve a la realidad y trago saliva. La miro desafiante.

—Quiero ver a mi familia.

—Ajá.

Pasa delante de mí contoneándose, la muy bruja.

—Estarán preocupados y…

La adelanto hasta situarme a su lado, pero ella hace un gesto de desdén con la mano y acelera aún más sus pasos. La cabellera rubia se agita a su alrededor y llena el aire de una mezcla de mandarina y pétalos de rosa.

—Mira, bonito.

«¿Me ha llamado bonito?». Enrojezco de ira.

La cojo del brazo y la obligo a detenerse. No me importa que sea una mujer. Está jugando conmigo.

—Si es cierto que no puedo salir de aquí, me dejarás ver a mi familia.

—Creo que no lo has entendido. —Su tono se torna frío. Se deshace de mi agarre con sorprendente facilidad y me escruta con sus ojos de mar—. Yo soy quien da las órdenes aquí porque ahora tú eres mío. Mío. Y hasta que decida qué hacer contigo, no me molestarás. —Me da la espalda y avanza haciendo un gesto con la mano—. Puedes ir a donde quieras, salvo a mis aposentos o al ala oeste.

Entiendo que me prohíba ir a su habitación, y no pensaba hacerlo. Pero ¿qué habrá en el ala oeste? Acelero el paso hasta alcanzarla.

—¿Por qué?

—No es de tu incumbencia.

—Si voy a vivir aquí, diría que sí lo es.

—Estás aquí contra tu voluntad y contra la mía. Mi mansión, mis normas. Y si las incumples, serás castigado. El Contrato de Magia Inquebrantable —aparece de repente flotando a su lado— me permite hacer contigo lo que quiera. Salvo… matarte.

Se relame los labios. Mis pensamientos me llevan a imágenes de lo más aterradoras…

Sacudo la cabeza. Trago saliva. ¿Qué hará conmigo? Desvío los ojos al pergamino plateado suspendido en el aire y, sin pensar, me abalanzo sobre él en un vano intento por romperlo con mis propias manos.

Ella suelta una carcajada cuando el objeto se aparta de mí y estoy a punto de caer de bruces contra el suelo de mármol.

—Para ti, inalcanzable. Como veo que estás sordo, lee mis labios: Contrato de Magia Inquebrantable.

Un chirrido en la puerta de entrada le hace agrandar los ojos y me mira con rabia. Resopla y pasa junto a mí.

—No. No me dejes así.

—La de veces que he oído eso… —bufa y me aparta de su camino con una fuerza sobrehumana.

Me desplomo a un lado. El enfado cede por un momento a la sorpresa y la contemplo en silencio. Su cuerpo esbelto, las piernas largas, la curva de su cintura, los hombros estrechos y el rubio cabello cuyas puntas rozan sus nalgas.

Sus nalgas.

Es malvada, vanidosa a juzgar por este espectáculo de espejos. Pero, joder, también es el puñetero sueño de cualquier hombre.

Sacudo la cabeza.

«Deja de pensar con la entrepierna, Leysan».

Y fuerte. Mucho más de lo que denotaría su aspecto frágil. Puede que ni siquiera sea humana.

Ella se pierde escaleras abajo y yo, ignorando toda prudencia, la sigo.

Capítulo 7
Noctua Gray

Me llevo dos dedos al puente de la nariz e intento no coger a mi hermana del cuello para ahogar esa risa que me está volviendo loca. Se ha sentado en un sillón y está doblada hacia delante con las manos en el estómago.

—¿Has terminado?

Ella intenta parar de reír, pero cuando sus ojos se posan en el animalillo que ahora come una bellota sentado en un pequeño lecho vuelve a sufrir un ataque de risa.

—Es que… es una…

—Ardilla voladora. Sí. Con otro estúpido contrato.

Casi puedo escuchar una vocecita recitando el encantamiento que esta vez me ha atado a otro ser. Un nuevo problema.

La primera criatura que al regresar muestre simpatía por ti…

Sigo leyendo, sintiendo cada vez más frustración. Mi madre ató al primogénito de cada generación a nuestra sangre, hasta que ella considerara saldado el contrato. Esto me hace entender por qué a veces veíamos alguna ardilla voladora husmear por la mansión.Y, ahora, me toca a mí soportarlo.

—¿Cuántos tratos dejó madre sin resolver? Por todas las sombras de la noche… Ojalá se hubiera llevado toda su mierda a la tumba.

Esas palabras hacen que mi hermana pare de reír y, por dentro, aunque es malicioso, me regocijo al verla dolida por un instante. Pongo los ojos en blanco cuando cambia esa expresión por una más solemne. El día que consiga molestar de veras a Sybil voy a merecer un premio.

—No hables así de ella.

Me siento en un sillón y pongo los pies sobre la mesa. La misma en la que la ardilla voladora se come otra bellota.

—Eso es de mala educación.

Lo dice una voz chillona, casi estridente, y busco a mi alrededor. No conozco esa voz y tampoco veo a ningún sirviente en los reflejos.

—Como tampoco lo es que ni siquiera me hayáis dejado decir cómo me llamo.

—Pero ¿qué…?

Sybil se ha acercado al roedor y lo observa como si fuera la cosa más interesante del mundo y, cuando comprendo que es él el que está hablando, por una vez estoy de acuerdo con ella.

—¿Hablas? —pregunto achicando los ojos.

—¿Tú qué crees?

Bajo las piernas de golpe de la mesa y me pongo de pie. Miro por la ventana en silencio y después examino de nuevo al animalillo. Este se incorpora en un gesto muy humano y eructa.

—Perdón —se disculpa.

No doy crédito a lo que veo.

—Mi nombre es Chip.

Me río y no porque me parezca divertido. Estoy enfadada y mis ojos se dirigen hacia la valla de la entrada a la espera del chirrido que últimamente solo me complica la vida de desenfreno y lujos que llevo. Detrás de mí, Sybil parlotea con el animal y los miro con malicia.

—Al menos ya tienes una amiga —espeto.

—Amigo —replica ofendido el roedor.

—Lo que sea.

No quiero estar más aquí. Tengo que buscar una solución a esto y tengo que hacerlo rápido, antes de que se me llene la casa de criaturas atadas a mí.

Cuando salgo del despacho me encuentro con mi otro contrato.

—Quiero hablar contigo —suelta.

Ni siquiera se molesta en fingir que no estaba espiando detrás de la puerta.

—No.

Aprieta los labios y estos se convierten en una fina línea antes de que me siga por el pasillo.

—He dicho que no.

Pero no desiste. Y entonces comete un error. Me toma del brazo, intentando retenerme. Me vuelvo hecha una furia y con un solo pensamiento sale volando hasta que su espalda choca contra una de las columnas que adornan este pasillo.

Me acerco tanto a él que nuestras narices quedan a escasos centímetros. Su expresión es de absoluta sorpresa, y ello me hace sonreír con suficiencia antes de mudar a un gesto gélido.

—Escúchame bien, Leysan Hattstein, porque no te lo repetiré más veces.

Él parece tener la suficiente prudencia como para guardar silencio y veo su nuez subir y bajar una sola vez.

—Tu vida me pertenece. Todo tú me perteneces. —Mis labios rozan los suyos para dejarle claro quién lleva aquí el control.

—Yo no… —Mas no se aparta.

—Tú sí. Y créeme que no quiero tenerte aquí.

—Pues libérame.

—Eso intento, maldita sea.

Cierro los ojos un segundo y me muerdo los carrillos por dentro. Después le suelto, le doy la espalda y me aparto de él a grandes zancadas.

—¡Y no me sigas!

Capítulo 8
Leysan Hattstein

No la sigo, aunque me gustaría. Todavía siento el roce de esos labios contra los míos; un sabor dulce y peligroso que no solo se aferra a mi boca, sino también más abajo.

Sacudo la cabeza y me limito a quedarme aquí sopesando mis opciones. Hasta que escucho el rugir de mi estómago. Suspiro y me dirijo al comedor en busca de comida y terminar con este sonido que no me deja pensar.

Al igual que ayer, me encuentro la mesa llena de manjares y mi boca se hace agua. Examino la habitación. Salvo por mis reflejos, estoy solo. O eso creía hasta que escucho un ruido en el interior de una enorme fuente llena de bellotas. Una montaña de ellas que tiembla. Algunas caen. Y aparece la cabeza de un pequeño animal.

—¡Te tengo!

No me doy cuenta de que no me habla a mí hasta que veo que entre sus manos agarra una bellota algo más grande que las demás.

—¿Pensabas que podrías escapar de mí?

Sale sin importarle desparramar sobre la mesa decenas de frutos que se esparcen entre los platos. Algunas incluso caen en su interior.

Es una ardilla voladora.

Y habla.

Jamás había visto una magia como esta.

—Debes de ser el joven Leisan Hattstein del que se ha quejado lady Noctua Gray.

«Así que ese es su nombre».

Con tanta discusión, me había limitado a referirme a ella como «la rubia».

«La rubia despampanante», me traiciona mi subconsciente.

—¿Y tú eres…?

—Chip.

Suelto una risotada carente de humor al darme cuenta de que estoy hablando con una ardilla. El animal me mira con ojos brillantes sin inmutarse. Le veo suspirar de forma muy humana y me obligo a seguir hablando.

—¿Qué haces aquí, Chip?

—Mi tatara-tatara-tatara-tatara-tatara-tatarabuela hizo un trato con Amyste Gray. La madre de Noctua. Y aquí estoy.

Mi cerebro empieza a hacer cuentas rápidamente. Gracias al negocio de mi padre, tengo mucha agilidad para ello.

—¿Estás aquí para cumplir un contrato de hace nueve generaciones?

—Sí. ¿Qué pasa? —Se encoge de hombros y levanta su preciado tesoro ante sus ojos—. Creo que voy a ser muy feliz aquí.

Tomo asiento. Al menos alguien está contento con su nueva situación.

—¿Has visto quién ha preparado todo esto? —inquiero mientras me sirvo unas gachas que tienen una pinta deliciosa, algo que compruebo enseguida.

El animal mira en derredor.

—La comida ha venido volando hasta aquí.

Alzo una ceja. Chip se centra en su comida. Yo en la mía.

—¿A qué te refieres con que ha… volado hasta aquí?

—Pues exactamente a eso, Hattstein.

—No lo entiendo.

—En mi mundo, si se trata de comida, no hay mucho que entender.

—Pero… todo esto —señalo a mi alrededor— es con diferencia el lugar más extraño en el que he estado.

—Las reuniones de las leyes ardillas te sorprenderían.

Ignoro su intervención y me como mi desayuno sin dejar de pensar. Los espejos, la comida que aparece por arte de magia. El carruaje que se mueve solo. El aspecto de Noctua, tan humano e impoluto, tan perfecto que podría resultar siniestro, y su poder. Ese que intuyo y que me aterra e intriga a partes iguales.

Y yo estoy atrapado aquí con ella.

Tiene que haber algún modo de revertir esta magia. Podría ayudarla a hacerlo si me escuchara. Ninguno de los dos queremos esta situación.

Necesito hablar con ella, llegar a algún tipo de acuerdo. Suspiro. Chip hace una mueca que imagino que es una sonrisa y después se acurruca junto a las bellotas dispuesto a dormir. Para mi sorpresa, apenas unos minutos después empieza a roncar.

«Añade esto a la lista de cosas curiosas del día, Leysan, una ardilla voladora que habla y ronca».

Y me parecería gracioso, si mi cerebro no estuviera echando humo buscando el modo de poder mantener una conversación civilizada con mi carcelera.

La idea llega a mí como un torrente y antes de que pueda detenerlas, mis piernas ya se mueven hacia la puerta de la mansión. A los terrenos. Fuera de ellos.

Oigo la voz de Chip llamándome, pero le ignoro.

Noctua no quiere escucharme, pero voy a obligarla a hacerlo. Como ella dice, ahora soy suyo y estamos unidos por un estúpido contrato. Sigo avanzando sin pausa hacia la salida. No tardo en sentir el tirón de la magia que me conduce hacia ella.

Aparezco en una habitación amplia, con balcones abiertos permitiendo el paso de la brisa que acaricia mi pelo. Noctua está de espaldas a mí, inclinada sobre un atril en el que hay un antiguo libro abierto. Está tan concentrada que no se ha percatado de mi presencia. Y, cuando voy a abrir la boca, mis ojos descubren un retrato que atrae toda mi atención. Mis pies me llevan hasta él, movidos por la curiosidad.

Representa a una mujer, bella. Bellísima. Su ojos son del color del vino, su piel gris, brillante, los labios negros, su cabello oscuro lleno de ondulaciones parece recubierto por un manto de estrellas. Tiene un porte altivo. Unas alas a su espalda, formadas por sombras. Es aterradora y atrayente a la vez.

Una *banshee*.

Capítulo 9
Noctua Gray

Mis ojos pasan sobre hechizos antiguos que no me interesan. He buscado lazos de sangre, promesas, todo lo referente a los contratos y no encuentro una solución.

Suspiro y alzo la mirada, consternada. La visión de los terrenos de los Gray, por los que ya avanza la niebla sinuosa que en otros tiempos me relajaba, me hace contener una mueca de rabia.

Y entonces lo siento. Una respiración contenida, el olor de cuero y sándalo. La rabia ya es una bola imparable cuando, al volverme, le veo.

Leysan Hattstein está de espaldas a mí. Hombros anchos, cintura estrecha. Los brazos le cuelgan a ambos lados del cuerpo y su cabello tapa su nuca, pues su rostro está posado en el retrato.

El retrato.

Lanzo un grito de pura frustración y él se vuelve con la boca aún entreabierta por la sorpresa.

—Te advertí que no podías venir al ala oeste.

Mis músculos se tensan, mi poder asciende como una ola a través de mi vientre. Imparable, como una tempestad.

—Lady Noctua.

No suena aterrado, cuando debería estar cagándose en los pantalones, maldita sea. Su mirada sigue siendo oscura como una noche sin luna, cargada de valentía.

Doy un paso hacia él, mientras el mundo se ondula a mi alrededor. Él ni siquiera da un paso atrás, pero veo la dirección en la que van sus ojos y le empujo lo suficientemente fuerte como para lanzarlo al otro lado de la habitación. Pero es tarde. Lo veo en su mirada, en el movimiento frenético de sus ojos, que van del espejo a mí y de mí al espejo. Comprendiendo. Viendo mi secreto.

Y grito. Lanzo mi magia contra el retrato, que ni se inmuta. Mi poder rebota en él y va a parar muy cerca del atril que sostiene el grimorio. Repito el movimiento, mi voz lo ocupa todo y los espejos se hacen añicos a mi alrededor. La lámpara de araña tiembla entre las vigas e incluso el suelo se une a mi canto.

Leysan se arrastra hacia la puerta y sale corriendo de la torre. Yo bajo un poco el tono, pero mis palabras le persiguen escaleras abajo.

—No puedes huir de mí, joven Hattstein.

Respiro de forma agitada y miro el retrato con furia una vez más. Inmune a mi poder. Mi condena. Y también la magia que me hace ser quien soy.

No los veo, pero siento cómo mis sirvientes se apartan a mi paso. Nadie se interpone en el camino de Noctua Gray.

—Pichipunky.

La palabra contrasta con el tono serio que emplea Sybil.

«Está claro que alguien sí se interpone en mi camino».

—Sybil… —siseo con rabia volviéndome hacia ella—, te prometo que como no dejes de llamarme así…

—¿Qué? —ladea la cabeza, como cuándo éramos niñas.

—No me provoques.

—Vas a decirme qué ha pasado, hermana.

Bufo airada y le doy la espalda. Sigo caminando hacia mi habitación y ordeno que me preparen un baño. Como ya espero, la menor de las Gray se ha convertido en mi sombra y espera con las manos entrelazadas a que empiece a hablar.

—He escuchado los gritos —añade, como alentándome a que diga algo.

—¿Y?

Me quito el vestido sin miramientos mientras observo los cubos llenar mi bañera. En el reflejo, una muchacha se esfuerza por no derramar el agua. A su lado otra figura se ocupa del aceite de lavanda, la esencia de mandarina y los jabones.

Cuando las criadas se retiran me meto en la bañera. El agua quema, pero no me importa y dejo que la rabia se diluya entre los vapores.

—Voy a encerrar a ese maldito muchacho —digo tras unos segundos en el agua.

—De nada te servirá.

—¿Es que vas a ignorar todas mis órdenes? ¡Si no sabe comportarse debe estar encerrado!

—Pero…

—¡Le prohibí visitar el ala oeste! Y él…

Veo la sonrisa maliciosa de mi hermana a través de los reflejos y la fulmino con la mirada. Ella alza una mano como pidiendo una tregua que no pienso concederle.

—Mi mansión, mis normas.

—Sí, sí… Ha visto el retrato, ¿verdad?

—¿Y por qué eso te parece tan divertido?

—Porque… —se pone en pie y recorre la distancia que nos separa—, querida hermana, si hubieras usado pelo de unicornio en lugar de pelo de caballo…

Me muerdo el labio, pero no puedo evitar que la vergüenza tiña mis mejillas de rojo. Me hundo en el agua, como si eso pudiera evitarme el bochorno, pero cuando saco la cabeza otra vez, Sybil y su melena de ala de cuervo siguen ahí. Muy cerca de mí. Con un brillo burlón en los ojos y una media sonrisa que me gustaría borrar de una vez por todas.

—Fue un maldito error.

—Ya lo creo.

Y su risa cristalina lo inunda todo. Se aparta de mí unos pasos y se dirige al pequeño balcón. Las estrellas van iniciando su reinado y cuando se vuelve su piel brilla y las alas se extienden a su espalda.

—Ahora todos en este castillo sabemos qué eres, pichipunky.

—¿Qué vas a…?

—Ha llegado el momento de que me presente, ¿no crees?

—Te lo prohíbo.

Basta una sola mirada cargada como una tormenta a punto de estallar para que Sybil se encoja. Me obedecerá en esto con tal de no enfrentarse a mi ira. Es de las pocas ocasiones en las que logro dominarla.

Ella se lanza al aire y sobrevuela los terrenos, perdiéndose entre la niebla.

Capítulo 10
Leysan Hattstein

Me tiemblan las manos y me cuesta respirar. No entiendo qué acabo de ver. ¿Quién es Noctua Gray? Y… lo más importante… ¿qué es Noctua Gray?

«Banshee…».

La palabra llega a mí como una ensoñación. Criaturas de la noche, cuyo canto es mortal. Seres inmundos, grotescos, que inundan las pesadillas de los niños y también de algunos mayores.

Noctua no es inmunda ni grotesca. Pero sí podría ser una pesadilla.

Corro, confuso y desorientado, buscando alejarme de ella. En un primer impulso, estoy tentado de salir y alejarme de este lugar, pero ya he aprendido la lección, y lo último que quiero ahora es reencontrarme con lo que quiera que sea.

En el ala este, en la habitación más apartada que encuentro, me escondo. No reparo en nada más que en mi respiración agitada, mis pasos buscando el mejor escondite, mis manos temblorosas aferrándose a muebles para que yo no caiga.

Me siento en un rincón con las rodillas en mi pecho. Sobre mí hay un amplio ventanal encargado de aportar luz solar a la estancia. Y solo cuando el silencio me envuelve, me permito respirar con calma y observar. Si no fuera porque estoy en el hogar de un ser de pesadilla, creería que he logrado huir de esta mansión y acabar en una casa con calor familiar.

Hay algunas estanterías con libros, una mesa de ajedrez cerca de mí, cómodos sillones en los que leer o pasar el rato charlando con un té entre las manos. Hay otras mesas con otros juegos, algunos que desconozco. Es un salón de juegos familiar, que me recuerda al que tienen mis tías en su planta, que hicieron para que nos reuniéramos todos juntos los fines de semana al calor de la chimenea y las risas.

Y, por supuesto, los espejos. Una docena al menos, de diferentes tamaños. Varios yo me observan desde los cristales plateados.

Antes de que me dé tiempo de levantarme, unas fichas de ajedrez vuelan por la sala provocando que mi corazón dé un vuelco. Se colocan solas sobre la mesa, listas para empezar una partida. Me pongo en pie y me acerco al tablero con curiosidad. Entonces capto un movimiento que nada tiene que ver con objetos voladores. A través de uno de los espejos, veo una tela desaparecer por la puerta. Corro hasta ella con el corazón en un puño, evito que la puerta llegue a cerrarse y estudio el corredor vacío. Quien quiera que sea, no ha podido desaparecer tan pronto.

Y vuelvo a verlo. La parte baja de un vestido, en el reflejo de un espejo, antes de girar la esquina. Me dispongo a perseguir a esa persona, pero una voz chillona me interrumpe:

—No irás a abandonar antes de empezar, ¿no?

Es Chip, que ha aterrizado en el centro del tablero de ajedrez. Me mira unos instantes.

—¿Quieres jugar? —pregunto incrédulo, olvidándome del fantasma que iba a seguir.

—Hoy no, ya te daré una paliza. Sybil quiere jugar contigo.

Mis ojos recorren la habitación, pero allí no hay nadie más que la ardilla y yo.

Y la ventana, ahora abierta, dejando que el calor del sol inunde la sala.

—Y Sybil es…

El animalito resopla con impaciencia.

—Tú eres tú, yo soy yo y Sybil es Sybil. ¿Tan difícil es de comprender para tu enorme cerebro humano?

Suelto una risilla por lo cómico y surrealista de la situación. Tomo asiento frente a las negras.

—Buen chico. A ella le gustan las blancas.

Espero, paciente, a que aparezca mi rival. Sin embargo, un peón avanza, movido por una mano invisible. Chip se quita de en medio y se planta a un lado de la mesa, sin perder de vista el juego.

Muevo también un peón, y clavo mis ojos en el espejo más cercano. Sé que es una estupidez, pero ¿y si el cristal pudiera mostrarme lo que mis ojos son incapaces de ver?

Capítulo 11
Leysan Hattstein

Mis pies apenas resuenan sobre el suelo enmoquetado, mientras recorro uno de los largos pasillos de la mansión Gray. Es tan gigantesca que tardaría días en recorrerla entera. Suspiro. Si algo me sobra es tiempo.

Después de la inusual paliza de ajedrez —en la que he recibido una buena paliza por alguien a quien no puedo ver ni siquiera en los espejos—, he decidido buscar algún rastro de vida en este lugar aparte de Chip, de Noctua y de mí. Alguien tiene que cocinar todo lo que aparece en el comedor, preparar y limpiar mi habitación y el resto de la mansión. No veo a Noctua haciendo ese tipo de tareas, aunque…

Me detengo.

Es una banshee. Tal vez haya encantado la casa entera, y no necesite de nadie para llevarla.

«Pero yo vi a alguien», me aseguro.

«Eso es lo que quieres creer».

Sigo mi camino y me dirijo al vestíbulo. Está desierto. Envalentonado bajo las escaleras. Mis reflejos me imitan cada uno desde su posición y me siento expuesto, así que decido que daré una vuelta por los jardines. Necesito tomar el aire, dejar de sentirme observado, aunque sea solo un producto de mi imaginación.

Me detengo frente a la puerta de la mansión. Y, entonces, movidas por la magia del lugar, acuden a mí una casaca fina, un sombrero y unas botas.

Abro mucho los ojos cuando mis ojos se cruzan con los de mi reflejo y veo, a mi lado, a una chica de unos catorce años, tendiéndome esos objetos.

Miro a mi derecha.

Nadie.

Sin embargo…

Doy un paso hacia atrás y ella, comprendiendo, mira su reflejo y nuestras miradas se encuentran.

—¿Qué…?

—Señor. —Tiene una voz dulce, suave y aniñada.

Trago saliva y me obligo a seguir mirándola. Tiene el cabello revuelto alrededor del rostro y unos ojos vivaces del color de las castañas asadas.

—¿Por qué…?

—Se avecina tormenta, necesitará…

—Claro —me obligo a contestar, mientras cojo la casaca y me la ajusto al cuerpo.

Me pongo el sombrero y me cambio de zapatos.

—¿Eres un fantasma?

El reflejo me observa unos instantes antes de arrancarse un hilo invisible de su uniforme y bajar la vista hacia sus pies.

—Como si lo fuera… —masculla.

Una puerta se abre de forma apresurada y mis ojos van directos a los espejos que hay junto a la misma. Una mujer alta, de cabello rubio blanquecino recogido en un moño avanza hacia nosotros. O, al menos, lo hace su reflejo. Pero sé que, de algún modo, esas personas están aquí, conmigo, aunque solo pueda verlas en los cristales plateados.

—Brynn. —La voz de la mujer es una orden.

Ella se disculpa y veo la comprensión en la más mayor, cuya mirada, igual que hiciera la muchacha, va en busca de mi rostro en el espejo. Cuando comprende que la veo, sus ojos se agrandan, se tapa la boca unos instantes y oigo el chasquido de su lengua.

—Puedes vernos.

Asiento. Como si tutearme fuera un error sacude la cabeza y enrojece, y después me hace una suave inclinación.

—Soy la cocinera y Brynn es mi hija. Ahora ya conoce este secreto, señor Hattstein.

—¿Cómo moristeis?

Su risa amarga inunda el vestíbulo antes de que su reflejo se dé media vuelta y se pierda camino de la puerta por la que ha llegado tras su hija.

—No estamos muertos, señor Hattstein, sino malditos.

Y me quedo unos instantes ahí procesando esa información, mientras la puerta se cierra y me quedo solo. Salgo de la mansión y compruebo, ajustándome el sombrero, que el cielo está encapotado. Las nubes oscuras cubren el cielo y el viento es fresco, lo suficiente como para que la casaca no me sobre en absoluto.

Aun así, como si necesitara desafiar una vez más al destino que me ha tocado, doy un paso tras otro y recorro los terrenos.

Y recuerdo el reflejo de Noctua.

«Banshee».

Llevo oyendo esa advertencia dentro de mi cabeza desde que la vi, pero hay algo más que temor en mis entrañas. Puedo sentirlo.

—La curiosidad mató al valiente —me susurro.

Y entonces veo una figura surcar el cielo sobre mi cabeza. Alzo la vista al tiempo que un trueno resuena en mis oídos e instantes después un rayo sacude el mundo. La lluvia arrecia mientras achico los ojos.

Una mujer de grandes alas oscuras ha atravesado los jardines camino de la mansión.

Debería estar deseando esconderme, huir de esa criatura que podría despezadarme en tan solo un movimiento. Pero me descubro pensando en esos ojos del mismísimo color del vino y ese cabello plagado de estrellas.

«Tengo que deshacerme de este hechizo».

Y no sé si me refiero al contrato o a ella.

Capítulo 12
Noctua Gray

Le empujo sin miramientos a la cama. Le veo relamerse, desearme, y le provoco quitándome muy despacio el corsé. Tiro de la cuerda y mis pechos se liberan. Lo nota, pero no puede verlo y hago lo que mejor se me da: jugar con mi presa antes de devorarla.

—Milady… —Su voz es una súplica y mi excitación crece.

Tironeo de la ropa y le doy una patada al vestido cuando cae a mis pies, sin dejar de clavar mi mirada azul en el noble, que no puede arrancar los ojos de mi piel. Intenta incorporarse, pero alzo una mano y cae hacia atrás.

No lo comprende, pero está demasiado ciego de deseo como para hacer caso de la fuerza que lo ha tirado sobre el colchón. Avanzo a cuatro patas sobre su cuerpo. Gime con tan solo sentir el roce de mi piel y sonrío.

Está bajo mi control, y aunque mi propio cuerpo me pide a gritos que lo sacie…

—Por favor…

Pide cerca de mi oído. Sus manos ascienden por mis muslos, pero las aparto de mi cuerpo con lascivia.

—Solo cuando yo lo ordene —susurro contra la piel de su cuello.

Y entonces, mientras un rayo crea luces y sombras en mi habitación, el balcón se abre de golpe. Lo ignoro, creyendo que es el viento, hasta que el hombre que hay bajo mi cuerpo suelta un alarido.

—¡Ay, no!

Esa. Maldita. E. irritante. Voz.

«Sybil…».

No puedo creerlo. Me incorporo de un salto, ignorando que solo llevo la camisola interior y unas braguitas que dejan poco a la imaginación. El conde, asustado, no deja de mirar a mi hermana, todo cabello revuelto y alas oscuras.

Una imagen terrorífica que le hace salir corriendo, olvidando que va medio desnudo.

—No tenía ni idea de que… La tormenta… Era más fácil aterrizar en tu…

—¡Largo de aquí!

Estoy colérica y ella lo comprende. Ni siquiera replica y se pierde por los pasillos camino del ala que ocupa.

No me molesto siquiera en ponerme más que un batín de encaje antes de seguir al noble. Pese a la interrupción, el cuerpo me arde.

El hombre, que había estado ciego de deseo, ahora está aterrado y para cuando alcanzo a verle, sale por las puertas del vestíbulo a toda prisa, con tan mala suerte que choca con alguien que está entrando en la mansión.

Maldigo. Tendré que saciar este fuego sola.

Leysan entra con una sonrisa divertida. No ha cerrado la puerta y me mira subiendo y bajando las cejas.

—Parece que alguien ha visto tu verdadera forma.

Apenas le escucho. Se quita la casaca y deja el sombrero a un lado. Está empapado. La camisa se adhiere a su cuerpo marcando sus pectorales y su vientre plano. Las gotas resbalan por el cuero de sus pantalones, dibujando a la perfección la curva de su trasero.

—No todos los días tienes una criatura así encima —suelta una risita—, o debajo. Ahora tendrás que buscar el modo de…

Su parloteo se detiene en seco cuando se da cuenta de que me he acercado tan deprisa como solo mi condición me permite. Su cabello húmedo cae sobre su frente. A pesar de que veo el deseo en su mirada, su boca parece seguir empeñada en seguir parloteando.

—Imagino que te habrá pasado más veces, porque…

Le pongo un dedo sobre los labios.

—Sé de algo mejor que puedes hacer con esa boca.

Y sin darle tiempo a reaccionar, le beso. Puede que se me haya escapado el caramelito de esta noche, pero este es apetecible y servirá. No voy a quedarme otra noche sin saciar lo que exigen mis entrañas.

Le arrastro a mi habitación y le lanzo al interior con un solo movimiento. Esos ojos oscuros como la noche sin luna se me clavan, me desnudan sin necesidad de que me quite las prendas y el ansia me hace ignorar los jueguecitos previos.

Me quito de un tirón el batín y la ropa interior lo sigue después.

Su ropa empapada acaba hecha un montón en un lado de la habitación y ahora sí, dejo que la pasión tome el control. Recorro con las yemas de mis dedos su torso cubierto con una fina capa de vello. Chocamos con los pies de la cama y con un movimiento sinuoso deslizo mi lengua de su pecho a la curva del cuello. Repaso el contorno de sus labios y sus manos se aferran a mi trasero. Le empujo a la cama, no necesito mucha fuerza para ello, pues él se deja caer. Su cuerpo varonil, excitado, crea líneas de deseo que me queman y me duelen. me recorre la piel, con una necesidad acuciante. Me pongo sobre sus caderas y jadeo al sentir su dureza. Gimo cuando esta entra dentro de mí y él cierra los ojos con un suspiro.

Alzo el rostro entre el vaivén de caderas y siento sus manos sobre mis pechos, trazando círculos en mis pezones que amenazan con llevarme al éxtasis. Baja una mano y me toca. El placer me sacude y él enloquece. Lo siento en su respiración acelerada, en sus jadeos, en su tono al repetir:

—Oh, dioses…

Su voz me acaricia y abro los ojos para verle. Quiero ver la devoción ciega en su mirada. Sus ojos recorriendo mi cuerpo perfecto. Pero lo que encuentro es a un chico admirando nuestro reflejo y sé lo que él ve: una banshee moviendo las caderas sobre las de un humano.

«Me desea».

No mira a la chica perfecta, sino a la bestia.

«Desea al monstruo».

Y, a la vez, ambos estallamos mientras un trueno ahoga nuestros jadeos.

Capítulo 13
Leysan Hattstein

Los primeros rayos de sol acarician mi rostro, el fresco matutino besa mi piel y mi mente va desperezándose lentamente…

—¿Qué haces todavía aquí?

Abro los ojos por completo, mientras la mujer me arranca las sábanas de un tirón. Si hubo fuego en su mirada anoche, ahora no quedan ni las brasas. Me mira con desdén, con la barbilla algo elevada. Los ojos color mar me aturden y sacudo la cabeza mientras la confusión da paso al enfado.

—No parecías molesta anoche.

Ella se sienta de espaldas a mí y cubre su desnudez con una camisa ancha.

—Ayer tenía hambre.

«Vaya si la tenías».

Mi miembro amenaza con una erección al recordar. Frunzo los labios y me pongo en pie.

—La próxima vez no caeré en tu embrujo.

—¿Embrujo? Viniste por voluntad propia.

—Me arrastraste hasta aquí como una bestia en celo.

—Y bien que te dejaste.

Enrojezco hasta las orejas. No lo admitiré, por mucha razón que tenga.

—Crees que los hombres caen rendidos ante ti por ese… disfraz, pero en realidad están hechizados por tu sucia magia.

Se vuelve hacia mí, rabiosa. Puedo percibir su enfado y su reflejo parece más grande. Me pongo los pantalones de cuero sin molestarme en coger los calzones, aún empapados. Tampoco cubro mi torso, sino que me dirijo hacia ella y nos señalo.

—Esto no va a volver a pasar —le digo.

—¿Y por qué iba a querer repetir con alguien tan inexperto como tú? —Me da la espalda.

Me siento ridículo, pero no me importa. No pienso ser su juguete sexual además de su prisionero.

«Aunque…». Recuerdo sus caderas sobre las mías. Su movimiento sinuoso y su reflejo gimiendo.

«No», me digo.

—Inexperto, sí, pero bien que gritabas mi nombre pidiéndome más.

No le doy tiempo de responder. De un portazo le hago saber que me he marchado. Recorro los pasillos, enfadado. Con ella. Conmigo. Por haberme dejado arrastrar por su deseo. Por haber encendido mis ganas. Por lo que ahora late entre mis piernas y quiero sofocar entre las suyas.

Y ahora, más que nunca, sé que debo romper este contrato.

Capítulo 14
Leysan Hattstein

Días después todavía se me acelera el pulso cuando pienso en ella, aunque me esquiva, y eso, de un modo retorcido, me divierte. ¿Me evita porque me desea?

El verano está dando paso al otoño y, con él, las noches se vuelven más frías. Los sirvientes han empezado a calentar mi habitación encendiendo el fuego en mis aposentos poco antes de que llegue el anochecer y han añadido alguna manta a mi cama.

En este momento admiro las hojas y su cambio de color, mientras camino por los terrenos, en dirección a un huerto que siempre parece cuidado. No es ninguna sorpresa que nunca vea a quien se ocupa de él, lo sorprendente, sin embargo, es que hoy veo a alguien inclinado sobre los brotes.

Una banshee.

Aprieto los labios, porque no tengo ningunas ganas de ver a Noctua.

«Verla no, pero comerle el…».

Acallo esa voz con un gruñido enfadado y alzo la cabeza con dignidad, en un gesto muy suyo, antes de carraspear.

La criatura da un brinco muy poco propio de mi carcelera y se pone en pie de un salto.

Y a quien veo no es a Noctua Gray. Ni siquiera se le parece, aunque sí a su reflejo.

La mujer que me observa tiene alas oscuras cuyas sombras se mueven mientras camina hacia mí. No tiene el contoneo de Noctua, ni su ceño fruncido. Está relajada, viste de blanco nieve y una cinta de flores le aparta el cabello negro plagado de estrellas del rostro. Sus ojos son carmesí, rojos como la sangre, pero su mirada es dulce, casi maternal. Su sonrisa, amable. En su hombro aterriza Chip con una manzana en miniatura.

—¿Quién eres tú? —intento dar seguridad a mi voz.

—Ah, es que todavía no me conoces.

Da dos pasos hacia mí. Grácil y ligera como una pluma me tiende una mano gris piedra y sonríe abiertamente.

—Soy Sybil Gray, la hermana de Noctua.

Y me toma del brazo con una familiaridad que me confunde. En la otra mano lleva un cesto repleto de frutas y verduras, en el que Chip se tumba como si fuera una cama y, tras hacerse un ovillo, empieza a roncar.

—¿Qué tal tu estancia en la mansión Gray? —pregunta mientras nos acercamos a la casa.

Esta podría ser un lugar de ensueño si yo hubiera elegido venir por voluntad propia.

—Teniendo en cuenta que soy un prisionero…

Ella suelta una risita y sus alas me hacen cosquillas en la espalda. Atravesamos el umbral de una puerta por la que nunca he entrado. Las cocinas son un hervidero de actividad. Guisos que se remueven solos, verduras que se cortan con una precisión pasmosa, suelos que se barren de forma diligente. Aunque la verdad queda plasmada en los espejos que nos rodean, no deja de ser un espectáculo mágico asombroso.

—¿Qué son? —inquiero, señalando los reflejos.

—Forman parte del servicio.

—Pero… ¿por qué son invisibles? ¿Por qué ahora puedo verlos en los espejos?

Sybil toma aire y se queda unos instantes mirando a los sirvientes que siguen su actividad.

—Un hechizo mal conjurado. Cuando viste la verdadera naturaleza de Noctua en el retrato, el secreto quedó revelado.

Miro a mi alrededor fascinado y la tristeza nubla mis pensamientos. Toda esta gente está atrapada como yo. O peor.

—La mansión ofrece muchas posibilidades —dice cambiando el tono por uno más alegre mientras deja la cosecha en un almacén anexo.

Las paredes son de piedra y la sala es oscura. La temperatura baja varios grados allí. Chip se despereza y escala por su brazo, de nuevo al hombro de la banshee. Bosteza de forma sonora y abre y cierra la boca como si masticara.

—Ah, Leysan, sigues aquí.

Sybil, que se había separado de mí, vuelve a tomarme del brazo y me guía fuera de las cocinas.

—Te voy a enseñar algo.

Su gesto travieso me preocupa, pero no me libero de su agarre y subo escaleras, recorro pasillos y dejo atrás estancias que nunca había visto hasta llegar a lo más alto del ala este. Y no puedo ocultar la sorpresa.

La habitación en la que nos encontramos es muy grande, diáfana, y tiene toda una pared y parte del techo cubierto de cristaleras. El resto de paredes y, para mi sorpresa, también parte del techo no acristalado, está cubierto de los acostumbrados espejos.

La sala está iluminada por una araña gigantesca que pende del techo reflejándose a nuestro alrededor.

Tras las cristaleras advierto que también hay un balcón ancho como la sala. Al otro lado, el atardecer está en su mejor momento y el cielo está cubierto por una mezcla de rosas, lilas y rojos. Todos ellos reflejándose en los espejos que hay a nuestra espalda.

—A mi madre le gustaba llamar a esta sala la Sala del Baile de los Atardeceres —murmura a mi lado Sybil.

—¿Celebrabais bailes aquí?

Ella me mira con gesto culpable y sacude la cabeza un poco. Lo suficiente como para que entienda que el tema la incomoda.

—Sí. Antes de que Noctua cambiara.

Capítulo 15
Leysan Hattstein

Bajamos las escaleras entre carcajadas, camino del comedor. Sybil es todo lo contrario que su hermana. Es divertida, amable, y es fácil olvidar que pertenece a una raza temida. Su voz dulce y sus bromas son como un respiro.

Atravesamos el vestíbulo que da paso a un salón de té que es la antesala del comedor cuando unos pasos a nuestra espalda nos hacen volvernos.

—Hermana, cómo te gusta ignorar mis órdenes. Veo que ya os conocéis.

Con el rubio cabello húmedo mojando su camisa de satén. Los encajes muestran su piel pálida al otro lado. Da dos pasos y, sin poder evitarlo, mis ojos surcan los espejos del salón. Me quedo sin aire en los pulmones.

Cabello oscuro, reluciente de estrellas que se reflejan entre todos los espejos de la estancia haciéndola brillar por doquier. Sus movimientos seductores son elegantes y hermosos en el reflejo y su piel de un gris reluciente.

Sus ojos azules van de nuestras sonrisas a nuestros brazos entrelazados. Sybil me suelta con brusquedad y le muestra una sonrisa cálida a su hermana.

—Sybil —dice con una calma temible.

—¿Sí, pichipunky?

Dejo de contemplar el reflejo y mis ojos van hacia Noctua, a la que veo fulminando a la otra mujer con la mirada. Sus carrillos apretados, como he observado en más de una ocasión; está enfadada. Por alguna misteriosa —y suicida— razón, eso me divierte sobremanera.

Alzo una ceja y contengo una carcajada, sin éxito.

—¿Pichipunky? —se me escapa.

—Cállate —espeta Noctua y mueve la mano.

A un solo gesto los espejos se cubren de cortinajes de los que no me he percatado, pero que se mantenían en lo alto de las paredes.

—Y yo que pensaba que los espejos eran por tu inconmensurable vanidad —murmuro.

—Oh, también son para eso —aporta Sybil.

Intercambio una sonrisa cómplice con la joven de las Gray.

—No hagas eso. No adoptes otro cachorrillo —advierte Noctua.

—Pero si este va a quedarse mucho tiempo con nosotras.

—Sí, pichipunky, tenemos un Contrato de Magia Inquebrantable.

Estoy jugando con fuego, lo sé. Pero parece que por mucho que sus miradas destilen odio y rabia, en presencia de Sybil su temperamento se calma un poco. Lo suficiente para no descuartizarme. O eso espero.

Mi nueva amiga se aparta unos pasos con Chip metido en un bolsillo y Noctua acaba con la distancia que nos separa. Tan cerca de mí que puedo sentir la humedad de su pelo y su aroma de mandarina.

—No juegues conmigo, humano —sisea.

—¿Y si no qué? ¡No puedes matarme!

«¿Qué estoy haciendo?».

—No pensaba en matarte.

No lo puedo evitar. Mi mirada baja un poco de sus ojos a sus labios y trago saliva.

—Hay otras muchas cosas que puedo hacerte sin llegar a matarte.

Sybil suelta un bufido y una risita que hace que Noctua la mire con fiereza.

—Menuda tensión sexual no resuelta tenemos aquí —dice antes de taparse la boca, simulando que se le han escapado las palabras.

Noctua suelta un gruñido de advertencia y vuelve a clavar los ojos en mí.

—Yo no diría que no está resuelta. —La voz de Chip es un susurro en el oído de Sybil.

La banshee lanza un chillido y señala a su hermana.

—¡Te lo has tirado, pichi!

—¿Qué…?

—No me lo puedo creer. Te has tirado al chico del contrato. —Ahora Sybil se dobla sobre sí misma en una carcajada.

En un visto y no visto Noctua avanza hacia ella y la coge de la muñeca con firmeza.

—Basta ya.

Pero Sybil se aparta con otra risotada, dirigiéndose hacia la puerta del comedor.

—Será mejor que os deje solos para que solucionéis vuestras diferencias.

Me guiña un ojo que me hace estremecer. La puerta se cierra tras ella y Noctua se dirige a mí con fiereza. Su cara muy cerca de la mía, el cabello rubio haciéndome cosquillas. Su olor… Su sabor. Me relamo de forma inconsciente y doy un paso atrás. Me mira a los ojos y bufa con desdén. Yo resoplo con fuerza.

—No te acerques a mí —espeto con rabia.

—Más quisieras, Hattstein.

Y con un solo movimiento los cortinajes responden a su magia y vuelven a la posición original. De nuevo el brillo de su reflejo lo inunda todo y contengo el aliento, aunque me mantengo firme.

—Más. Quisieras. Hattstein.

Repite pasando la lengua por sus labios, antes de darme la espalda y perderse, todo sensualidad, fuera del salón.

Capítulo 16
Noctua Gray

Si ya me provocaba ardor de estómago que mi hermana viviera conmigo, ahora que se ha hecho amiga de Leysan y de Chip, la presencia de esos tres amenaza con provocarme una úlcera.

Así que, mientras la criada me ayuda a ajustarme el corsé del vestido, celebro que voy a pasar una noche lejos de estos mentecatos. Aunque la fiesta acabará aquí, entre los brazos de algún noble caballero que caerá entre mis redes. «O una noble…», me digo con una sonrisa lasciva.

He elegido un vestido rojo sangre, decorado con pedrería y un escote acabado en pico. Las mangas son algo abullonadas y dejan a la vista mis clavículas y un colgante de rubíes. El cabello he decidido recogerlo, dejando mechones justos para enmarcar mi rostro. Sé que detrás de mi mirada azul mar están los ojos rojos que me delatan. Pero eso no pueden verlo.

El carruaje me espera y mientras me dirijo a la mansión de los Loretta, donde se celebra el baile de máscaras, me coloco la máscara de cisne con plumas blancas y doradas que oculta mi verdadera naturaleza.

***

Atraigo todas las miradas en cuanto atravieso las puertas, escoltada por uno de los sirvientes de la casa, que no me ha quitado el ojo, aunque lo ha disimulado con sorprendente acierto.

Me abro paso entre esas personas. Acepto una copa de champán plateado y bebo un sorbo mientras repaso con la mirada el salón. A algunos de los nobles que veo allí los conozco de algo más que de vista, pero paso sobre ellos ignorando sus brillos de deseo.

Una de mis normas es que nunca repito.

Dejo que me saboreen una vez. Que sientan el poder de mi hechizo en ellos. Que sus corazones repiqueteen al verme. Les dejo probarme, pero nunca, jamás, permito que vuelvan a tocarme.

Una sonrisa maliciosa atraviesa fugazmente mi rostro. Y si lo hacen, tienen que atenerse a las consecuencias.

La mayoría quedan marcados por mí. Literalmente marcados.

Lord Jaden Karen nunca recuperó del todo el color de su cabello, salpicado ahora de negro. Elaia Noch tiene una uña curva y oscura que no ha vuelto a la normalidad. Simbad Lemrand tiene un brazo cuya piel se volvió gris desde el cuello hasta la punta de los dedos.

Nada de eso importa. Bebo de su belleza como ellos beben de la lujuria de mi piel.

Y repetirían sin dudarlo. Lo siento en sus pupilas dilatadas cuando paso a su lado. En el modo en que se remueven inquietos en sus sitios cuando escuchan mi voz.

—¡Lady Gray! —La voz suave de la anfitriona.

Con o sin máscara todos los presentes saben quién soy.

—Oh, lady Loretta.

Una familia de hadas, muy bien aceptadas entre la sociedad. Mejor que las banshees, al menos. Sus alas brillantes hacen gala de su esplendor. Tuve el placer de probar al mayor de sus hijos, y debo reconocer que resultó de lo más excitante. Fue una de esas noches sin dormir; el amanecer nos sorprendió en pleno éxtasis.

No le he vuelto a ver en ninguna otra fiesta. Se dice que no sale de la mansión Loretta por la vergüenza. Y es que, tras aquella noche conmigo, sus alas se tiñeron de negro… No lo pude evitar. Su hermosura era hipnotizadora, y aunque mi venganza es contra los humanos…

—Llámame Anna, por favor —pide con una sonrisa amable, haciendo un gesto con la mano. Lleva el rostro cubierto por una máscara de colibrí tan delicada como su cuerpo esbelto.

—Una fiesta espectacular. Los bailes de los Loretta son siempre memorables.

Y lo son de verdad. La magia de las hadas rebosa en cada rincón, luces flotantes nos iluminan, los alimentos, ninguno de origen animal, son coloridos y deliciosos.

Por eso, cuando tiempo después me abro paso entre las parejas que ya inician su baile en el gran salón y veo sus reflejos en el gran espejo que preside la sala, disfruto de la música sin dejar de buscar con la mirada.

Y ahí está. Un chico de aspecto angelical. Cabello rubio largo como dicta la moda, ojos grises como una tempestad y cuerpo delgado. Firme. Nuestras miradas se cruzan y me deleito en la sorpresa que reflejan cuando avanzo como un cisne hacia él.

Contra toda norma social le saludo y solo digo una palabra:

—¿Bailamos?

Me rodea la cintura con los brazos y yo me aprieto contra él haciéndole saber que no soy ninguna damisela en apuros. Mi agarre sobre su cuello es firme y mis dedos trazan delicados y sutiles surcos en su piel. Una promesa de lo que vendrá a continuación.

Capítulo 17
Leysan Hattstein

Con la marcha de Noctua, Sybil me ha animado a escribir a mi familia para poder informarles de que estoy bien. No sé cuántas normas habrá incumplido para ayudarme con eso, pero parecía muy resuelta, así que no le he dado muchas vueltas.

Observo el tablero de ajedrez que tengo frente a mí. Voy a perder otra vez y lo más humillante es que quien me vence es una ardilla que mordisquea una bellota mientras espera mi próximo movimiento. A nuestro alrededor los espejos muestran el reflejo del sirviente que se encarga de ordenar los libros, que regresan a su lugar flotando en el aire, como por arte de magia.

—¿Otra derrota, joven Hattstein?

Es Sybil. Está al otro lado de la sala, perdida entre las páginas de un libro. A su lado reposa un chocolate caliente y no puedo evitar pensar de nuevo en lo diferente que es de su hermana.

—¿Cómo puede ganarme una ardilla? —mascullo cuando el animalillo celebra su victoria.

—La pregunta no es esa, Leysan —me dice Chip—, la pregunta es cómo puede un humano jugar tan mal.

Me levanto y me alejo del tablero. Frente a una estantería repaso los títulos que hay a mi alrededor. Hay mundos por explorar, pero no tengo ganas de meterme en ninguno. Puede parecer atrayente la idea de vivir en una mansión en la que hay prácticamente de todo, pero… Tanto tiempo libre…

—Deberías ir a la fiesta esa de los… ¿cómo era…? ¡Ah, sí! Los Loretta. Dicen que sus bailes son inolvidables. Hacen gala de su magia de hadas… tiene que ser espectacular…

Lo dice de forma distraída y yo la observo, tranquilo. Callado.

En otras circunstancias ese plan me parecería tan aburrido como cualquier otro, pero la idea de ver a otras personas. La música. El baile… Me atrae.

Y ella lo sabe. Sybil cierra el libro y sonríe traviesa. Conozco esa mirada y niego con la cabeza.

Chip suelta un bufido y se despide de nosotros, como intuyendo nuestra malicia. Escala por las estanterías perdiéndose de nuestra vista.

—¿Recuerdas que soy un prisionero, Sybil? —señalo a mi alrededor.

Ella sacude la cabeza y se pone de pie.

—¿Y tú recuerdas las normas del Contrato de Magia Inquebrantable? —Alza una ceja.

Espero, paciente, que continúe. Lo mejor es dejarla parlotear hasta que se termine.

—Antes de que me digas que estás encerrado, te recuerdo que si sales de los terrenos siempre vas allá donde esté Noctua.

—Comprendo.

Sonrío cómplice. Todo con tal de sacar de quicio a esa mujer. Cojo un vaso de agua que me ofrece un sirviente en una bandeja de oro.

—Así que hoy seré tu hada madrina.

Escupo lo poco que hay en mi boca y la miro de hito en hito.

—¿Hada… madrina?

—Sí, ya sabes —dice, mientras me toma del brazo y me arrastra consigo—, en los cuentos…

—Sé lo que es un hada madrina, pero no entiendo qué te propones.

—Voy a hacer de ti un bombón irresistible.

Recorremos un pasillo hasta llegar a mi dormitorio, me indica que me quede quieto en el centro y obedezco. Ella me rodea un par de veces examinando mi cuerpo y yo suelto una risa nerviosa. La banshee me ignora y recorre hileras de ropa hasta dar un grito estridente y sacar un conjunto azul.

—Eso es…

Demasiado. Es diferente a todo lo que he llevado en mi vida. El atuendo tiene un ligero brillo gracias a los adornos en dorado.

—Es perfecto —celebra ella—. Venga, pruébatelo.

Cojo la ropa y ella espera entusiasmada, mirándome con ojos brillantes. Suspiro y le doy la espalda para cambiarme de ropa, intuyendo que no piensa moverse de allí. Cuando he terminado de ponerme la ropa el reflejo me hace sentir diferente. Como si ese no fuera yo. Cuando me vuelvo ella chilla y aplaude entre risitas agudas.

—¡Ojalá pudiera ver la cara de Noctua cuando te vea!

—¿Por qué no vienes?

Agacha la cabeza.

—Existe un pacto no escrito con el resto de las razas. No podemos mostrarnos como somos ni usar nuestra magia.

—Jamás lo había escuchado.

Ella sonríe casi con timidez.

—Eres muy joven. Sucedió años atrás, cuando Noctua… —calla. Parece que hemos tocado un tema que le causa dolor y del que no quiere o no puede hablar.

Respeto su silencio, vuelvo a mirarme en un espejo.

—No sé, Sybil…

—Es que mira que culito más mono. —Da un saltito, emocionada.

Vuelve a rodearme y temo que me azote, pero en su lugar echa a correr fuera de la estancia y miro confuso a mi alrededor.

—¿Sybil?

Aparece revoloteando y lleva consigo un caja que abre ante mí. Es una máscara de la que no puedo apartar la mirada. Es tan atrevido que la miro con cierta duda, pero ella da dos toquecitos en la madera. Me la pongo y ella se sitúa detrás de mí, a unos centímetros del suelo. Los dos contemplamos mi reflejo. El efecto es espectacular.

—¿No es perfecta?

Y los dos soltamos una carcajada.

—Ya descubrirás que se me da genial ser un grano en su hermoso culo. —Me guiña un ojo.

Capítulo 18
Noctua Gray

Me detengo a beber. Mi pareja es un gran bailarín, llevamos varias piezas de música sin parar. Aprovecho que una pobre ilusa se ha hecho con él en esta nueva canción para tomarme un respiro. Los observo con una sonrisa petulante adornando mis apetecibles labios. Ella le mira con deseo, puedo percibirlo bajo su máscara. Sin embargo, él lanza miradas furtivas en mi dirección, ansioso por recuperar mi contacto.

Apuro la copa y me encamino hacia ellos. Murmullos de sorpresa y admiración me rodean y me hacen sentirme todavía más poderosa. Sin embargo, enseguida soy consciente de que no van dirigidos a mí, sino a alguien en quien no me había fijado antes, y que está acaparando las miradas de todas las mujeres aquí presentes. Incluso aquella que baila con mi víctima, detiene el baile a mitad de la pieza y se pone de puntillas con interés.

El recién llegado está a tan solo unos pasos de mí. Lleva unas ropas elegantes de tonos azules y dorados. Oculta el rostro por una máscara de bestia que tan solo deja entrever sus ojos oscuros y la mitad de unos labios que todavía no he probado. Porque le reconocería por mucho que se tapara la cara.

Las muchachas casaderas le rodean y él sonríe de medio lado, clavando sus ojos en los míos. Un cosquilleo recorre mi entrepierna y un nuevo objetivo se instala en mí. Preveo una noche de pasión salvaje y desenfrenada.

Camino con altivez en su dirección, mas él se gira y se pierde entre los bailarines que han retomado el movimiento de la sala.

¿De verdad se está haciendo de rogar?

Son ellos los que siempre caen rendidos a mis pies, quienes me persiguen y son capaces de lo que sea con tal de atraer mi atención. Jamás había tenido que ser yo quien persiguiera a un solo hombre. Y no lo haría si mi sed no se antepusiera a mi razón.

¿Quién es el misterioso enmascarado?

Es osado presentarse en una fiesta con la máscara de una bestia. E increíblemente acertado. Ha logrado lo que se proponía, que incluso la mismísima Noctua Gray centrara su atención en él.

Hay algo que le envuelve que me atrae.

Le persigo entre las parejas, a ratos le pierdo entre máscaras y abanicos, para luego aparecer a otro lado. Hasta que, de repente, me giro y está ahí, a apenas dos pasos de mí. Nos quedamos mirándonos y, por un momento, mi mente viaja al pasado.

A otro baile, a otro lugar, a cuando no me ocultaba porque había alguien que me amaba como era, o eso decía. Compartíamos fiestas y bailes, paseos e historias con las mejores compañías de la alta sociedad.

«Eso quedó atrás. Ahora eres tú quien tiene el poder».

Mi propia voz se abre paso entre mis pensamientos y los entierra donde deberían estar.

El misterioso noble ha dado un paso hacia mí, tiene la mano extendida y una sonrisa que, por primera vez en años, logra desarmarme.

Me aclaro la garganta aprovechando un compás y me acerco a él con pose altiva, dejando claro quién de los dos ostenta el poder.

Nuestros cuerpos se acercan, lentos al principio, como si se tantearan. Él me coge firme de la cintura y con la otra mano alza la mía. Inicia los primeros pasos, torpes, inseguros, hasta que tomo yo el control y sus pies siguen los míos. Me hace girar al son de la música y me atrae hacia sí hasta que nuestros cuerpos casi forman uno. Esos ojos oscuros me observan con deseo, pero no con ese hambre que tienen los demás por catar por primera vez un plato único. No. En él es diferente. Un hambre salvaje que puedo percibir a través de nuestras ropas.

Un nuevo giro, un nuevo acercamiento.

La mano que yace sobre mi cintura hace un movimiento sutil hasta mis glúteos para luego subir como si nada hubiera pasado. Pero vaya si ha pasado. Mi entrepierna late con ganas de devorarle. Nadie se había atrevido a tanto, porque no les doy tiempo.

—Noctua Gray a merced de un simple humano.

Su voz delata su identidad y la magia que nos rodea se rompe.

Capítulo 19
Leysan Hattstein

No hay nada más placentero como pillar a Noctua desprevenida. Sabía que disfrutaría de este baile, pero no tanto. Reconozco que mi intención de venir a molestarla era primordial, hasta que he aparecido en el salón y he quedado cautivado por los bailes y el ambiente y la magia que se respiran. He asistido a algunas fiestas, menos ostentosas, de aquellas a las que invitan a mis padres como cortesía.

Siempre he llamado la atención en cierta manera, pero lo que hoy he vivido no me había pasado. Sybil ha acertado de pleno con el atuendo y la máscara elegidos. Todas las miradas se han vuelto hacia mí, algunas de ellas —muchas, en realidad—, deseosas por saber de mí, por compartir un baile y quizás algo más.

Pero lo mejor, sin duda, ha sido ver a Noctua con sus ojos sobre mí, tan ansiosa como las demás. No tiene precio.

Y su expresión al escuchar mi voz, mudando del asombro a la rabia. He tenido que contener una risotada por no llamar la atención de quienes nos rodean.

—¿Qué haces tú aquí otra vez? —sisea.

—Divertirme, ya que parece que te cuesta encontrar un quehacer para mantenerme ocupado, tengo que buscar mis formas de pasar el rato.

Me fulmina con la mirada. Sé que estoy jugando con fuego, pero no puedo evitarlo.

Al ser consciente de que estamos llamando la atención por haber detenido nuestro baile en mitad de la pista, se me acerca y me coge con brusquedad para retomar los pasos, aunque esta vez procura mantener las distancias. Sus ojos se posan en la mitad de mis labios que quedan al descubierto y yo los humedezco sin darme cuenta.

—No tienes derecho a estar aquí. Eres un sirviente.

—Prisionero —corrijo.

—Un prisionero no sale de su prisión.

—Un carcelero se molesta por tener a sus prisioneros bien encerrados.

Sus ojos brillan como el mar embravecido.

—Entonces tendré que ser más estricta.

—A ver qué se te ocurre, pichipunky.

Sonrío con malicia, a sabiendas de que está a punto de perder los papeles delante de todos estos estirados. Arde de ira.

Me coge del brazo con violencia y me arrastra con su fuerza hacia el exterior, despidiéndose de forma precipitada de los anfitriones.

Me lanza al interior del carruaje y está a punto de cerrar de un portazo y enviarme solo a la mansión cuando cae en la cuenta de que no puede hacerlo, porque reapareceré a su lado. Con un grito frustrado, entra conmigo y se sienta frente a mí, mientras el cochero se pone en marcha.

Desvío los ojos al exterior en un intento por no mirarla, por no examinar sus curvas, ese escote que me llama a gritos ni sus labios que me atraen como un imán. Mi erección se hace notar con solo recordar lo que sucedió hace unos días.

«Es tu carcelera, una bruja sin corazón», me repito mientras pienso en el frío invierno, en aguas heladas, en una nieve gélida.

Capítulo 20
Noctua Gray

Lo ha hecho otra vez. Me ha fastidiado la noche. Pero tiene razón: la culpa es mía por no haberle impuesto un duro trabajo que le mantenga ocupado de sol a sol y le haga caer rendido por las noches. En lugar de eso, me he desentendido de él y he dejado que Sybil haga buenas migas con Leysan. Ahora la única solución sería encadenarlo y encerrarlo de tal forma que ni mi hermana sea capaz de liberarle.

Mi cuerpo sigue ardiente por nuestro baile compartido, y se enciende más solo de pensar en Leysan atado. A mi merced.

Como la otra noche.

Le miro de reojo. Está centrado en el exterior, evitando mirarme. Resoplo tratando de disminuir el calor que recorre mi cuerpo de arriba abajo. Especialmente abajo.

El sonido hace que me mire y, entonces, su mirada oscura se queda clavada en mí. Sus labios se entreabren en una silenciosa invitación. Alzo mis manos con los ojos cerrados para frotarme las sienes en un vano intento por apartar de mí todo lo que tenga que ver con Leysan. Pero ¿cómo hacerlo si su aroma a sándalo se ha hecho con el interior del carruaje?

Abro los ojos sin apartar las manos de la cabeza. Todavía siento sus ojos sobre mí, aunque ahora ya sé por qué: mis manos brillan. Me echo hacia atrás con un segundo resoplido, y mis mechones sueltos entre rubios y negros con estrellas caen sobre mi piel desnuda en el escote, grisáceo.

Está mirando al monstruo que soy. Estoy segura de que, si pudiera, saldría corriendo. Como lo hizo él.

—¿Por qué te ocultas? —rompe el silencio.

Me atrevo a mirarle y, por un momento, me olvido de todo y me pierdo en su mirada que me transmite calma.

—¿Por qué eres insufrible?

—Porque tengo un don, claro está. Me crearon con un talento natural para las finanzas, pero al parecer también pusieron cierta cantidad de potencial para ser un buen grano en el culo.

Me muerdo los labios para contener una risa.

Se ha quitado la máscara que reposa junto a él y me sonríe de medio lado, marcando uno de sus hoyuelos, sus ojos fijos en el cabello que me acaricia la piel.

Me desea. A pesar de mi verdadera apariencia.

Y este deseo hace que pierda el control por primera vez en mucho tiempo. Le agarro de la chaqueta y le atraigo hacia mí con tal fuerza que nuestros labios chocan. Aunque sorprendido, enseguida cae en mi juego, se abre camino y me introduce la lengua que juega con la mía en un baile ardiente de pasión.

Me rasga el vestido y se arrodilla ante mí para descender hasta mi escote. Le rodeo con las piernas en una orden muda de que no puede escapar. Una de sus manos sube de mi

cintura hasta uno de mis pechos que masajea sobre el vestido, mientras con la otra baja un poco la tela, para dar paso a sus dientes que atrapan mi pezón y me hacen gemir de placer. Me impulso hacia delante haciéndole entender que mi entrepierna está sedienta de su miembro. Pero él está dispuesto a hacerme sufrir durante un rato más. Desciende hasta llegar a mis muslos, que besa y mordisquea haciéndome gritar más y más, primero hacia fuera, luego hacia el dentro, hasta topar con mi ropa interior de la que se deshace con facilidad.

Piernas abiertas y sin ninguna barrera entre nosotros, me siento expuesta ante él. Mi monte de Venus late descontrolado y lo alzo unos centímetros buscando calmarlo. Él no me hace esperar, introduce la cabeza entre mis piernas, besándome alrededor primero, y luego en mi centro. Besos húmedos, sugerentes, que no hacen sino aumentar el fuego que arde en mí.

Y lo siento. Su lengua. Tímida al principio, me acaricia de arriba abajo en un recorrido de placer, para luego introducirse dentro de mí.

—¡Oh, Leysan!

Gimo más y más, y él se envalentona y acompaña mis gemidos ahora con sus manos, metiendo un dedo primero mientras su lengua me sigue acariciando hasta que sus movimientos se vuelven seguros y certeros y me siento explotar en un éxtasis de placer.

Se aparta dejando un rastro de besos, me mira a los ojos relamiéndose con una sonrisa lasciva y vuelve a ocupar su sitio.

Pero no hemos terminado todavía. Me inclino hacia él y le arranco los pantalones y los calzones, dejando su erección expuesta ante mis ojos sedientos y mi boca hambrienta. Ahora soy yo la que se arrodilla. Pero yo no me deleito como ha hecho él, sino que voy directa a su miembro, deseando hacerlo mío.

«Porque él me pertenece».

Lo lamo de arriba abajo y me lo introduzco en la boca.

Ahora es él quien gime, hunde las manos en mis cabellos despeinados cada vez más oscuros y grita mi nombre. Eso me pone más, aumento mis movimientos y, cuando sé que está a punto de terminar, me aparto.

Sus ojos me miran suplicantes y decido concederle su deseo.

Monto sobre él y cuando le siento dentro de mí por segunda vez, mis caderas se vuelven locas y cabalgan sin control arrancando gemidos en ambos que se mezclan con el traqueteo del carruaje.

Capítulo 21
Leysan Hattstein

Aún siento su sabor en los labios cuando despierto y el recuerdo de su piel en la mía me hace gruñir mientras me incorporo. La habitación está cubierta de luz y me maldigo por dejarme hechizar.

Estoy desnudo y siento el escozor en la piel del pecho, que descubro con ligeros arañazos. Me lavo la cara con el agua fresca que los criados habrán dejado y adecento mi cabello y me visto con lo primero que veo.

Aprieto los dientes con fuerza mientras me visto. Necesito que su embrujo termine y, aunque mi miembro reclama su cuerpo, aún víctima de su magia, lo ignoro y pienso en viejas decrépitas y un invierno helador, tratando de acallar mis deseos.

«Dije que no volvería a pasar».

Mentiras y mentiras.

Bajo las escaleras con rabia, esta no hace más que crecer cada vez que mi lengua se empeña en recordarme que no hace mucho se ha deleitado con la bruja. La encuentro en el comedor, acompañada de su hermana y Chip, que se está dando un baño en un plato de sopa caliente, del que bebe a ratos. Reprimo una mueca de asco y me centro en Noctua.

—¡No vuelvas a usar tu sucia magia contra mí! —espeto reclamando su atención mientras ella se lleva un melocotón rosa a los labios.

El líquido de la fruta inicia un recorrido de su boca a su cuello y me tengo que obligar a desviar la mirada.

—¿Te lo has vuelto a tirar? —Sybil vuelve la cabeza hacia su hermana con los ojos muy abiertos— ¡Eso es maravilloso!

Aplaude mirándonos a los dos. Noctua se lleva los dedos al puente de la nariz y suspira.

—Chip. Sybil. Fuera.

—¡Pero…!

—Todavía no he terminado mi desayuno —se queja la ardilla.

La mirada de Noctua es tal que no hacen falta más palabras para ser obedecida. La menor de las Gray coge a Chip del pescuezo y se lo lleva, dejando tras de sí un rastro de sopa.

—Parece que has olvidado cuál es tu lugar, humano.

—Al parecer, ayer ese lugar era entre tus piernas —digo sin pensar. No puedo dejar que mi subconsciente (o más bien mi miembro que desea repetir una tercera vez) me traicionen—. Estoy atado a ti por ese maldito contrato, pero no consentiré que me utilices con tu embrujo.

—Ilústrame, joven Hattstein, ¿qué intención tenías al salir de los terrenos vestido como un… —traga saliva—… miembro más de la nobleza?

—Ya que estás decidida a matarme de aburrimiento, no me pareció mala idea acudir a una de tus fiestas.

Noctua alza una ceja y se pone en pie. Se acerca despacio y se detiene a unos centímetros de mí.

—A pesar de que no eres un invitado, he sido muy permisiva contigo. Te he dejado total libertad para…

—Me prohibiste ir al ala oeste, ¿a eso lo llamas total libertad?

—Y, aun así, fuiste.

—Solo quería hablar contigo. No es mi culpa que estuvieras ahí.

Resopla con frustración y me lanza una mirada cargada de odio.

—Si lo que quieres es que te trate como a un sirviente, cumpliré tu deseo.

Chasquea los dedos con una sonrisa maliciosa. El suculento desayuno desaparece de la mesa y en su lugar aparece una montaña de lentejas, arroz y cebada, todo ello mezclado.

—No saldrás de esta sala hasta que separes hasta el último grano en tres montones diferentes.

—¿Qué tontería es esta?

Alzo la barbilla y paso a su lado sin mirarla siquiera. Evito su reflejo y me dirijo hacia la puerta.

Siento como si una corriente me recorriera de la punta de los dedos hasta los pies, y una fuerza invisible me impulsa hacia atrás. Caigo a los pies de Noctua. Ella se ríe y da una zancada por encima de mí, clavándome el tacón en el pecho, en un movimiento lento y calculado que me permite apreciar sus curvas.

—Te lo he advertido, Hattstein.

Y sin decir nada más, abandona el comedor, dejándome solo con un trabajo imposible y sin nada que llevarme a la boca.

Capítulo 22
Leysan Hattstein

Miro desolado el trabajo que todavía me queda. A pesar de llevar horas, hambriento, cansado y con tres buenos montones de lentejas, arroz y cebada, la montaña no ha descendido ni un poco. O yo no soy capaz de verlo.

—Esto te pasa por arrogante, Leysan —me digo en voz alta, rompiendo el silencio que me envuelve como una bestia hambrienta.

Me recuesto en la silla y dirijo los ojos al techo. Cuando vuelvo a bajar la mirada, con la intención de seguir trabajando en esta misión imposible —mientras maldigo a Noctua por dentro—, me encuentro con Chip.

Me observa extrañado y evalúa lo que tengo al lado, sin comprender.

—Pero ¿qué es todo esto?

Resoplo y me pongo en pie, caminando hacia los montones. Continúo trabajando y me vuelvo hacia él con pesar.

—Noctua me ha encerrado aquí con este trabajo imposible.

La ardilla evalúa lo que tiene frente a sí y se pone una mano en la barbilla. Después sus ojos se iluminan y alza una patita en un gesto que, de no ser por mi situación, podría haberme arrancado una carcajada. En su lugar mis comisuras tiran de mis labios y no puedo evitar sonreír.

—¡Tengo una idea!

Ladeo la cabeza cuando él recorre a cuatro patas la estancia y se pierde de mi vista. Sea lo que sea, no me voy a quedar de brazos cruzados; conociendo a Chip, tal vez la gran idea ni tenga que ver conmigo.

Sin embargo, al poco vuelvo a detenerme, hastiado.

«No lo voy a lograr».

Paseo por la estancia devanándome los sesos, buscando la forma de escapar de esto. Por un momento —muy fugaz— considero la posibilidad de pedirle perdón a Noctua, incluso de suplicarle.

Pero no. No voy a darle el gusto de rendirme.

Miro por la ventana. Sybil está en el huerto, recogiendo frutos maduros y probando algunos otros. La boca se me hace agua y mis tripas rugen de envidia. Apoyo las manos en el alféizar interior con un suspiro resignado.

Y, entonces, oigo un murmullo. Viene de todas partes o esa es la sensación que me da. Patitas que repiquetean sobre el mármol de la estancia. Me giro. El suelo se vuelve una amalgama de grises, marrones y alguna mancha negra.

Bigotitos, pelaje suave y colas peladas.

Mis pies me dirigen hacia la mesa, desde donde me observan decenas de pares de ojitos saltones.

—¿Y bien? —Chip planea hasta llegar a mi hombro.

—¿Ratas?

—Un ejército de ratas —matiza con orgullo.

Trago saliva, mientras los animales empiezan a separar los granos a una velocidad que me sorprende.

—Pero ¿cómo…?

—Leysan, ¿crees que he permanecido ocioso todo este tiempo?

—Pues…

Sí que lo creía. Le imaginaba comiendo, jugando al ajedrez y durmiendo.

—Mientras tú te apareas con lady Noctua yo he estado ocupado creando mi propio ejército.

El animalillo hincha el pecho en un gesto más cómico si cabe y pese a que sus primeras palabras me han hecho tragar saliva, incómodo, suelto una risotada.

—No hay trabajo imposible para la patrulla ratuna.

Y ahora sí, la risa nace en mi vientre y alcanza mi garganta. Me apoyo en la mesa entre risas, mientras Chip se sitúa en la mesa y da indicaciones.

Los montones crecen sin cesar hasta que, para mi sorpresa, el trabajo queda realizado.

Las ratas, de todos los tamaños, se sitúan frente a mí en pie, y pese a la mala fama que tienen, tengo que reconocer que son unos animales muy monos. Todos ellos hacen una especie de reverencia, le hacen un gesto a Chip y se pierden entre los rincones, como si nunca hubieran estado allí.

Capítulo 23
Noctua Gray

Una espesa capa de nubes grises se han instaurado en el cielo. Me dedico a verlas avanzar en silencio desde mi ventana, apoyando la barbilla en mi mano. Este es uno de mis balcones favoritos. Perteneció en el pasado a un salón de baile, lo que ahora ocupa una sala dedicada a almacenar trastos. Desde aquí veo los jardines, el huerto, el bosque en la lejanía y, si me esfuerzo, las luces de la ciudad. Lightbrook, sobre todo de noche, reluce, gracias a la magia.

He pasado horas en el ala oeste, sumergida en mil libros que pertenecieron a mis antepasadas. Todavía busco la forma de romper el contrato y echar a Leysan de mi vida.

Me doy la vuelta. Los días están empezando a volverse fríos y echo de menos tener una capa de más sobre mi vestido. Pienso en Leysan y algo más que malicia se cuela entre mis pensamientos.

«¿Habré sido demasiado dura con él?».

Me dirijo hacia allí, alejándome de este antiguo salón. Recorro los pasillos y, cuando llego a lo alto de la escalinata del vestíbulo, le veo. Se ha detenido en seco, pero tiene un pie sobre el primer escalón.

Sin moverme, le observo y achico los ojos.

—¿Qué haces aquí? El hechizo…

—Se ha roto. He terminado el trabajo.

Le miro con sorpresa. Eso es imposible. Busqué algo expresamente difícil, desmoralizador y…

Bajo unos escalones y aprecio el brillo en su mirada. Se muerde el labio e intuyo que ha contenido su lengua para no decir, de nuevo, nada inapropiado.

«Vamos aprendiendo, joven Hattstein».

—Ahora que eres mi sirviente…

He alcanzado su posición y estamos tan cerca que su olor me inunda, recordándome el tacto de su lengua. Deslizo un dedo sobre su antebrazo, subo hasta llegar a su hombro y le miro a los ojos.

Ah, me desea. A la vez ese deseo le retuerce las entrañas.

Pero ¿no es acaso lo mismo que me sucede a mí?

«No».

Me mira expectante, sin moverse un centímetro. Mas sus ojos le traicionan apenas unos segundos en que bajan a mis labios y su lengua humedece los suyos.

—Parece que tendré que ser más dura contigo. Eres un trabajador muy eficiente, así que…

Me aparto de él, bajo las escaleras y con un solo gesto de mi mano él se queda sin camisa.

«¿Era eso necesario, Noctua Gray?», me digo.

«Oh, sí, sí lo es», me respondo.

No me molesto en ocultarme cuando recorro con la mirada sus hombros anchos, el pecho marcado y el vientre plano.

—Empieza a hacer frío.

Él se mira consternado y hace ademán de subir las escaleras, pero le detengo.

—Tu segundo trabajo será cortar leña. Hay que encender muchas chimeneas en una casa tan grande, como comprenderás.

Sonrío al ver su expresión.

—Y no te molestes en buscar una camisa. Esfuérzate al máximo si no quieres pasar demasiado frío.

Capítulo 24
Noctua Gray

—¡Diana!

La diana vuela por los aires frente a mí, ya estoy preparada y el arco apunta antes de que la flecha atraviese el aire y dé en el blanco. Mientras silba en el aire, ya pido la siguiente, que también es atravesada en un parpadeo.

No me sobra la chaqueta que he puesto cubriendo mis prendas y no puedo evitar que mis ojos vayan directos donde, alejado por medio jardín, la silueta semidesnuda de Leysan alza el hacha, cortando tocones.

«Tiene una espalda esculpida por los malditos dioses». Me muerdo el labio y la diana surca el aire.

Fallo en mi disparo y suspiro.

—Querida, diría que te desconcentra ese mortal.

La voz es acompañada de una risita y miro hacia el lado. A cualquier otra persona no le permitiría que me hablara así, pero es Vane.

No puedo verla, y aquí en el exterior, sin reflejos para ello, no puedo saber dónde está. Pero imagino su silueta agradable, su calor y el color ocre de sus cabellos salpicados de canas. Esos brazos que tantas veces me han arropado y un pecho en el que he llorado. Manos que me han alimentado y acariciado desde que era niña.

—Si tienes ojos en la cara… —digo sacudiendo la cabeza y volviendo a las dianas.

—No te culpo. El muchacho es un bomboncito digno de tus noches más tórridas. Y digo noches y no noche porque sé que has incumplido tus propias normas.

Miro de soslayo el lugar del que proviene la voz e imagino su sonrisa torcida. El sonido de los hachazos de Leysan no me deja concentrarme y sin darme cuenta vuelvo a estar con la mirada puesta en él.

—Tengo una duda, Noctua.

Levanto una mano en señal de advertencia, aunque sé que no sirve de nada. Vuelvo a apuntar. Disparo y esta vez doy a todas las dianas que surcan en diferentes puntos el aire.

—¿Le has mandado ese trabajo sin camiseta para hacerle sufrir por el frío o simplemente para deleitarte?

Sonrío con malicia disparando de nuevo.

—No he visto necesario elegir una de las dos opciones.

Bajo el arma y ella empieza a reír. En la lejanía él alza la cabeza hacia nosotras y, a pesar de la distancia, mi condición me permite ver cómo aprieta los labios y sus cejas oscuras se acercan hasta casi unirse.

Eso hace que a mi lado Vane ría más fuerte y yo no pueda evitar unirme a ella, a pesar del calor que esos ojos oscuros han avivado en mi vientre.

«Solo es hambre», me repito, pero no puedo apartar la mirada de él.

Leysan se detiene un instante para examinarse las manos. Una figura alada aterriza al poco junto a él y maldigo consternada. Le toma de las manos, que observa con detenimiento.

Se saca algo de los bolsillos del vestido y empieza a frotarle las palmas.

—De eso nada, hermanita.

Dejo el arco a un lado, Vane suelta una risita mientras avanzo a grandes zancadas hacia ellos. Leysan me mira con los ojos muy abiertos, pero mi hermana apenas me dedica un gesto antes de seguir con la pomada.

Tiene un olor mentolado con un deje de pino.

La tomo del antebrazo y la aparto del chico.

—¿Le estás ayudando?

—Ya no. —Sybil pone los ojos en blanco.

—No sé si te has dado cuenta, pero está…

—… cortando leña, sí, pero se te ha olvidado que el joven es un comerciante. Sus manos no están preparadas en absoluto para eso.

—Ya, ¿y?

—Créeme, me lo agradecerás cuando… —Une y separa los dedos índice repetidas veces.

—Eso no…

—Vamos, no te lo crees ni tú. —Ahora mira a Leysan que nos observa atónito—. Ni tú, ya de paso.

—Yo no… —Él alza las manos con gesto inocente.

No termino de escuchar su respuesta, les doy la espalda y me pierdo camino de la mansión, obligándome a no mirar atrás ni una sola vez.

Capítulo 25
Leysan Hattstein

La leña es una montaña alta y la noche se acerca. El aire silba y el cielo encapotado amenaza lluvia. Cuando la primera gota, gélida como el hielo, cae sobre mi espalda, lo agradezco. Pese al frío que he pasado estoy acalorado y tengo ríos de sudor bajando por mi espalda.

Para cuando entro la última carretilla al almacén siento músculos que no sabía ni que tenía, pero, al menos, una camisa de lino aparece cubriendo mi torso. Tendré que ir directo a darme un baño, mas agradezco el tacto de la tela.

Recorro el pasillo estrecho que sale del almacén a la cocina y de ahí me dirijo hacia mi habitación. No puedo evitar acordarme de la precisión de los movimientos de Noctua al disparar ese arco, pero lo que de verdad no puedo evitar es recordar lo relajada que parecía mientras hablaba con alguno de los sirvientes invisibles.

Nada que ver con la Noctua que yo conozco.

Y, entonces, oigo su voz. Tengo que seguir caminando, no me interesa enfadarla ahora que al fin puedo descansar después de que me haya mandado dos trabajos extenuantes. Pero mis pies ignoran a mi cerebro y se detienen junto a una puerta entreabierta.

Miro lo justo para verla ante una mesa. Sostiene cartas frente a sí y las observa con el ceño fruncido. La boca se me seca. Lleva el rubio cabello trenzado a la espalda y viste un conjunto de camisa y pantalón de satén, que parece un pijama, pero que se adapta a su cuerpo de una manera hipnótica. No lleva zapatos.

Frente a ella está Sybil cuyos ojos se deslizan sobre los míos con un brillo divertido antes de posar su mirada sobre su hermana y después sobre las cartas que sostiene frente a sí.

—¿Has acabado de torturar al humano por hoy? —pregunta Sybil.

El corazón me late a toda prisa y me aparto del quicio de la puerta. Esto es una imprudencia.

—Todo depende de lo que me satisfaga lo que ha hecho.

—Pichipunky… ¿Seguimos hablando de los trabajitos o de…?

Un golpe en la mesa me hace dar un respingo.

—He ganado otra vez. —Una nueva voz que no reconozco—. Señoritas, de niñas era menos fácil derrotaros. En el caso de Noctua, que tiene la cabeza y la entrepierna en el bomboncito lo entiendo, pero tú, Sybil…

Una estúpida sonrisa traviesa tira de mis comisuras y siento el calor en las mejillas. Noctua suelta una carcajada antes de decir:

—Ambas sabemos que Sybil nunca ha sido buena en el póker. Su cara la traiciona constantemente.

—Pues igual que Vane —refunfuña la menor de las Gray por lo bajo.

—Ser invisible tenía que tener sus ventajas, ¿no?

—Y descubrir el único punto de la sala donde puedes ocultarte de los espejos —apunta Noctua con una risita.

Escucho cómo recogen y vuelven a repartir las cartas.

—¿Crees que este año habrá melocotones para el cumpleaños de Noctua? —pregunta la desconocida, que supongo que es la tal Vane.

—Ya sabéis que no me gusta celebrar mi cumpleaños.

—Bobadas —interviene Sybil—, no todos los días se cumplen cuarenta años.

Parpadeo con sorpresa, ¿cuarenta? Pero si parece que tenga veinticinco años como mucho.

—Y me lo tienes que recordar todos los días.

—Oh, vamos. Ya sabes lo que significa cumplir cuarenta en nuestro mundo. —Un suspiro —. Ojalá madre estuviera aquí para celebrarlo con nosotras.

—Ella está en cada flor del jardín, en cada fruto del huerto, en cada brote…

—Sí, sí, lo hemos entendido —la interrumpe Noctua—. No vais a dejar que sea solo un día más, ¿verdad?

—Los cuarenta años marcan el inicio de un nuevo ciclo para nosotras.

—Hace mucho que dejé de ser…

—Por mucho que te ocultes tras ese disfraz, sigues siendo una banshee, Noctua.

—Yo no reniego de lo que soy.

—¿Y cómo le llamas a cubrir tus atributos con ese ridículo aspecto?

—Protección. Seguridad. Evitar el dolor.

Y me asomo. Porque quiero ver a esa Noctua tan diferente.

Brilla. Y no es su reflejo. Es ella. Sus ojos chispeantes mientras bebe de una copa. Sus movimientos distendidos, sin pretender ser quien no es. Con el pie apoyado en la silla y la rodilla rozando su barbilla.

Inician un nuevo juego con las cartas y las tres continúan charlando y bromean sobre temas banales.

Su risa lo inunda todo.

Es tan hermosa que me duele.

Y lo comprendo. Es el maldito embrujo.

«Tiene que ser eso».

Y, entonces, siento que los ojos de Sybil se clavan en los míos cuando dice:

—Noctua Gray, no eres el monstruo que pretendes ser.

Capítulo 26
Leysan Hattstein

Los días han ido pasando despacio y apenas me he cruzado con Noctua. Por fortuna no me ha mandado ningún otro trabajo imposible. Octubre ha traído consigo un viento frío, cielos encapotados y un aire lúgubre a todos los terrenos.

Por contra, los jardines se han vestido de una amalgama de naranjas, rojos y marrones que hacen que los paseos se hayan convertido en una rutina agradable.

Porque, aunque todavía quiero salir de esta prisión, ya no me parece tan malo y estoy llegando a disfrutar de la estancia. En este momento, mientras me dirijo tras un paseo matutino al interior, siento un aleteo y una corriente de aire, antes de que Sybil aterrice a mi lado.

Lleva un fajo de cartas y me muestra una que hace que mi corazón dé un vuelco.

La letra de mi padre en el dorso. La cojo de entre sus dedos y ella amplía la sonrisa.

—Es una novedad encontrar una carta que no sea invitación al baile de Fulanito. «Me ha gustado esta velada tan maravillosa a tu lado». —La banshee empieza una retahíla imitando diferentes voces.

Entramos juntos en la mansión y aunque mis impulsos me gritan que abra la carta, tengo paciencia. La conservo entre mis dedos y ambos nos dirigimos hacia la la sala de juegos. Tengo las manos heladas y agradezco enseguida la calidez de las chimeneas encendidas.

—Pediré té —dice Sybil.

Yo me siento en un sillón. Frente a mí está Chip con una bufanda en miniatura rodeándole el cuello. Está atusándose los pelos de la cola, pero detiene su trabajo para mirarme y pasar sus ojillos oscuros de la carta a mi rostro.

Después hace algo que, de nuevo, me sorprende viniendo de una ardilla, porque juraría que alza y baja las cejas deprisa.

—¿Una carta de amor?

—De mi familia.

La ardilla pierde interés y regresa a su tarea. Se sienta y empieza a trabajar en sus patas traseras y en…

Desvío la mirada.

Es una ardilla, sí, es como cuando ves a un gato lavándose, pero a la vez Chip habla y a veces se me olvida que es un animal.

Sybil llega acompañada de una bandeja flotante en la que humea una tetera y reposan dos tazas vacías y una en miniatura. Leche, azúcar y todo lo necesario levita hacia la mesita central, junto a Chip.

Rasgo el papel y saco la carta con el corazón acelerado.

Querido Leysan,

Nos estamos esforzando mucho en dar con el modo de liberarte de ese contrato para que puedas salir de ese lugar. Narcisa está especialmente centrada en ello, esperamos que en alguno de sus miles de libros encontremos algo más esclarecedor sobre ese tipo de magia y las banshees.

Tu madre y yo no imaginamos lo que estarás pasando con esa monstruosidad. Te echamos tanto de menos… Pensamos en ti a diario y estamos consternados. Ojalá nunca hubiera hecho ese viaje y no tuvieras que estar viviendo este infierno.

En este punto no puedo evitar detenerme.

«Si ellos supieran…».

Pero no temas. Estamos muy cerca y pronto podrás huir de sus garras y volver a tu vida. Seguir con el negocio familiar como acordamos y empezar un nuevo camino. Junto a Blaine Springer.

Como sabes teníamos varias opciones, pero tras mucho debatir hemos decidido que es la mejor candidata.

Es la hija de los comerciantes más importantes de Lightbrook y...

Dejo de leer y bajo la carta. Chip, que ha terminado sus quehaceres y estaba sorbiendo de su mini taza de té, recorre la distancia que le separa del papel y lee el contenido.

Me pongo en pie y, de espaldas a ellos, pierdo mis ojos en el crepitar del fuego.

—¿Quién es Blaine, eh? —pregunta Chip con picardía.

No me molesto en volverme hacia él mientras le contesto:

—No lo sé, apenas la recuerdo.

—Pero aquí dice…

—Sí, que me voy a casar con ella.

Semanas fuera de mi hogar y mis padres no son capaces de aparcar el tema de mi futuro. Suspiro con pesar.

—Pero eso no tiene sentido.

Me vuelvo solo un instante. Chip está sobre sus cuartos traseros y me mira extrañado. A su lado Sybil bebe en silencio.

Y, por vez primera desde que estoy aquí, tengo dudas. ¿Quiero regresar a esa vida? ¿Casarme con una mujer a la que no he visto más que una vez cuando era un niño? ¿La desearé como a…?

«Basta. Ese deseo no es real. Es un hechizo, recuérdalo, Leysan».

—Así funcionan las cosas en el mundo real —digo con un regusto amargo en la garganta —. No todos tenemos la suerte de Noctua, que puede hacer y deshacer a su antojo.

Capítulo 27
Noctua Gray

Sus palabras son como un encendedor y el enfado se aviva en mi interior. Leysan está de espaldas a mí. Mi hermana, al verme, por poco se atraganta, y tras ver mi expresión coge sin mediar palabra a Chip, que se queja y ambos salen de la habitación.

Leysan se vuelve y, pese a la rabia por sus palabras, me regocijo en la sombra de temor que asoma a sus ojos. Pronto desaparece y niega con la cabeza, volviendo la cabeza al crepitar del fuego.

—No juzgues a la ligera, joven Hattstein. Incluso ahora eres más libre que yo.

Se gira completamente y me mira. Desde la punta de mi cabello a mis pies. Porque sus ojos me devoran y no del modo más erótico al que estoy acostumbrada. Me hace sentirme expuesta y sacudo la cabeza. Avanzo y me dejo caer en el sofá.

Leysan echa otro tronco de leña y resopla.

—Soy yo el que está encerrado.

—Pero no ocultas quién eres.

—Si lo ocultas es porque tú quieres, nadie te obliga a hacerlo. —Me mira a los ojos.

—No sabes nada.

—Solo sé lo que veo.

Me pongo en pie y me paseo frente al fuego ordenando mis pensamientos. Los recuerdos acuden a mí y me obligo a mantenerlos a raya.

—Créeme. Es mejor un matrimonio concertado y tener a alguien a tu lado para siempre a que te desprecien por mostrarte tal cual eres.

—Pues yo creo que es mejor mostrarse al mundo tal como se es. Y dejar que sea el corazón el que elija a quien amar.

—Te queda mucho que aprender de la vida, joven Hattstein.

Regreso al sofá mientras él dirige los ojos a un papel medio arrugado que sostiene entre sus dedos.

—¿Cómo voy a aprender si son otros los que deciden por mí?

Una punzada de culpabilidad se clava en mi pecho.

«No fui yo quien hizo el contrato».

«Pero sí quien, tal vez, pueda romperlo». Aunque todavía no he encontrado la forma.

—A veces, es mejor así.

Abre la boca para contestar, pero no pronuncia palabra y me retuerzo incómoda al ver sus ojos recorriendo todos los espejos de la estancia. Después camina hacia mí y se sienta a mi lado. Vuelve a leer el contenido de la carta, para después, sin previo aviso, levantarse y tirarla al fuego.

Nunca entenderé a los humanos.

—No sé quién te ha hecho pensar que esto —señala los reflejos que nos envuelven, en los que soy consciente de que ve a mi verdadero yo— es motivo de desprecio.

—Eso no importa.

Y es cierto. Ya no. O no debería. Aunque el dolor en ocasiones sigue siendo afilado y peligroso.

Capítulo 28
Noctua Gray

La chica del corazón herido que había recogido los pedazos me observa en el retrato. No la quiero mirar. Me gusta mucho más la imagen del espejo, la que me permite no sentir.

A la que prometí no volver a sentir.

La que se luce en las mejores fiestas y tiene a todos a sus pies, pero solo unos pocos son los elegidos para catarla. Para yacer conmigo. Y creen que es un premio. Pobres desgraciados. Tan solo son un juguete que usar cuando a mí me interesa, y del que deshacerme de la peor de las formas. Y, si me apetece, alimentarme también de ellos cuando estoy en pleno éxtasis.

Sonrío ante las innumerables imágenes que me vienen a la cabeza cuando, tras yacer conmigo, se han visto con uñas largas y feas, ojos de otro color, cabellos desteñidos o piel gris que solo afea sus cuerpos esculturales. Y los muy bobos jamás me han culpado de ello, sino que se han alejado por voluntad propia, viendo que la enfermedad que asola todo Mistbrook también los ha alcanzado.

Los gemidos de Leysan. Sus manos recorriendo cada centímetro de mi piel.

¿Por qué me ha venido a la cabeza?

Ahora todo está mal. No quiero, pero le veo cuando cierro los ojos. Su risa. Y, sobre todo, no puedo evitar pensar que, de algún modo, soy otra persona cuando estoy con él.

«No. No otra persona, sino quien fuiste».

«A quien prometiste que no volverías a…».

Sacudo la cabeza y frente al espejo uso mi magia cuando siento que las estrellas inundan mi cabello. No voy a dejar que pase. No otra vez.

Esto no puede seguir así. Debo recuperar las riendas de mi vida, apartar de una vez el pasado y volver a enterrar mi corazón bajo un muro de frío hielo del que no pueda escapar. No me importa si debo pasar días aquí encerrada, perderme los mejores bailes a los que ansío asistir.

Leysan Hattstein debe desaparecer de mi vida.

Así que cuando la imagen se tambalea y aparece un chico atractivo me conecto a la imagen, mis hilos de magia se extienden y vuelvo a ser la nueva Noctua.

Me miro.

Lo suficientemente bella como para hipnotizar a cualquier hombre y, sin embargo, él me ha deseado en mi otra forma. Aún me estremezco al recordar sus ojos en el espejo, cargados de un fuego que me vuelve loca y me hace soñar con repetir.

Y lo hice, cuando él me miró de ese modo. A mí y no al disfraz.

Capítulo 29
Leysan Hattstein

Sybil y Chip son una buena compañía, de las mejores que he tenido a lo largo de mi vida, y eso que no puedo quejarme; aunque han logrado que me replantee ciertos detalles: ¿aquellos que se acercaban a mí lo hacían realmente por ser quien soy o por interés? Tener buenas relaciones con el mejor comerciante del reino de Mistbrook tiene sus ventajas.

Y pensar en todo ello, aparte de darme un buen dolor de cabeza durante todos estos días, me ha hecho —curiosamente— comprender a Noctua. En cierto modo, al menos, ya que no compartimos la misma situación.

Pero ella también está atrapada, o eso piensa ella, por su condición.

La he buscado con la mirada cada vez que bajaba al comedor. Cada vez que he recorrido estos pasillos, ya tan conocidos para mí, en busca de una distracción, pero con la esperanza de encontrarla a ella. Cada vez que he recorrido los jardines, con la excusa de dar un paseo al aire fresco del inminente invierno, mas ansiando verla practicar con el arco.

«¿Me está rehuyendo?».

Río para mis adentros ante mi estúpida pregunta. ¿Por qué Noctua Gray querría evitarme? Es ella quien tiene el poder de hacer conmigo lo que desee.

Me echo hacia atrás pensando en mi próximo movimiento. El tablero de fichas negras y blancas se extiende ante mí. Sybil está igual de concentrada que yo, aunque apuesto a que ella está planificando su estrategia, mientras que yo en realidad solo puedo pensar en su hermana, en aquella conversación, la única que hemos tenido, desde que fui arrastrado a este lugar, sin discutir y sin acabar enredados.

Se levanta fingiendo un resoplido furioso.

—No seguiré jugando contigo mientras solo pienses en ella. No hay reto, es muy fácil ganarte.

Parpadeo antes esta inesperada reacción.

—¿También podéis leer la mente?

Sybil ríe con ganas.

—Lo único en esta mansión que puede hacerte perder la concentración es ella.

Trago saliva mientras me sonrojo. Observo el tablero y frunzo el ceño.

—Todavía no me has ganado.

—Oh, vamos, ¿es que no lo ves?

Chip aterriza entre nosotros y le quita la palabra a la banshee.

—Si mueves el alfil, el caballo o la torre, ella te hará jaque mate en tres movimientos. Si mueves ese peón, será en un solo movimiento. —Estoy a punto de replicar pero enmudezco al ver que tiene razón—. Si mueves la rei…

—Vale, vale, lo he captado.

Levanto las manos en señal de rendición para que se calle.

—¿Cuándo fue la última vez que visteis a Noctua?

La pregunta escapa de mis labios antes de que sea capaz de pensar siquiera.

—Pues… —Chip se acaricia el mentón imitando una pose pensativa— a mediodía. Iba volando y me despisté y salí de los terrenos de la mansión. Ya sabes lo que pasa. Aparecí en sus aposentos. Me estampó un cojín.

Trato de no reír ante lo cómico de la situación, pero Sybil no es tan considerada y estalla en carcajadas. La ardilla resopla y se marcha volando por la puerta abierta.

—Ay, me he pasado… Iré a pedirle perdón.

—¿Cuándo has visto tú a tu hermana, Sybil? —Es casi una súplica.

Ella ladea la cabeza.

—A la hora de comer.

—¿Qué? —Me levanto sin poder creerlo—. Pero si has comido conmigo.

—Primero comí con ella. Luego contigo…

—¿Me estás diciendo que has comido dos veces?

—Y desayuno, y ceno… —Suspira—. ¿Qué quieres? No quiero que ella esté sola. Y que tú tampoco lo estés.

Se encoge de hombros sin añadir nada más y se marcha en pos de Chip.

Me hierve la sangre.

Noctua sí que me está evitando. Pero ¿por qué? ¿No merezco al menos una explicación ya que estoy atado a ella por ese maldito contrato? Me ningunea, me usa de juguete para saciar su hambre sexual, me mata a trabajos imposibles e intensos y, cuando creía que empezábamos a mejorar nuestra convivencia, me ignora.

Y soy consciente de que ahora mismo soy un inmaduro por enfadarme. Porque no tengo motivos para hacerlo. Ella es mi dueña.

Mas en mí prevalece el impulso de ir a buscarla y exigirle una explicación.

Y ya que no quiere verme, tendré que recurrir a la única forma de obligarla a hacerlo. Me encamino al vestíbulo sin hacer caso de esa vocecilla que trata de convencerme de que no lo haga, de que es una locura y que me ganaré un castigo mayor que los que ya me ha mandado.

«No me importa».

El frío me golpea con fuerza y es cuando me doy cuenta de que, dado el agradable calor que hace en el interior —gracias a las cantidades ingentes de leña que tuve que partir—, tan solo voy con una camisa de lino cuyo cuello de pico llega hasta la parte inferior de mis pectorales. La piel se me pone de gallina y por un momento estoy tentado de regresar a por una prenda más abrigada.

«No».

Si no lo hago ahora, tal vez luego me arrepienta y vuelva a resignarme con el rabo entre las piernas.

Avanzo rápido, expulsando el vaho que se desvanece en un suspiro. Llego hasta el límite y, nada más traspasarlo, vuelvo a sentir sobre mí el calor del fuego perfumado.

¿Perfumado?

Parpadeo varias veces. Por nada del mundo hubiera esperado encontrarme a Noctua dándose un baño, desnuda y semicubierta de agua y de espuma.

Capítulo 30
Leysan Hattstein

Me quedo sin aliento y la boca se me seca. Las palabras que tenía pensadas se diluyen y no puedo apartar la mirada de ella y de la sensualidad que desprende.

Sus labios se mueven y una ceja se alza.

—¿Me estás escuchando?

«No».

—Sí —respondo.

—¿Qué haces aquí?

Como si nada, Noctua echa la cabeza hacia atrás su cabellera rubia salpicada de negro mostrándome una visión perfecta de su cuello grisáceo brillante y tengo que obligar a mis pies a permanecer en el lugar que están. Alza la cabeza y miro hacia otro lado. Pero es un error. Sus reflejos me devuelven la imagen de ella sin disfraz alguno y mi cuerpo me delata.

—Me estás esquivando —digo, ignorando el fuego que me quema.

—Qué agudo.

Me sorprendo cuando veo que sus dedos no terminan en una fina punta, sino en unas garras curvadas que ahora enjabonan sus pechos.

—En serio, Noctua, pensaba que…

—¿Qué? —me interrumpe ella.

Ya no hay tono aterciopelado y sus ojos del color del vino ahora son fríos.

—No lo sé, que las cosas habían mejorado entre nosotros.

Ella aprieta los labios de forma muy sutil, pero su mirada no se ablanda. Se levanta y por los dioses que quiero seguir mirándola a los ojos, pero no puedo, mi mirada desciende hacia su cuerpo húmedo y vuelvo a cometer el error de dirigir mi rostro hacia los espejos donde su belleza hace que pierda el control que me queda. Allí no hay rasgos humanos.

Ahora está muy cerca de mí, se inclina, rozándome hasta coger un albornoz que había en un taburete a mi lado. Me da la espalda y advierto el nacimiento de unas alas. Apenas un resquicio de las grandiosas alas oscuras que muestran los espejos. Se ha alejado, pero vuelvo a acercarme.

Estiro la mano, hipnotizado, hacia la curva de su cintura.

—Hattstein.

Su voz es una advertencia, pero no se mueve. No esquiva mi caricia sino que sigue ahí, a medio camino entre cubrirse la piel o no. Pretende fingir lo contrario, pero sé que nota que hay algo más entre nosotros, ¿por qué si no está dejando caer su disfraz? Así que apartando toda prudencia no retiro el contacto y, además, acaricio el otro lado de su cintura con la otra mano.

No la rodeo con los brazos, solo acaricio su espalda hasta que mis yemas rozan la aspereza de la piel abriéndose. El tacto cálido y firme de las plumas. Y no puedo evitarlo, dejo escapar el aire entre mis labios y este suena como un jadeo desesperado.

El albornoz termina de deslizarse de sus brazos y cae al suelo, entre los dos. Se vuelve hacia mí con un solo movimiento.

—Eres un castigo —sisea.

Me muerdo el labio y ella alza un brazo. Su garra me acaricia el labio inferior y en un arrebato le tomo la mano y la beso. Sus ojos se abren de la sorpresa y mis labios recorren su palma hasta llegar a su muñeca.

—Para.

Es una orden y esta vez sí se aparta. Vuelve a darme la espalda con la cabeza gacha.

—Eres hermosa.

Ella no me mira, no alza el rostro. Aprovecho su momento de vacilación y avanzo hacia ella con el albornoz entre las manos. Cubro su espalda y la obligo a mirarse en el espejo.

—Eres hermosa —repito.

Noctua se mira y algo cambia en ella. Se aparta de mí. Sé que ella en los reflejos ve su belleza y no…

Comprendo. No ha dejado caer el disfraz por voluntad propia sino que, de algún modo, lo ha olvidado.

Capítulo 31
Noctua Gray

Le odio. Le odio porque cuando la bestia vence me mira con un fuego que no entiendo, que no quiero. El deseo se ha esfumado y solo quiero romperlo todo. Destruirlo. Destruirle. Estos días, concentrada en esquivarle y buscar una solución, he olvidado que esta magia necesita alimentarse de belleza.

Todo es por su culpa.

—¡Mira en qué me conviertes! ¡Soy un monstruo!

—Tú no eres un monstruo.

Da otro paso hacia mí y cojo el primer objeto que encuentro y lo lanzo hacia uno de los espejos que nos rodean.

—¡Apártate! No tienes ni idea. ¿Esto es lo que deseas?

Le muestro las garras, da otro paso y le doy un zarpazo en el centro del pecho, abriendo cuatro cortes en él. Para más consternación, Leysan se limita a entrecerrar los ojos por el dolor, pero sigue muy cerca de mí. Sus ojos oscuros atraviesan los míos y lo que veo ahora hace que la rabia ya sea imparable. Lástima. Leysan Hattstein me mira con lástima.

—Noctua, tú…

—¡No! Prometí que nunca volvería a ser así.

Señalo el reflejo que queda, que muestra absolutamente todos mis rasgos banshees.

—Si tan solo pudieras verte como yo te…

Y destruyo el espejo con rabia. Me río, aunque sin humor, y esta vez soy yo la que avanza hacia él. Le empujo sin miramientos y cae al suelo de culo.

—Solo eres un crío malcriado que cree conocerme. ¿Quieres saber cómo me siento? Pues te ayudaré.

Lo digo con maldad mientras intenta incorporarse. Pero soy más rápida, alzo la mano e invoco mi magia.

—Me vas a devolver lo que me has quitado.

—¿Qué…?

Cae de rodillas y veo el dolor en su rostro. Mejor. Pequeños hilos me conectan a él y siento la corriente en mis brazos.

Mis garras se retraen mientras él se dobla hacia delante con los ojos cerrados. Y sé que mis ojos están regresando al azul relajante que quiero, que mi cabello vuelve a ser rubio como el oro.

Sobre su espalda hay ahora un dibujo. Unas alas negras como el ébano que se adaptan a su espalda perfecta y hacen que sea aún más atrayente.

Maldigo por lo bajo.

Y grito. De frustración, de rabia. Le cojo del brazo con un agarre firme y fuerte. Su contacto cálido me hace flaquear por un momento, pero aprieto los dientes y me obligo a continuar.

—Levántate, vamos.

Leysan se incorpora, nuestras miradas se encuentran y tengo que hacer acopio de todo mi autocontrol para no apartarle el cabello de la cara y besarle los párpados.

«¿Besarle los párpados?».

«Tengo que parar esto ya».

—Noctua…

—Cállate.

Utilizo mi magia para empujarle frente a mí. Me envuelvo por completo en el albornoz y lo llevo a trompicones por los pasillos. Él no dice nada, se mantiene callado, cabizbajo. Siento su dolor, su silencio, pero así es como deben ser las cosas.

Recorro los pasillos de la mansión hasta dar con la entrada al sótano.

—¿En serio, Noctua?

—Lady Noctua Gray.

Le corrijo sin mirarle a los ojos y le insto a continuar si no quiere recibir un castigo peor. Él me mira, niega con la cabeza y retoma el pasillo empedrado que le muestro. Arrugo la nariz. Huele a humedad, a tiempo pasado, a una mezcla de incienso y musgo.

Para qué ha usado mi familia las mazmorras durante estos años es algo que no me importa, pero el caso es que hay tres celdas. Abro la primera de ellas y hago pasar allí al chico.

No quiero mirarle a los ojos mientras entra. Cierro la puerta con un chasquido y me voy con un paso firme, aunque las dudas se enroscan en mi vientre y la culpa sacude mi pecho.

«Si tan solo pudieras verte como yo…».

Aparto esas palabras de mí y me recuerdo el mantra que lleva conmigo tanto tiempo.

«Nunca volverán a dañarme».

Capítulo 32
Leysan Hattstein

Repaso con la yema de mis dedos el contorno del tatuaje en forma de alas que ahora recorre mi espalda. Ya no siento dolor, pese al tamaño de la cicatriz. Las alas son enormes, como he podido comprobar en los reflejos mientras Noctua me arrastraba hacia aquí. Ocupan por completo mi espalda. Desde los hombros hasta el nacimiento de mis nalgas.

Aparto una piedrecita del suelo y me envuelvo con una manta raída, mientras me incorporo. Es una sala sin ventanas, ni más iluminación que la que aportan unas velas que no han descendido su tamaño ni un ápice, por lo que intuyo que son mágicas.

También imagino que, de haberlo querido, Noctua me habría dejado completamente a oscuras. Y, a pesar de lo que me ha hecho, de donde me ha dejado, mi corazón late desbocado al pensar en ella.

Y esta mezcla de sentimientos también me enfada, porque ¿en qué momento estando encerrado alguien se preocupa más por su carcelero?

Pero es que Noctua no es quien muestra. La he visto reír y charlar con su hermana. Y también la he visto en esas fiestas alzando la barbilla cazando hombrecitos. Niego con la cabeza.

«Y la has visto gemir de placer».

Me muerdo los carrillos.

«Bajo tu lengua».

Pero, sin embargo, ese no es el recuerdo que más pesa, sino su dolor. El dolor en sus ojos cuando le he dicho que era hermosa. Me tapo el rostro y me dejo caer en la cama otra vez. Me tumbo y me quedo mirando el techo durante tanto tiempo que las luces de las velas cambian de color, pero no soy consciente.

Veo unos ojitos en el techo. Me observan interesados y después se esfuman, como si no hubieran estado allí.

***

—¡Leysan! ¿Se puede saber qué haces en las mazmorras?

La voz de Chip me despierta horas más tarde. Me limpio la saliva de las comisuras y me siento en la cama. Tengo hambre y estoy algo confuso. Las luces plateadas de la sala titilan y crean sombras. La ardilla voladora está frente a mí, con los brazos en jarra.

—Noctua me ha encerrado.

El animalillo parpadea varias veces antes de resoplar.

—¿Qué has hecho esta vez para disgustar a Lady Noctua Gray?

—¿Cómo? ¿Me ves aquí encerrado y lo primero que me preguntas es qué he hecho?

—Obvio.

Suspiro y desvío la mirada unos instantes antes de decir por lo bajo:

—Le he dicho que es hermosa.

Chip está tocando una de las paredes con un dedito y se lo mira con repugnancia. Si me ha escuchado lo desconozco, con él nunca se sabe.

—En mi poca experiencia con las hembras… —empieza la ardilla regresando a mi lado—, los halagos molestan a algunas y…

—No. Le dije que era hermosa en su forma original.

Se oye un resoplido detrás de nosotros y ambos miramos a Sybil, que está al otro lado de los barrotes.

—Entonces lo que me extraña es que tengas la cabeza sobre los hombros —dice con una risita.

Frunzo el ceño y ella le resta importancia con la mano, como si dijera que es broma, pero a su misma vez lo viera como una opción viable. Trago saliva.

—Noctua me ha dicho que habías incumplido no sé qué norma y que estabas aquí. Así que te he traído la cena.

Me fijo en que tiene un carrito a su espalda en el que hay carne, pescado y varios tipos de arroces. También una fuente de frutas variadas.

Para mi sorpresa, Sybil atraviesa los barrotes con el carrito, como si fuera un fantasma, y lanzo una exclamación.

—Ah, sí, los barrotes. Solo afectan a los humanos.

Se sienta a mi lado, después de ponerme la comida delante, y coge una manzana a la que le da un buen mordisco.

—¿Va a sacarme de aquí? —le pregunto.

—Puede que sí, puede que no.

Medita unos instantes en los que empiezo a comer, porque mi estómago, pese a esta situación, necesita alimento. Junto a mí, Chip se sienta de un modo muy cómico y devora una fresa más grande que su cabeza.

—Pero, joven Leysan, se te olvida que Noctua no es la única banshee que vive aquí.

La miro con sorpresa.

—Te va a matar.

—Ya sabes lo que dicen: quien más cólera desata, menos cuellos rebana.

Me atraganto con un bocado, lo que provoca su risa.

—Imagino que es un dicho más propio de mi raza. Para los humanos es algo así como… perro rabioso, poco…

—Peffvo lafzzador, poco mofzzdedoz —dice Chip con la boca llena.

La ardilla tiene el pelaje del rostro completamente rojo y los carrillos hinchados. Suelto una carcajada, a la que se suma Sybil a mi lado.

La ardilla voladora niega con la cabeza y pone los ojos en blanco —o hace un gesto muy parecido— antes de seguir comiendo mientras masculla un:

—Humanos…

Capítulo 33
Noctua Gray

He sido invitada al baile de esta noche, como no podía ser de otra forma. La presencia de Noctua Gray es valiosa, todo el mundo lo sabe, aunque no todo el mundo lo quiera aceptar.

Me deleito, en una especie de ritual que suelo tener antes de engalanarme, delante de los espejos. Desnuda. Sin ninguna imperfección, sin nada que manche mi arrebatadora belleza. Giro sobre mí misma.

«Eres hermosa».

La voz de Leysan se cuela en mi cabeza y la escucho como si realmente estuviera aquí. Tanto es así, que me giro buscándole. Pero está encerrado, es imposible que esté en mis aposentos.

Elijo para esta ocasión un vestido rosa que muestra lo justo para que los hombres pierdan la cabeza y piensen solo con el…

Suelto una carcajada.

Y algunas mujeres. He tenido experiencias con ellas, pero, por muy placentero que me haya resultado, ellas no tienen culpa de nada. No quiero dañarlas.

Labios a juego con el vestido, con un brillo húmedo que todos querrán saborear.

Los bucles dorados recogidos a conciencia, dejando escapar unos pocos mechones que enmarquen mi precioso rostro y acaricien la piel desnuda de mis hombros.

Perfecta.

Taconeo hacia el vestíbulo con una sonrisa maliciosa. Mis ojos buscan a Leysan con ansia, deseando verle babear como a los demás. Entonces recuerdo que lo he encerrado, y aunque suelto una nueva carcajada, esta está vacía.

El cochero me lleva a través del atardecer hacia la mansión Filnk. El silencio del carruaje me resulta un tanto incómodo. Nunca me había sentido sola en él, había disfrutado del paisaje mientras fantaseaba con mi próxima víctima. Mas esta quietud se me agarra al pecho. Desvío la mirada al exterior.

Una suntuosa mansión aparece ante mis ojos. Majestuosa, iluminada por dentro y por fuera. Cuando madre aún vivía, nuestra casa lucía así. Incluso mejor. Era el centro de todas las envidias, el lugar al que todos querían acudir cuando se celebraba una fiesta. Porque las fiestas de Amyste Gray eran dignas de ser recordadas. Manjares exquisitos difíciles de conseguir por simples humanos; máscaras hechas por manos tan pequeñas que eran imposibles de replicar; no existía una igual. Cada invitado recibía una. No había músicos, pero sí música. Si bien el canto de las banshees es mortal, con la magia de las máscaras todos podían escucharlo y deleitarse sin morir. Y sí, algunos incautos se quitaban las máscaras y morían en el acto. Esto era lo que más gustaba de aquellas lejanas fiestas: poder escuchar un canto que otros no pueden, el riesgo de poner tu vida en peligro por algo a lo que tan solo unos privilegiados tienen acceso.

Ahora la mansión Gray es fría y oscura, como mi corazón.

El carraspeo del cochero me hace volver al presente. La puerta del carruaje está abierta, a la espera de que salga y me dirija a mi destino.

En el interior me reciben las mismas sonrisas vacías de siempre. Una máscara natural muy bien elaborada, fruto de años de entrenamiento. Nunca me ha importado. Me gusta el efecto que causo, en especial en los humanos.

Saboreo el dulce néctar de la sidra de oro, algo muy típico en estas fiestas, pero no por ello menos delicioso.

Y le veo. Mi objetivo. Mi víctima. Su cabello rubio está recogido en una pulcra trenza, que bailotea con elegancia a su espalda al son de sus pasos. Se gira y saluda a otro noble joven de cabello teñido —esto lo sé porque fue uno de los elegidos para, aparte de disfrutar y sufrir con mi cuerpo, alimentarme de su belleza— cuyos ojos me rehuyen. Alzo la copa medio vacía hacia él con una de mis sonrisas más encantadoras, aunque no alcanza a mirarme. Mas sí el joven de la trenza, que se ha girado buscando a alguien y, para su honor, me ha hallado a mí.

Bailamos entre risas y flirteos. Me muevo con gracia y sensualidad, en un juego provocativo al que sé que nadie se me resiste jamás. Incluso cuando estoy de espaldas a él, puedo sentir cómo me devora con sus ojos.

Fingiendo estar acalorada, camino fuera de la gran sala de fiestas por uno de los pasillos, sin demasiada prisa, permitiéndole seguirme. Le conduzco hasta un balcón con escaleras hacia el jardín y un camino que conduce al exterior, justo donde espera mi carruaje. Pero no va a ser tan fácil. El juego siempre empieza aquí y ahora. Me gusta hacerles sufrir, tenerlos a mis pies suplicándome que les dé más de mí.

Le empujo contra la pared y rozo sus labios con los míos. Siento su dureza a través de nuestras ropas, cosa que me encanta. Me encanta y…

Nada más.

Me aparto del joven, que aprovecha a cambiar las tornas y atraparme entre él y el muro de piedra. Su boca baja por mi cuello, mordiendo con avidez. Cierro los ojos y ahora sí, siento cómo mi cuerpo reacciona.

—Leysan…

Capítulo 34
Noctua Gray

Si el rubio me ha escuchado finge bien lo contrario, pues sus manos se introducen con seguridad en mi falda y sus dedos me acarician hábiles, seguros e impulsivos. Yo retiro el contacto por acto reflejo y aprieto los dientes con frustración.

Abro los ojos y veo el deseo en su mirada, un brillo travieso. Cree que estoy jugando. De nuevo pega su cuerpo al mío y mi piel reclama el contacto de Leysan.

Sujeto al chico del cabello echándole hacia atrás el rostro y deslizo mi lengua por la curva de su cuello. Él jadea. Suplica. Y se sitúa justo en el lugar en que quiero verlos. Aumento el tirón y le pongo de rodillas frente a mí. Aun en esta situación veo el fuego en él y la promesa de una noche de pasión salvaje.

Y, para mi consternación, no reacciono. Mi cuerpo no reacciona.

«Maldito Leysan Hattstein».

Pero no puedo dejar que suceda esto. Así que sin mediar palabra hago que el muchacho se incorpore, se relame los labios con lascivia y hace amago de acercarse de nuevo a mí. En un visto y no visto le empujo entre los setos y me deshago del corsé. Le obligo a mirar sin tocar con una mirada de advertencia y me toco los pechos. Cierro los ojos y veo a Leysan.

Leysan gimiendo. Leysan arrodillado entre mis piernas. No lo soporto más. Mis manos recorren mi vientre y, ahora sí, encuentran humedad.

—Por favor… —suplica el rubio.

Cuando le miro se ha quitado los calzones y… Me da igual.

Me desea. Tanto que su miembro palpita frente a mí. Pero cuando le veo, mi excitación disminuye y sé lo que tengo que hacer.

—Esta noche tendrá que bastarte lo que has visto para saciar tus deseos.

Señalo con un gesto de los ojos su mano y después su erección. Él abre mucho los ojos, se le abre la boca por la sorpresa, pero estoy demasiado enfadada como para prestarle más atención. Ni siquiera finjo, le miro con desdén, elevo mi mano y los hilillos dorados de magia nos conectan. Veo las dudas reflejadas en él, pero enseguida le atraviesa una ola de dolor y sonrío, mientras su cabello rubio impoluto se ve salpicado de negro y la leve sombra azabache del mío desaparece.

Cuando termino me abotono la blusa y no me molesto en recoger el corsé. Se lo tiro a la cara antes de irme al carruaje.

Directa a la mansión Gray.

Puedo intuir la ceja alzada de mi cochero al verme llegar desaliñada y sin compañía, pero no pronuncia palabra y me lleva con diligencia hacia mi casa.

Donde me espera mi prisionero.

Ni siquiera admiro mi reflejo mientras atravieso el vestíbulo y voy directa a las mazmorras. El olor húmedo penetra en mis fosas nasales. Con un gesto de la mano, ilumino

las antorchas a mi paso. Para cuando llego a la celda del chico este entreabre los ojos, tumbado en la cama y su gesto somnoliento hace bailar a mi corazón.

«No, no, no…».

Con el cabello revuelto, sin la camisa, veo esos músculos y se me seca la boca.

«Pero si es comerciante, por todas las sombras de la noche, ¿por qué tiene ese cuerpo?».

—Vaya, lady Noctua, ¿a qué debo el honor?

Detecto retintín en sus palabras y, por vez primera, no le culpo. Aunque eso no hace que me enfade menos, pues un amago de risa sacude mi vientre y debo hacer acopio de todo mi autocontrol para atravesar los barrotes de la celda sin dedicarle una mirada de más.

—Esto es una tortura.

—Quitando la humedad y la oscuridad… pues tampoco está tan mal.

Alzo una ceja y le miro divertida.

—No me tientes, joven Hattstein.

—¿Lo hago?

Ahora es él el que alza una ceja, el muy canalla. Una ceja larga, perfecta y perfilada, sobre unos ojos oscuros cuyo brillo crea olas de deseo entre mis muslos.

—No para bien —me obligo a contestar.

Él se revuelve el cabello, apartándoselo de la cara y le odio un poco más. Me gustaría lanzarlo a ese camastro, sentarme sobre su bonito rostro y…

—¿Has venido a soltarme?

Mira las luces a su alrededor. El brillo azul delata la hora, como intuyo que sabe.

—No.

Se muerde el labio. No pronuncia palabra. Su prudencia le hace detenerse, pero ahora, liberado del sueño, su mirada recorre mi cuerpo. La camisa mal abotonada, el cabello revuelto, los labios hinchados. Y traga saliva. Me desea. Y eso no sé si me hace sentir deleite o por el contrario me enfada más.

«Lo que te pone es a cien».

Mis pezones se endurecen y mi centro arde. Él se percata de ello porque noto que entreabre los ojos y sus pupilas se agrandan cuando vuelve a pasar la mirada por mi torso.

—¿Y entonces…? —susurra.

Me acerco tan deprisa que no le da tiempo a nada. Me quedo a escasos centímetros de él, aún sentado. Su cara está justo frente a mi ombligo y alza los ojos para mirarme. Yo le agarro del pelo con firmeza y el tacto de su cabello entre los dedos me hace cosquillas. Sonríe, pero no hay humor en él.

—Entonces… —empiezo.

«Sí, Noctua, ¿entonces qué?».

Y Leysan hace algo inesperado. Me acaricia el contorno de las caderas, sus dedos fríos me recorren despacio, con cuidado. Desliza sus dedos hacia arriba y hacia abajo en una caricia silenciosa sin dejar de mirarme a los ojos.

No intenta quitarme la ropa, no acerca sus labios a mi vientre. Tampoco hace amago de ir más allá. Solo sus manos sobre mi piel. Solo sus ojos en los míos.

Y eso lo es todo.

Deja de sonreír, los hoyuelos se ocultan y no puedo evitar que algo ascienda de mi estómago a mi esternón. Un cosquilleo agradable al que temo. Una sacudida en el pecho que me hace temblar.

Porque Leysan no me mira con lástima. Tampoco con deseo, aunque su mirada esté cargada de fuego. Sino con algo más. Algo de lo que llevo huyendo desde que…

Algo que no puedo permitir.

—No —susurro.

Doy unos pasos atrás.

—¡NO!

Y salgo de allí a toda velocidad sin mirar atrás ni una sola vez.

Capítulo 35
Noctua Gray

No acudo a mi dormitorio, sino que los pasos me llevan por la mansión hasta el lugar en el que empezó todo. Al cuadro, que me observa desde el centro de la sala. Noctua Gray.

«Si solo pudieras verte como yo…».

Y siento la calidez tras mis ojos.

Me siento frente al retrato, con las piernas cruzadas. Apoyo los codos en las rodillas y miro a la mujer que me devuelve la mirada.

A la banshee.

Al monstruo.

Solo que empiezo a intuir lo que Leysan ve en mí. Lo que ve en ella.

No sé cómo sucede, pero en algún momento me quedo traspuesta en una postura de lo más incómoda. Me despiertan los primeros rayos de sol y el frufrú de un vestido a mi espalda.

Me levanto a toda prisa y evalúo consternada la sala. Pongo los ojos en blanco al encontrarme a Sybil paseándose a mi alrededor, con las alas recogidas susurrando sobre el suelo. Lleva un cuenco en una mano y va cogiendo uvas doradas que crujen entre sus dientes a cada mordisco.

—¿Se puede saber qué haces?

—¿Y tú, pichipunky?

Me incorporo ignorando los resultados de mi mala postura para dormir y me miro en los espejos.

—Algo me dice que has tenido una noche loca…

Gruño y la miro con advertencia. Ella suelta una risita cristalina, más propia de un ser féerico que de alguien de su condición. Pero es Sybil.

Me siento en un sillón, tras el cuadro, para no seguir viendo a la bestia. Pero mi hermana tiene precisamente la mirada puesta en el retrato y después clava los ojos en mí con un brillo travieso.

—Sé que fuiste a ver a Leysan anoche. —Sube y baja las cejas.

—¿Me espías?

—La patrulla ratuna de Chip.

La miro entrecerrando los ojos y ella hace un gesto de la mano, como si esos detalles fueran insignificantes.

—Y para mi sorpresa no te lo tiraste.

—Mi vida sexual no es de tu incumbencia.

—Aunque te hayas empeñado desde el inicio de los tiempos a incomodarme con la algarabía que esta produce.

Niego con la cabeza y chasqueo la lengua.

—¿No encontraste ninguna presa de tu agrado en esa fiesta?

Acompaña su pregunta con un mohín triste. Suspiro y aprieto los reposabrazos hasta que mis nudillos se ponen blancos.

—¿O es que ninguno era como el bomboncito de las mazmorras?

—Cállate. No tienes ni idea.

—Creo que en realidad sé mejor que tú qué está pasando aquí.

Me levanto furiosa y me encaro a ella. Soy unos centímetros más alta y aunque estoy en mi aspecto más dulce mi rostro es feroz. Los ojos muy abiertos, el cabello flotando a mi alrededor y mi poder sacudiéndome.

—Hermana.

Su voz ahora es un ruego y su mirada se clava en la mía. Mi magia la aparta de mí unos centímetros. Tan solo es una advertencia para que no siga por ese camino. Consiento demasiado a Sybil y aunque a veces —a menudo— pueda ser molesta, es mi hermana. Mas sabe que hay límites que no debe cruzar.

—Él no es culpable de lo que despierta en ti.

—Sybil —siseo amenazante.

—Pichipunky, solo quiero ayudarte…

Siento la súplica en su voz y endurezco mi coraza.

—No estabas así desde que…

Mi mano actúa por acto reflejo y la cojo del cuello. Aprieto y ella abre los ojos con la sorpresa reflejada en ellos. Me toma del brazo, pero no aflojo ni un ápice.

—No termines esa frase.

La libero y la banshee trastabilla hacia atrás. Sin embargo, no hay temor en ella, sino lástima. Quiero gritar. Destruir.

—Nunca volverán a hacerme daño, Sybil Gray. Lo juré aquí. Maldije todo lo que me rodeaba con una finalidad muy clara. Hacer de mí lo que soy ahora. Jugar con sus patéticas vidas mientras me alimento de su belleza y sacio mis deseos.

—Noctua… —niega con la cabeza.

—¡NO!

—Pero…

—Nunca. Volverán. A. Hacerme. Daño.

Capítulo 36
Leysan Hattstein

Apenas puedo conciliar el sueño. Anoche vi algo diferente en Noctua cuando me miró. Un brillo que iba más allá del deseo…, pero luego lo ahogó, dejando paso a la rabia. Al odio. Al rencor por hechos que desconozco.

Coloco las manos bajo mi nuca mientras miro al techo. Hace un rato, Sybil y Chip me han hecho una visita con un suculento desayuno —que por supuesto la ardilla ha compartido conmigo—, y hemos hablado de temas banales como el huerto de la banshee.

Ahora, saciado y con la cabeza despejada, solo puedo pensar en ella. Creía que solo era deseo, el ansia por perderme entre sus piernas y sentir el placer. Sin embargo, va más allá. No solo mi miembro late por ella, sino también mi corazón.

Mas esto no puede ser. Estamos vinculados por un contrato ajeno a ambos, al que tan solo nos une la sangre que compartimos con nuestros progenitores. Cuando este termine yo me iré a tomar el relevo a mi padre en su negocio; y ella podrá seguir con su vida de fiestas y sexo sin control, como si nunca nos hubiéramos conocido.

No sé si pasan minutos u horas. Salvo por las antorchas, es difícil llevar la noción del tiempo. Hasta que estas cambian a un amarillo anaranjado que indica que ya pasa del mediodía. Mis tripas rugen, pidiendo comida.

Mas esta vez, nadie viene a traerme algo que llevarme a la boca.

Y llega la tarde y, con ella, un furioso taconeo que ya conozco bien. Me levanto preparado para enfrentarla.

—Tú… —escupe con desprecio. Uno que transmiten sus labios pero no sus ojos.

Noctua desvía la mirada y coge aire. Mi corazón da un vuelco. Parece luchar contra sí misma.

—Tengo un nuevo trabajo para ti. —Sonríe con malicia.

Trago saliva.

—¿Por qué me castigas ahora? Me tienes encerrado. Estoy a tu merced.

Con estas últimas palabras, nuestros ojos se cruzan y mi entrepierna reacciona. Ahora soy yo quien desvía la mirada.

—Eres mi esclavo. Puedo hacer contigo lo que me plazca.

«Para», le ordeno a mi leve erección.

Porque sí que me gustaría que esa frase escondiera otro significado.

—Has disfrutado de mi benevolencia y te has pasado de la raya, joven Hattstein. Ahora vas a pagar por ello.

Abre la puerta de la celda y me hace un gesto para que la siga. Desaparece por el pasillo a la luz de las antorchas que empieza a tornarse morada. Con un suspiro resignado, salgo. ¿Acaso tengo opción?

En un silencio gélido, me conduce al vestíbulo, cuya puerta está abierta, permitiendo el paso de una agradable y fresca brisa de la que disfruto unos segundos con placer.

—Se me ha terminado la flor de loto. Y la necesito con urgencia. Solo crece en el lago de Plata, y solo se puede recoger cuando brilla la luna en el cielo despejado. Como esta noche. —Señala hacia arriba donde, en efecto, la luna y las estrellas son las únicas reinas de la noche.

—¿Vendrás conmigo?

Un brillo perverso cruza su mirada de mar.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Que, por el Contrato de Magia Inquebrantable, no puedo abandonar los límites de la mansión Gray si no es contigo. ¿Cómo esperas que realice el trabajo si no?

Su sonrisa se amplía, y puedo ver qué está disfrutando con esto.

—Ahí está la gracia, Hattstein.

Miro hacia fuera y luego a ella.

—Es un trabajo imposible y lo sabes.

Se encoge de hombros y se gira, restándole importancia con un movimiento de mano.

—No comerás hasta no entregarme una flor de loto.

Capítulo 37
Leysan Hattstein

Observo cómo Noctua se deleita a la par con mi sufrimiento y con un pescado en salsa cuyo aroma penetra en mis fosas nasales y activa mis papilas gustativas. Nunca me ha emocionado el pescado, pero después de tantas horas sin comer, lo veo como el mejor de los manjares.

Ya he perdido la cuenta de las veces que he intentado atravesar los límites de los jardines, sin ningún éxito. He salido por diferentes lugares, incluso he saltado los muros, con una falsa esperanza de que ahí radicara el truco para sortear el contrato. Mas, como ya sabía, siempre he aparecido junto a ella.

Mientras se probaba un vestido y se recreaba ante los espejos —en los cuales no han podido evitar fijarse mis ojos, embelesados—.

Mientras se bañaba.

Mientras cubría su falso cuerpo de tónicos y perfumes.

Mientras cena.

Come despacio, saboreando cada pedazo que lleva a sus sensuales labios. Ahora no sé qué me atrae más, si ellos o la comida.

Empiezo a sentirme mareado. Y estoy a punto de suplicarle aunque sea por unas pocas migajas de pan. Pero no quiero darle ese placer. Sé que es lo que está esperando, por eso me ha mandado este trabajo imposible. No solo es hacerme sufrir, sino ver cómo me arrastro a sus pies.

Salgo decidido y, a mi espalda, escucho su risa. Me muerdo el interior de las mejillas para no caer en su provocación. Cuando llego al exterior, me dejo caer, derrotado. Ya he probado todo lo que se me ha ocurrido, no sé qué más puedo hacer.

El carruaje vuelve de regreso. Ha sido mi último intento. He montado en él y se ha puesto en marcha, imagino que con el permiso de Noctua. Y, por un breve momento, he llegado a pensar que lo había logrado, cuando hemos dejado atrás las puertas abiertas y hemos avanzado unos metros, mi corazón ha latido con fuerza, nervioso, esperanzado.

Pero no.

Me echo hacia atrás con un suspiro y cierro los ojos.

—¿En qué piensas?

La voz de Sybil llega a mis oídos. La veo aterrizar frente a mí sin el más mínimo ruido, y ladea la cabeza, estudiándome.

—En nada.

—Es imposible no pensar en nada.

Se sienta a mi lado.

—Se llama dejar la mente en blanco.

—Entonces, estás pensando en blanco.

Sonrío dándole la razón. Pasamos unos segundos sin decir nada más, bajo el manto de estrellas y la luz de la luna que ilumina de plata los jardines.

—¿Qué haces fuera? —pregunta.

—Noctua me ha soltado para mandarme un trabajo imposible.

—No hay nada imposible, Leysan.

Aunque en otra situación no me importaría entrar en un debate sobre cosas imposibles, mi hambre y cansancio no me lo permiten, alimentados por la desesperación de que la mayor de las Gray cumpla su palabra de no dejarme comer hasta que no le traiga la flor de loto.

—Salir de la mansión Gray sin tu hermana, para mí sí es imposible.

Se queda pensativa. Se levanta y pasea por los alrededores.

—¿Has probado todos los accesos?

—Y lo que no son accesos.

Se rasca la barbilla y sus ojos se posan en el carruaje.

—¿Y…?

—También. Y aquí estoy.

Suelta un bufido sin dejar de caminar. Entonces, se le ilumina el rostro y me dedica una mirada traviesa.

—Hay algo que no has probado aún.

La miro sin comprender, esperando a que continúe con su explicación. En su lugar, se acerca a mí y me levanta con toda su fuerza.

—¡Sí! Puedo contigo.

—¿Qué…? —No termino la frase, tratando de comprender sus intenciones. Me basta una mirada suya al cielo para adivinarlas—. ¡Ni hablar!

—¿Por qué no?

Pálido, levanto la cabeza hacia la noche.

—Porque…

—¡Tienes miedo a las alturas!

Trato de zafarme de su agarre, pero no me lo permite.

—Claro que no. —Aunque el temblor de mi voz me delata—. ¿Qué te hace pensar que el contrato no me reclamará si salgo volando?

—Esas viejas magias tienen lagunas. Quizás salir volando sea una de ellas.

—Es una estupidez. Como todo lo que he probado.

—¿Pierdes algo por intentarlo?

«Mi dignidad».

Sin darme tiempo a responder, me coge de las axilas y nos elevamos. Cierro los ojos al ser consciente de que el suelo ya no está bajo mis pies. No quiero ver la distancia que me separa de él. Siento la brisa. Siento las manos de Sybil. Siento cómo floto. Siento…

—¿Cuántos fracasos llevas, Hattstein?

La voz de Noctua.

Abro los ojos. Estoy en el comedor. Ella come grosellas que tiñen sus labios. Coge una y la lanza a mis pies. Necesito hacer uso de todo mi autocontrol para no agacharme y devorarla.

—Eres deleznable —escapa de mi boca.

Se levanta con su sonrisa. Se acerca a mí y clava sus ojos en los míos.

—Vamos, dilo, Hattstein. —Su mirada se torna fría—. Di que soy un monstruo.

Le sostengo la mirada. Pretende demostrar que lleva razón. Mas de mis labios no saldrá algo que no pienso. Desvío los ojos a los espejos.

—No eres un monstruo.

Capítulo 38
Noctua Gray

Trago saliva con dificultad ante sus palabras, veo cómo contempla mi reflejo en el que él puede ver mi verdadera forma. No hay miedo, ni repulsión.

—¿Por qué te empeñas en mantener esa fachada, Noctua?

Su voz es apenas un susurro. Una caricia. Se vuelve hacia mí y da un paso.

«Tengo que parar esto», me digo.

Él no se detiene, sino que llega a mi posición; ahora separados apenas por unos centímetros me mira y sé que, aunque ve mi forma hermosa esos ojos ven más allá. Y un hambre nueva, que nada tiene que ver con su falta de alimento, aparece en su mirada. En otras circunstancias me encantaría empezar este juego, pero las cosas están cambiando.

—Sigue con tu trabajo.

Lo digo sin pensar, porque solo quiero huir de su mirada. Quiero dejar de sentirme débil, vulnerable. Noctua Gray es fuerte, malvada, cruel. Un monstruo con un aspecto bello. Una banshee que quiere provocar dolor.

«Pero ¿eso ha sido cierto alguna vez, Noctua?».

«Sí». Me respondo automáticamente.

Cierro los ojos unos instantes, luchando contra los recuerdos y entonces Leysan hace algo inesperado. Siento el contacto cálido de su mano en mi mejilla y por un momento me dejo llevar y un suave gemido escapa de mis labios, mientras aprieto mi rostro contra su piel. Huele a tierra mojada, a sándalo y a cuero.

Quiero perderme ahí.

Abro los ojos de repente y me aparto. Veo el mismo anhelo que yo siento en su mirada y por un momento tengo el impulso de hacerle mío en esa misma mesa, pero me contengo.

«Ha dejado de ser solo sexo». Y esta verdad me tambalea.

—Todos estos castigos para no reconocer que…

—¿Qué? —Mi voz suena estrangulada.

Intento recuperar la compostura. Necesito intimidarle. Quiero que me tema. Quiero…

«… que me arranque la ropa a mordiscos».

Leysan suspira, vuelve a acercarse a mí y, esta vez, no me mira a los ojos, sino a la boca. Después carraspea con suavidad y nuestras miradas se encuentran.

—No eres malvada. No eres un monstruo. Creo que en realidad estás asustada.

—¿Asustada? —bufo con desdén—. ¿Crees que Noctua Gray tiene miedo?

Suelto una risotada carente de humor y me aparto de él. Me pongo otra vez la coraza. Me endurezco y rodeo la mesa con grandes zancadas, tomo un melocotón en el camino y empiezo a comérmelo sin dejar de caminar. Él mira alternativamente mi figura y la del espejo. Y no me pasa en absoluto desapercibida la forma en que lo hace, cómo se muerde el labio y, pese a que no lo veo, siento su excitación.

—Joven Hattstein, ¿sabes que estás hablando con una banshee? —sonrío con malicia—, ¿una criatura que habita las pesadillas de todos los niños?

Aprieta los labios, clava los ojos en mí y, para mi consternación, sus comisuras se estiran en un gesto travieso que conozco bien y marca los hoyuelos que adornan sus mejillas. Se acerca a la esquina de la mesa, se apoya en ella y tamborilea con los dedos. No puede evitar lanzar miradas fugaces a la comida, pero se mantiene sereno.

—Si permitieras que el mundo viera eso —señala el espejo—, serías la criatura que habitaría en más de un sueño húmedo.

Mis ojos se agrandan. «¿Acaba de decir lo que creo?». Dejo la fruta a un lado y camino con sensualidad hacia él mientras digo:

—Pequeño lirio, eso ya lo hago. Soy su deseo y su perdición. Su pesadilla más sensual.

—Y eso sin mostrar tu verdadera forma. Si Noctua Gray fuera de verdad Noctua Gray, tendría el mundo a sus pies.

—¿Eso crees? No conoces a los hombres, Hattstein.

—Sé lo que yo veo.

Resoplo y termino de rodear la mesa, apoyo la mano muy cerca de la suya y dejo que mi pecho apenas roce el suyo. Un cosquilleo ya conocido me recorre toda la piel.

«Diosa… ¿Se puede desear tanto a alguien?».

—Los monstruos más oscuros son los más hermosos bajo la luz adecuada.

Y no es solo su voz ronca, cómo se le dilatan las pupilas o la erección que siento en su entrepierna, muy cerca de mí. No es su aliento cálido trazando ríos de deseo en mi piel o su aroma penetrante. Son sus palabras, la pasión con la que lo pronuncia.

«Tienes que pararlo».

No quiero. Lo que quiero es besarle de una maldita vez.

«Recuerda quién eres».

Y, como siempre, gana el monstruo.

—Así no vas a convencerme de que te levante el castigo, Hattstein.

Esperaba que Leysan se enfureciera, que se pusiera a devorar la comida frente a mí. Que resoplara y dejara caer su fachada de chico bueno. Que dejara de fingir —pese a saber que no finge y desea de verdad a la bestia del espejo y que, tal vez, incluso empieza a amarla— que está a mis pies. Lo que no esperaba es que en este momento sus manos atrapen mi cintura, me aprieten contra su torso y su boca rodee la mía con un deseo tan violento como imperativo.

—Entonces tendré que ser más persuasivo.

«Ya pensaremos después en las consecuencias, ¿no?».

Mi vocecita de la conciencia es traicionera, pero tiene razón. Solo una vez más.

Capítulo 39
Noctua Gray

Nuestras lenguas se encuentran y se exploran. Sus manos son un torrente imparable que recorre mi espalda, se aprietan en mis nalgas y buscan el modo de deshacerse de tanta tela que nos separa. Ahora su boca desciende por mi cuello. Sus dedos trazan círculos en mis costillas y se cierran en mis pechos que acaricia mientras su lengua se acerca a ellos. Miro el reflejo y sonrío mientras nuestros ojos se encuentran allí.

Alzo la cabeza y empujo su rostro. De un solo tirón libero mis pechos y estos se desbordan en el rostro de mi amante. Y no puedo evitar gemir con fuerza cuando se lame el pulgar, para que después la punta de su lengua dance alrededor de uno de mis pezones, mientras que su dedo húmedo baila sobre el otro.

—¿Te gusta? —susurra.

—Aprendes rápido.

—Dime qué quieres y te lo haré. —«Por todas las sombras de la noche»—. Soy tu esclavo, ¿recuerdas?

Suelto una carcajada que no puedo evitar. Siento su sonrisa contra mi seno mientras llena de besos mi piel.

Y, entonces, se rompe la magia, porque las puertas del balcón se abren y entran Chip y Sybil volando a toda prisa. Ambos se dan de bruces contra la pared y empiezan a reír sin control.

O lo hacen, antes de que mi hermana alce la mirada y sus ojos se abran como platos al encontrarnos en esa situación. Leysan se aparta deprisa, pero yo le sujeto del pelo.

—¡Sybil Gray! ¿Se puede saber por qué entras en mi comedor como una bestia salvaje? —grito, sin soltar a Leysan.

El chico se remueve incómodo en su posición y maldigo de nuevo a mi hermana. Estaba siendo delicioso. Perfecto.

«E incorrecto si quieres seguir siendo lo que…». Acallo esa maldita voz, porque todo eso me da igual en este momento en que mi entrepierna y mi corazón laten con violencia.

—Pues… —Ella nos mira alternativamente a Leysan y a mí.

La ardilla voladora se ha posado sobre su hombro y nos observa con lo que parece una mueca divertida. Nunca se sabe con ese animal.

—No sabía que…

—¡Eso no me importa!

Bufo exasperada, liberando la cabeza de mi prisionero, lamentando cada centímetro de su piel que se separa de la mía.

—¿Cómo podía saber que estarías con tu prisionero…? —No acaba la frase, pero sus cejas suben y bajan deprisa sobre sus ojos.

—Voy a matarte un día de estos.

Me llevo los dedos índice y corazón al puente de la nariz. Sigo medio desnuda, pero no me importa. Parece que mi cuerpo está siendo liberado de la presa del deseo y mi torrente de pensamientos se suaviza.

—De todas maneras, Noctua, ¿no decías que…?

La miro con advertencia y ella se muerde una sonrisa traviesa antes de agachar el rostro con fingida humildad. La conozco demasiado bien; sí, está incómoda por lo que está viendo y tal vez se sienta un poco mal, pero mi hermana se lo está pasando bien con esta situación.

—Bueno, tampoco es tan raro, esos dos o se aparean o se pelean. Es la base de su relación —dice Chip, en el hombro de Sybil, restándole importancia—. Te he ganado.

—¡De eso nada! —Se queja la más joven de las Gray dejando de mirarnos.

Leysan me sorprende abrochando como puede la tela de mi vestido y apartándose un poco más. Tiene el cabello revuelto, los labios hinchados y las mejillas teñidas de rubor.

—Yo… —susurra.

«Por la diosa, qué guapo es».

Y un deseo diferente sacude mi vientre. Quiero tomarle de la barbilla, que me mire a los ojos y besarle muy despacio en esa boca perfecta. Sé que después me descontrolaría porque una cosa lleva la otra, pero en este momento solo quiero acariciar su pelo, sus labios, sus mejillas. Por todas las sombras, quiero trazar círculos con mis garras en las alas de su espalda y…

«¿Mis garras?».

Y, entonces, salgo de mi ensoñación y me percato de que las miradas están puestas en mí, mientras yo observo a mi prisionero y carraspeo incorporándome y alzando la barbilla.

—Esto no ha terminado, Leysan. —La seriedad con la que intento decirlo es en vano y sueno como una gata en celo—. Joven Hattstein —añado a toda prisa.

Capto el brillo travieso de Sybil y su mudo:

«No estabas así desde…».

Leysan me mira y me siento estremecer. Sus ojos oscuros se clavan en los míos y una promesa silenciosa recorre mi cuello y mi cintura. Me acaricia con cariño el hombro, mientras se dirige a los recién llegados con naturalidad.

—¿Estabais haciendo una carrera? —inquiere Leysan—. Últimamente compiten mucho por cuál de los dos vuela más rápido —me explica volviéndose hacia mí.

—Típico de Sybil —respondo con una sonrisa relajada.

Me doy cuenta de ello enseguida y endurezco mi mirada para clavarla en mi hermana. Ella está a punto de romper a reír y siento deseos de estrangular su delicado cuello. Se lo está pasando bien la muy condenada.

—¿Y por qué esa carrera ha acabado en mi comedor? —pregunto intentando mantener mi expresión más temible —cosa que a juzgar por cómo me mira Sybil no consigo—.

—Porque es la hora de comer —dice Chip, que ha correteado hacia la mesa y ha cogido una grosella.

No me da tiempo a decir nada más, pues unos toquecitos en la puerta interrumpen nuestra conversación. A través de los reflejos veo a Ambrose que lleva una bandeja de plata sobre la que reposa una carta que hace que todo mi mundo se tambalee.

Respiro hondo sin tocar el papel, como si fuera a quemarme. Necesito tomar el aire. Cojo la carta con manos temblorosas y el nombre se clava en mis entrañas. Salgo del comedor sin decir nada más, con el sobre apretado contra mi pecho, ahora frío como el hielo.

Axemoon

Capítulo 40
Leysan Hattstein

Doy un paso en dirección a la puerta por la que ha desaparecido Noctua. Jamás había visto en ella esa expresión de pánico. ¿Acaso Noctua Gray teme algo? Sin embargo, la mano de Sybil me retiene y cuando la miro dispuesto a quejarme, niega con la cabeza.

—Es mejor que la dejes sola, créeme.

Asiento y me dejo caer sobre una silla mientras mis ojos observan cómo Chip se pone ciego a grosellas. La banshee se sienta a mi lado y se sirve un buen plato de estofado de lo que parece ser ciervo con verduras naranjas que tienen buena pinta. De forma inconsciente, alargo la mano hacia una patata asada cuyo olor ha hecho recordar a mi cuerpo que lleva horas sin comer. La bandeja se aleja de mi alcance por arte de magia. Con el ceño fruncido, miro hacia los espejos. Ningún sirviente lo ha hecho.

—No podrás comer nada si lo buscas tú —explica Sybil cogiendo un plato y sirviendo estofado y patatas asadas—, pero si alguien te lo ofrece…

Me tiende la comida y la cojo, dudoso. Sin embargo, esta vez no me rehuye. Mis tripas rugen de placer antes siquiera de probar bocado. Sin ningún tipo de educación, cojo con la mano un trozo de carne que me llevo a la boca. Suelto un gemido de placer y Sybil, una risilla.

Después de cinco porciones y una patata, me limpio la mano y cojo el tenedor que ha venido flotando hasta mí hace unos minutos.

—Deberías comer más despacio —me dice Chip con la boca tan llena de grosellas que parece que le va a estallar. No sé ni cómo es capaz de hablar pronunciando bien cada letra —, te va a sentar mal.

—¿A ti no te sienta mal?

La ardilla tarda en responderme. Sigue metiéndose grosellas en la boca que luego traga de golpe. Me llevo la mano a la garganta como si fuera la mía la que tuviera que tragar una bola ingente de comida. Casi puedo sentirla descender hasta mi estómago.

—Esto requiere años de entrenamiento.

Arrugo la nariz en un gesto de disgusto. Sybil vuelve a reír.

Solo cuando estoy saciado, me acuerdo de Noctua y su reacción al ver el sobre.

—¿Qué tiene ese sobre?

La banshee suelta un suspiro y se echa hacia atrás con un cuenco de uvas doradas que come poco a poco.

El silencio nos envuelve —roto por Chip que está coleccionando una segunda remesa de grosellas en su boca— y me levanto. Doy un paseo hasta el balcón por el atracón que acabo de darme —debería haber hecho caso a Chip—, mientras mis ojos recorren los jardines.

—Noctua se enamoró de un humano —suelta Sybil a bocajarro.

Me giro y la observo. Ella tiene la mirada perdida, sosteniendo una uva ante sus ojos.

—Pensaba que viviría una bonita historia de amor como la que tuvo nuestra madre con su padre. —Me mira—. Somos hijas de padres diferentes. Nunca conocí al mío, aunque no es algo que me importe. Fue una aventura de una noche. Pero el de Noctua vivió con ellas, envejeció y… murió, como todo humano. Jamás dejó de amar a nuestra madre.

»Y cuando mi hermana conoció a ese Axemoon, pensó que sería igual. Pero él le destrozó el corazón y Noctua no volvió a ser la misma. —Se lleva una uva a la boca, la mastica y la traga con calma—. Quiso vengarse echando una maldición sobre la familia: que fueran feos ellos y todos sus descendientes venideros, y ella convertirse, en apariencia, en la más bella de las humanas.

Suelta una risilla mientras regreso a la silla, atento a esta historia. Siento una llama de rabia en mi corazón por ese Axemoon que hizo creer a Noctua que es un monstruo.

—Le salió mal. La muy lerda usó crin de caballo en lugar de unicornio. ¡Como si fuera fácil confundirlos! —continúa, soltando una carcajada—. Así que no solo no afeó a la familia Axemoon, sino que la belleza de ella no sería permanente. Tiene que renovarla bebiendo de otros cada cierto tiempo, y a estos les quedan marcas como ojos de otro color, o cabellos, tatuajes, protuberancias, garras…

—¡Entonces no es una enfermedad! —grito dando un golpe en la mesa.

Todas aquellas personas que tenían algún tipo de diferencia física repentina es por esto. Se cruzaron en el camino de Noctua y ella se alimentó de ellos.

«Como hizo conmigo», me digo al recordar lo que hay a mi espalda.

—¡No la interrumpas!

Hasta ahora no me había dado cuenta de que Chip ya no está comiendo, sino prestando toda su atención a la historia que Sybil está contando.

—Y aquellos que servían en la mansión Gray dejaron de ser visibles, para que Noctua tuviera que salir si quería alimentarse de belleza, y no pudiera hacerlo de quienes la rodean.

Un nuevo silencio se instala sobre nosotros. Sybil sigue dando cuenta del cuenco, y Chip, al ver que ya no hay más que contar, se centra en un plato de sopa que llega humeante.

Yo me echo hacia atrás, pensando en cuán terrible lo tuvo que pasar Noctua para querer no solo maldecir a toda una familia —generaciones futuras incluidas—, sino cambiar su aspecto y convertirse en quien no es.

Capítulo 41
Noctua Gray

No ir no es una opción. Pero ir sola…

«No puedo hacerlo».

Respiro hondo. Llevo horas dando vueltas a este dilema. Tom celebra su aniversario y me ha invitado. Lo ha hecho porque no invitar a los Gray es una afrenta y su familia puede pagar las consecuencias, pero capto también malicia en su gesto. Le conozco lo suficiente. Es obvio que recuerda lo que pasó entre nosotros, lo que todo aquello me destrozó y me cambió.

Sin darme cuenta estoy apretando los puños con tanta rabia que mis nudillos se han puesto blancos. Me miro en el espejo y este me muestra la imagen que siempre he deseado y que, antes, quería que él viera, para que me deseara y supiera lo que había perdido. Pero, sin quererlo, mis ojos van al cuadro que se refleja detrás de mí. La imagen de una banshee poderosa, de alas negras y grandiosas, ojos color vino, piel gris brillante y mirada penetrante. De labios turgentes, negros como ala de cuervo y una cabellera reluciente como un manto de estrellas.

¿Y si lo que dice Leysan es cierto?

No puedo dejarme llevar por esos pensamientos. Recorro la estancia con la mirada y suspiro. Condené a toda la mansión para crearme de nuevo. Para convertirme en una nueva Noctua Gray y dejar a la herida relegada a un rincón de mi mente.

Enterré a la bestia bajo una maldición de magia y sombras. Enterré al monstruo bajo una capa de belleza y crueldad. Me convertí en una hermosa noble dispuesta a jugar como habían hecho conmigo. Disfrutaría de los placeres que ellos podían brindarme, me alimentaría de su belleza y…

Leysan Hattstein se cuela entre mis pensamientos. Otra vez.

Otra maldita vez veo su rostro perfecto en mi memoria. Sus sonrisas. La caricia afectuosa que ha depositado sobre mi hombro y que lo ha cambiado todo.

«Ya lo había cambiado».

Porque reconocerlo es el primer paso, pero me niego a hacerlo. Es un humano, tarde o temprano me dañará. Como hizo Tom.

«Y aunque no fuera así…».

Recuerdo la muerte de mi padre, la locura en que ello sumió a mi madre. El dolor que la llevó a perderse durante aquellos años y que nos trajo a mi hermana pequeña.

Pero también sus palabras, su voz teñida de melancolía cuando me dijo:

«Es doloroso, pero repetiría lo vivido con tu padre una y otra vez».

No lo entendía. Pero ahora…

Sacudo la cabeza apartando esa imagen de mi mente y me llevo los dedos a la cabellera rubia, apretando mis sienes. Intento pensar qué hacer. No quiero ir a ese baile.

«Aunque…»

Y doy con la solución a mis problemas.

—Leysan Hattstein irá conmigo a ese baile.

—¿De verdad, pichipunky, vas a llevarme a una de tus fiestas?

Me vuelvo hacia la puerta y no puedo enfadarme. Lo intento, quiero hacerlo. Llamo a la rabia con fiereza, la invoco. Quiero odiarle, pero sé que es demasiado tarde para ello.

Sigue con el cabello revuelto, pese a las horas que han pasado, aunque ha intentado ponérselo bien. Lleva la ropa bien colocada y me mira con ojos entornados, como sabiendo que ha dicho algo que podría enfurecerme, pero confiando en mí. Y eso me llena de un calor que creía que no podría volver a sentir.

Él no puede saberlo, así que le doy la espalda con fingida indiferencia, encogiendo un hombro. Él suelta una risita que hace que quiera correr a sus brazos.

—No me llames así.

—¿Pichipunky? Prefieres algo como… ¿mi señora? ¿Mi… ama?

Juro por la diosa que tengo que hacer gala de todo mi autocontrol para no ceder a sus provocaciones. Se ha acercado a mí por la espalda y veo su rostro en el reflejo.

Me giro hacia él tan deprisa como una exhalación y pongo mis palmas en su pecho. Él se queda quieto, pero sus comisuras se estiran y su sonrisa da un vuelco en mi corazón.

«Tengo que recuperar el control».

—Para ti, lady Noctua Gray —digo con voz firme.

Sus dedos rozan mi cintura.

—Lady Noctua Gray… —susurra con voz sensual.

—No te emociones tanto por ese baile —me aparto de él. Su olor está por todas partes y si no me alejo voy a cometer otra locura—, Hattstein. Solo vas porque eres mi esclavo y puedo obligarte.

—Si es lo que quieres creer…

—Ten cuidado.

Él me dedica una sonrisa, besa el dorso de mi mano y se marcha.

No es hasta horas después, mientras intento conciliar el sueño, que me doy cuenta de que al repasar los detalles de ese baile con Leysan el recuerdo de Tom no me ha provocado dolor, sino indiferencia. Porque el hecho de ir acompañada por el joven Hattstein lo cambia todo.

Capítulo 42
Noctua Gray

El camino en el carruaje ha transcurrido, curiosamente, en el más absoluto de los silencios. Tan solo ha habido miradas discretas, como si fuéramos dos adolescentes enamorados.

Cuando el trayecto ha terminado, mi corazón se ha acelerado y no he sido capaz de salir. He tenido que respirar hondo y cerrar los ojos.

«Puedes con esto», me digo. ¿O es la voz de Leysan?

Su mano está apoyada en mi pierna y su pulgar traza círculos sobre la tela.

Sonrío envalentonada.

Haciendo gala de lo mejor de Noctua Gray, bajo del carruaje. Mi vestido color vino se expande a mi alrededor como si flotara. Está hecho de una tela mágica, fina como la seda, que sé que será la envidia de muchas. Avanzo con paso firme y escucho a Leysan tras de mí. Los sirvientes nos abren paso. Todos los invitados ya habrán llegado. En ocasiones me gusta ser la última y así robar todo protagonismo a los anfitriones, y esta es una de esas ocasiones.

En cuanto soy anunciada, los ojos de los invitados se posan en mí y siento una ola de orgullo. Luego, pasan a mi acompañante y los susurros llenan la sala. No los escucho, pero sé lo que dicen.

«¿Noctua Gray acompañada de un joven?», «¿Quién es él?», «¿Estará hechizado?».

Me mezclo entre la gente con mi pareja a mi lado. Cojo dos copas de vino y le ofrezco una. Antes de llevarla a sus labios, me mira y brinda conmigo. Por un momento, me quedo atrapada en su mirada, en su boca bebiendo, en la línea líquida que se forma en sus labios de los que ahora me gustaría beber.

—Bienvenida, Noc.

Esa voz interrumpe la magia. Y por si fuera poco, me llama como hacía antaño. Compongo la mejor de mis sonrisas y me giro. Sigue tan apuesto, aunque se nota en él el paso de los años. A su lado hay una pelirroja exuberante, más joven que él, cuyo vestido deja entrever sus encantos.

—No pensé que vendrías.

—No podría perdérmelo —respondo sin dejar de sonreír.

—Creía que no podrías enfrentarte a esta humillación.

Coloca una mano en la espalda de su prometida y la obliga a dar un par de pasos hacia delante. La rabia crece en mi interior, mas antes de que pueda replicar, Leysan entra en acción.

—Si nos disculpáis, lady Noctua y yo íbamos a bailar antes de que más gente se una.

Me coge la copa que se lleva un camarero y, con delicadeza, me conduce de la mano hacia donde tan solo unas parejas danzan al son de la música.

Cuando se detiene, me acerca a él atrapando mi cintura entre su cuerpo y su mano, mientras con la otra sujeta la mía. Iniciamos un baile en medio de un salón donde, de

repente, estamos solos. Todo ha desaparecido a nuestro alrededor. Solo existe él, su sonrisa, su mirada penetrante.

—Gracias —susurro, aunque no sé ni por qué.

—¿Noctua Gray dando las gracias? —Suelta una leve carcajada—. Ha sido divertido ver la mirada de odio que nos ha echado ese presuntuoso.

Sonrío.

—No te acostumbres, joven Hattstein. —Alzo la barbilla—. Noctua Gray no da las gracias dos veces.

Me hace girar, despegándome de él tan solo un instante en el que ya echo de menos su calor, para volver a pegarme, esta vez con más ahínco. Me ha dado tiempo de repasar su vestimenta y comprobar lo bien que le queda; pantalones color crema y una chaqueta azul zafiro con botones en dorado, de lo más elegante.

—Tampoco repite dos veces con el mismo, según tengo entendido —dice con picardía muy cerca de mis labios.

—Considérate un privilegiado.

Apenas somos conscientes de que la canción ha terminado y un hombre que, en otras circunstancias podría haber sido elegido como mi próxima víctima, se ha acercado a nosotros. Carraspea.

—¿Me concedéis el próximo baile, lady Noctua?

—No.

Lo digo altiva, sin pensar. No quiero despegarme de Leysan, es como estar en otra realidad que no quiero que termine.

—Lady Noctua —interviene mi pareja al ver la expresión del hombre— me ha reservado todos los bailes de esta noche solo a mí. Así que podéis decírselo a todos los que están haciendo cola.

Para mi agradable sorpresa, Leysan le despide con un movimiento de mano, como si llevara toda la vida tratando con gente así.

Una nueva melodía invade el salón, y mi acompañante me aleja del invitado que no se ha movido del sitio.

—Me sorprendes, Hattstein.

—Un comerciante sabe cómo manejar a las personas, sea cual sea su estatus.

Un nuevo giro. Mi corazón latiendo a mil.

—¿Y qué te hace pensar que bailaré solo contigo?

Me aprieta contra su cuerpo y le miro a los ojos. Los suyos tienen una intensidad que me absorbe. Sus labios descienden hasta rozar los míos.

—Eres más expresiva de lo que piensas, Noctua.

El roce se convierte en un beso. Pero no uno salvaje y ardiente como todos los que hemos compartido, sino dulce y apasionado que logra despertar las mariposas que habían estado dormidas durante años.

Capítulo 43
Noctua Gray

Por primera vez, amanezco con una sonrisa en mí. No una de orgullo por haber logrado atrapar a otro incauto, sino de esas que son de simple… felicidad.

Aunque el anfitrión de la fiesta fuera Tom Axemoon, en ningún momento volví a tener más contacto con él que apenas unas miradas asesinas que lanzaba a Leysan.

Al mirarle, mi corazón no sentía nada. Yo no sentía ira, ni rencor, ni rabia. Tan solo indiferencia. Y esto fue gracias a Leysan.

Darme cuenta de ello me vuelve a producir un cosquilleo en el estómago y me apoyo en el codo para incorporarme un poco. Mi cabello salpicado de negro resbala por mi hombro y roza la espalda de Leysan, que duerme de espaldas a mí. Contengo el aliento admirando el tatuaje de su espalda. Las alas que yo provoqué cuando me alimenté de su belleza en un ataque de rabia le quedan perfectas.

Me siento por completo y el reflejo me devuelve una imagen que me hace tragar saliva. Los ojos rojos, la piel que se va volviendo grisácea, los labios negros, el cabello salpicado de azabache y los dedos que empiezan a convertirse en garras. Me siento tan… vulnerable de nuevo. Porque puede que en este momento le parezca fascinante —aún no entiendo cómo —, pero no dejo de ser una bestia, un…

No me percato del suave gruñido a mi lado, las sábanas se deslizan por la piel desnuda del chico mientras se incorpora, apoyando la mano muy cerca de mis nalgas, la otra mano acaricia la curva de mi cintura y su boca ahora recorre el espacio entre mi hombro y mi cuello. La calidez de su aliento me hace cosquillas en la oreja.

—¿Esta vez no vas a echarme? —susurra mordiéndome con suavidad el lóbulo de la oreja.

—Estás jugando con fuego, Leysan.

—Ya lo creo —ronronea él.

Una parte de mí quiere huir de allí. La otra quiere quedarse aquí para siempre. Porque no quiero vivir en una mentira. Otra vez no. Me toma con suavidad de la barbilla y me vuelve hacia él. Sus ojos oscuros me miran con ternura y trago saliva, esquivo su mirada y paso sobre mi reflejo intentando aparentar normalidad.

—Eres preciosa.

Suelto una risita y entorno los ojos, apartándome de su gesto y envolviéndome un poco más con la sábana. Cierro las manos en puños para ocultar las garras.

—No tienes que mentirme.

El dolor que se refleja en mi voz hace que me muerda el labio. No quiero que sepa lo que sus palabras remueven en mi interior. Lo que él me produce. Saberlo le da poder sobre mí y…

—¿Crees que esto es mentira?

Me toma una de las manos y la pone sobre su pecho. Al otro lado el corazón late desbocado. Sonrío intentando aparentar suficiencia y chasqueo la lengua. Él alza una ceja y toma mi otra mano.

—Si eso no te convence… —Pone la otra mano en su entrepierna y el calor acude a mi rostro.

—Pero yo…

—Tú eres perfecta. Tú —señala el reflejo— eres perfecta.

—Y tú, Hattstein, eres un embaucador de mucho cuidado.

Contesto alzando la barbilla y mirándole con altivez, pero eso hace que su mirada se oscurezca aún más y sus labios se tensen en una sonrisa lasciva que conozco bien. Y esos malditos hoyuelos perfectos se marcan más que nunca.

—Olvidas que estás ante una criatura oscura —insisto, pese a ello.

Le empujo con una mano y él se deja caer en la cama. Me pongo de rodillas, apoyando mis nalgas sobre mis pies y levanto las manos sobre mi cabeza acomodándome el cabello. Sé bien lo que estoy haciendo, con esta luz mis curvas se dibujan con claridad, pero él no despega la mirada de mis ojos.

—Y tú olvidas que tu pelo brilla como una noche estrellada.

—Soy una bestia de pesadilla —siseo apoyando las manos en el colchón y avanzando hacia él como una gata.

—Eres un sueño, Noctua.

—Un sueño monstruoso.

Llego a su altura y me inclino para posar un suave beso en los labios de él. Su acto reflejo es cogerme de la nuca, pero he previsto ese movimiento y sujeto sus muñecas.

—Soy poderosa. Soy una banshee.

—Me tienes a tus pies.

Suelto una carcajada, le suelto al fin y me levanto. Camino por la habitación hasta que llego al espejo de cuerpo entero. Me falta el aliento, mi cuerpo arde y aún siento calor en las manos allí donde le he tocado. Pero lo que de verdad siento es este aleteo en todo el vientre, un ardor en el pecho que me hace sonreír como una boba aunque intente contenerlo.

El siseo de las sábanas me indica que él también se ha incorporado y me ha seguido. Me rodea la cintura con los brazos y apoya su cabeza en mi hombro. Nos miramos y él dice una única cosa.

—No quiero que el contrato se rompa.

Capítulo 44
Leysan Hattstein

Y es cierto. Quiero quedarme a su lado. Porque aunque mi cuerpo va por libre, la atracción que siento por Noctua va más allá de esta necesidad de estar dentro de ella. Quiero conocer a la verdadera Noctua Gray. La que oculta bajo esa belleza rubia, la que oculta tras esa máscara de altivez e indiferencia. Porque he visto cómo me mira en ocasiones, cómo aparta los ojos siendo consciente de su error. No se da cuenta, pero yo sí. En mi oficio es importante estar atento a las señales, a las pequeñas expresiones que se nos escapan y delatan nuestros verdaderos sentimientos. La manera en que observa su reflejo cuando pierde la forma humana me parte el corazón y de verdad anhelo que sea capaz de verse de verdad. Y es lo que pretendo en este momento, cuando ella se vuelve hacia mí y en un suave movimiento vuelvo a ponerla mirándose en el espejo.

—Eres perfecta.

Sé que ya lo he dicho, pero es justo lo que siento. Y la rodeo, me pongo frente al espejo y me arrodillo ante ella. Veo la lujuria en sus ojos, pero también la sorpresa. Sus garras, delicadas como una caricia, se deslizan por mi cabello en una súplica silenciosa. Pero mi intención en este momento no es llevármela a la cama —al menos no de entrada— sino enseñarle lo que yo veo.

—Mírate Noctua —le pido en un susurro.

Y, para mi sorpresa, obedece. Sonrío sin dejar de mirarla. Ella tiembla un poco, se muerde los carrillos y sus ojos rojos van de su cabello a sus garras, a mí, que sigo mirándola embelesado.

Beso la parte interna de sus muslos, asciendo por su ingle e, ignorando el calor que emerge de su entrepierna, subo por el monte de venus hasta el ombligo, me levanto y sigo trazando un camino de besos entre sus pechos hasta llegar a su cuello. Me incorporo del todo y entonces le acaricio la mejillas despacio antes de besar el puente de su nariz, la barbilla y, al fin, sus labios. Ella se aferra a mí con fuerza, sus dedos se entrelazan entre mi pelo y el gemido ronco que brota de su garganta entre besos me hace perder la compostura.

—Noctua, yo…

Mi voz se ahoga cuando el chirrido de una puerta y los cascos de caballos se escuchan con claridad al otro lado del balcón abierto.

Se aparta con hastío y resopla.

—No me dirás que después de esta noche, Noctua Gray aún se ha quedado con hambre —digo poniendo mucho énfasis en la última palabra.

En respuesta ella lanza un vistazo a mi erección y sonrío.

—No me escondo —alzo las manos—, siempre tengo un hueco para mi ama.

—Eres un bribón.

Me da la espalda y empieza a vestirse. Advierto sus alas. Lleva demasiado sin alimentarse y estas están cobrando forma a su espalda.

No me puedo creer que esa criatura pueda llegar a sentir algo por mí.

—Será mejor que dejes de mirarme y te vistas, Hattstein.

Estoy recogiendo las ropas de la estancia cuando ella se pierde por los pasillos. Y su ausencia me deja una sensación extraña. Un frío que tiene poco que ver con la brisa de otoño que se cuela por el balcón.

No es la primera vez que estoy con una mujer, aunque mi experiencia dista de ser tan dilatada como la de Noctua, pero esta vez… es diferente, me siento fascinado. Una necesidad casi enfermiza de tenerla cerca, de sentir su piel sobre la mía. De verla reír, bromear. Mostrarse como es y permitirme a mí verlo. Porque Noctua se ha ido desnudando poco a poco y no hablo de la ropa, sino de su corazón. Esa coraza ha ido cayendo y yo soy la causa. Esto me hace estremecer, me acelera el pulso y me arranca una sonrisa bobalicona.

Y sí, me alegro de que el contrato nos uniera porque ahora lo que me ata a ella va más allá de la magia. Hay algo más poderoso entre nosotros. Una fuerza invisible que nos tiene presos del cuerpo del otro, una magia inquebrantable hecha de fuego, pasión y… ¿amor?

«Por supuesto que es amor, Leysan».

Capítulo 45
Leysan Hattstein

Noto que algo va mal en cuanto pongo un pie en el pasillo.

Gritos conocidos llegan a mis oídos y contengo el aliento. ¿De qué me suenan esas voces?

No… No puede ser. Serán imaginaciones mías.

Corro siguiendo el sonido de la discusión y llego hasta el vestíbulo, donde las puertas están abiertas y me muestran el exterior. Allí hay varias personas que conozco bien, a las que deseaba volver a ver con todo mi ser. Y aunque una sonrisa empieza a florecer en mi rostro y mi primer impulso es correr a abrazarlos, mis ojos se posan en una ballesta que tiene una flecha brillante, apuntando directamente a Noctua.

—Libera a mi hijo, monstruo.

«No, padre, ella no es un monstruo», quieren decir mis labios, pero nada sale de ellos.

—Créeme que lo haría si pudiera, Hattstein.

El tono de Noctua… Percibo en él sinceridad. Me liberaría de verdad. Porque me ama.

—¡Mientes! —chilla mi madre.

—Te daremos dinero, lo que quieras.

Mi amada suelta una risa gutural.

—El Contrato de Magia Inquebrantable no se puede romper. Debe cumplirse, y ni yo puedo hacer nada al respecto.

Un sollozo de mi madre y mis tías, armadas con espadas mágicas, imbuidas por la magia de Narcisa.

—¿Pretendes que nos creamos que un ser tan poderoso como tú no puede romper un papiro mágico? —suelta padre con desprecio.

Casi puedo leer los pensamientos de Noctua.

«La magia tiene sus límites».

—Me es indiferente que lo creáis o no. Podéis pasar a ver a vuestro hijo si lo deseáis, o marcharos por donde habéis venido.

Noctua gira sobre sus talones y suelto todo el aire que había estado conteniendo sin darme cuenta. Mas un clic nos alerta a los dos. Ella da media vuelta, convirtiéndose en el blanco perfecto. Yo, que al parecer acabo de recuperar la movilidad, corro sin pensar, corro hacia el exterior con la única idea de salvar a Noctua. Y sé que lo consigo cuando, de espaldas a mi familia, siento cómo la flecha penetra en mí, siento el dolor de la muerte, y veo la expresión de terror de la banshee.

Mis piernas dejan de sostenerme y lo hace ella, que se arrodilla ignorando los gritos de mi familia, que suenan lejanos a mis oídos.

—Leysan…, ¿qué has hecho?

—Demostrarte que… moriría por ti…

Las lágrimas de Noctua caen sobre mí y yo cierro los ojos, abandonándome al frío abrazo de la muerte.

Capítulo 46
Noctua Gray

El contrato aparece entre nosotros y, ante la mirada de los Hattstein y la mía, se escriben unas letras en un rojo sangre:

«La deuda ha sido saldada».

E inmediatamente después, el pergamino se parte en dos antes de deshacerse en una bola de fuego plateado hasta desaparecer por completo. Como si esto no hubiera pasado jamás.

Acuno el cuerpo de Leysan aún inclinada sobre él, llenando su piel de lágrimas.

—No tiene que acabar así.

Noto la frialdad de mi voz, la rabia que oculta y el dolor que inunda mis palabras. La familia duda y, aunque me rodean, ninguno parece dispuesto a dar el primer paso.

—Te amo, por favor, no me dejes… —susurro una vez más sobre la piel de la oreja de Leysan.

—Apártate de él, monstruo.

El señor Hattstein ha dado un paso y alza la ballesta en mi dirección con otra flecha brillante preparada. Reconozco en él algunos rasgos de Leysan y eso hace que mi corazón se resquebraje más. Pero es en la mujer que hay a su lado en la que le veo y me gustaría gritarles que todo esto es por su culpa.

—¿Qué pretendes hacer con eso? —bufo con desdén.

Me incorporo y sé que les doy miedo. Mi cabello negro, los ojos rojos, las alas a mi espalda siseando sobre el suelo. Rodeo el cuerpo del joven Hattstein y me enfrento a ese hombre. Es más bajo que su hijo y nuestros rostros están a la misma altura, pero compenso eso extendiendo las alas a mi espalda. Él no se amedrenta y oigo el clic de la ballesta.

Esta vez me envuelvo furiosa con las alas y el proyectil se desvía cayendo a unos metros. Él carga el arma de nuevo, pero yo la cojo de un solo tirón y la lanzo más allá de los árboles.

—Al menos esta vez no me has disparado por la espalda —escupo con rabia.

No quiero hacerles daño. Sé que eso no me devolverá a Leysan. También sé que me temen, que de verdad creen que soy un monstruo. El hombre lanza un grito de guerra y saca una daga con la que me embiste. Muevo la muñeca una sola vez y mi poder le arranca el arma de las manos que se pierde en la misma dirección que la ballesta.

Siento una corriente eléctrica recorrer mi cuerpo, como si me hubiera caído un rayo, y veo que una de las tiene la mano extendida hacia mí y susurra palabras que no alcanzo a escuchar. Solo me hace falta mover la cabeza para enviarla lejos.

Y entonces oigo otro clic. Me vuelvo furiosa en la dirección de ese sonido, tan deprisa que la otra de las mujeres que está usando el arma trastabilla hacia atrás, mientras el proyectil se lanza a por mí. En el aire me envuelvo en las alas, la flecha se parte y cae a un lado. Me lanzo a por ella con un grito de rabia. Le arrebato el arma y la lanzo al tejado de la mansión.

La mujer cae hacia atrás y me elevo todavía más. Los padres de Leysan están arrastrando su cuerpo. Pronto se les unen la hermana de la señora Hattstein y la que posee magia.

Y voy a por ellos como una exhalación, seguida de mi poder. Aterrizo junto al cuerpo y una onda de magia aleja a sus familiares.

—Leysan… —susurro.

Y, entonces, el aire se mueve a mi alrededor y otro par de alas me envuelven. Mis ojos se encuentran con los de mi hermana, que evalúa confusa la situación y después busca mi mirada. Veo verdadero dolor en ella. Incluso Chip, sobre su hombro, parece afectado.

—Noctua… —balbucea.

No escucho su voz, pero ha vocalizado a la perfección mi nombre.

—Noctua.

Esta vez su voz es una petición suave. Me quedo sin fuerzas. Grito de frustración, porque esto no puede estar pasando. No puede ser real. Y, aunque mi hermana me separa de esa gente, mi rabia se desata. Mis llantos se confunden con mis gritos y a mi alrededor los cristales y espejos empiezan a resquebrajarse. Incluidos los del carruaje, lo que hace que la familia grite aterrada.

Y no me importa.

Han venido a rescatar a su hijo de las garras de una bestia.

Quieren al monstruo y yo se lo he dado.

Capítulo 47
Leysan Hattstein

Me duele la cabeza y. medio en sueños. me llevo las manos a las sienes, confuso. Parpadeo varias veces acostumbrándome a la luz que inunda la estancia y despierto por completo.

Siento la boca pastosa mientras me incorporo con lentitud. Los murmullos se extienden a mi alrededor y unas manos suaves recorren mis mejillas, mis hombros y finalmente me envuelven en un cálido abrazo.

—Mamá… —susurro.

—¡Oh, Leysan!

Tiene la voz rota y yo intento recordar, pero no hay nada. Solo… confusión y… El dolor de cabeza se hace más fuerte y poco después aparece mi padre en el umbral de la puerta y se sienta en la cama. Me toma de la mano con lágrimas anegando sus ojos.

—Pero… ¿qué ha pasado…?

Ambos se miran y después me examinan con preocupación.

—¿No recuerdas el secuestro? —pregunta con suavidad mi padre.

—¿Secuestro? ¿De qué estás hablando?

Termino de incorporarme y apoyo la espalda en el cabecero de la cama. Entonces siento el tirón en la espalda. Un dolor nuevo. Hago una mueca y me llevo las manos a la zona resentida.

Mi memoria es una niebla densa en la que apenas puedo discernir nada más que sombras difusas, como si…

—No te preocupes. —Mi madre se ha apartado un poco de mí y me mira con cariño.

—Contadme qué ha pasado —pido mientras alcanzo un vaso de agua que hay en la mesita.

—Un terrible y poderoso monstruo te secuestró —explica padre—. Pero ya no importa. Eres libre.

Varias imágenes acuden a mi cabeza. Una mansión oscura y fría. Un ser en los espejos. Trabajos imposibles.

Me acaricio la frente y sonrío. Estoy en casa, con mi familia. Me haré cargo del negocio familiar como siempre he deseado. Entonces vuelvo a notar el dolor tras de mí.

—¿Qué me pasa? —inquiero echándome hacia delante y mirando por encima de mi hombro desnudo. Alcanzo a ver una venda. Grito horrorizado.

—Tranquilo, Leysan. Ese monstruo te torturó e intentó matarte. —Padre endurece la mirada—. Gracias a los conocimientos mágicos de tu tía Narcisa pudimos salvarte la vida.

Nada más nombrarla, entra mi tía acompañada de su esposa. Ambas me abrazan entre lágrimas de alegría. Sintiéndome pleno, me levanto y estiro ante ellos. Me siento bien, aunque imagino que he pasado varios días convaleciente.

—Deberías descansar más —me pide mi madre.

—Me encuentro muy bien. Estoy preparado para retomar las riendas de mi vida. —Cojo una camisa y la abotono mientras miro a padre—. ¿Qué me he perdido en todo este tiempo?

***

Pasamos el día sumergidos en el negocio. Ha hecho nuevos clientes aunque también perdido bastantes, por causa de su preocupación por mí y buscar la forma de salvarme.

—Recuperaremos a todos los clientes —le prometo cogiéndole la mano y apretándosela con cariño—. Estoy aquí de nuevo y nada volverá a separarme de vosotros.

Y, así, organizamos reuniones para los próximos días en los que hablaré con esas personas y lograré que vuelvan a trabajar con nosotros.

Ya por la noche estoy revisando algunos papeles cuando se acercan mis padres y se sientan conmigo en el comedor. Madre no puede evitar mirarme con ternura y los ojos empañados, y puedo entenderla, aunque yo no recuerde haberlos echado en falta. A lo largo de la tarde sí he tenido algunos recuerdos de oscuridad, de hambre, de dolor. De sentirme solo. De un deseo de escapar. Sin embargo, solo son piezas de un puzle que no alcanzo a terminar de encajar. Aunque no sé si deseo hacerlo. Entre esos retazos y las palabras de mis padres, sé que tuvo que ser un cautiverio terrible, y no deseo volver a pasar por ello, aunque solo sea en mis recuerdos.

—Hijo, ya que has vuelto y todo debe seguir adelante… —empieza mi madre. Sin embargo, desvía la mirada, como si no fuera capaz de continuar.

Adivino qué han venido a decirme.

—Mi compromiso.

Padre asiente.

—Ya teníamos a la candidata perfecta, y ha esperado por ti.

Trago saliva mientras siento un nudo en el estómago. Sabía que este momento llegaría al cumplir los veintiún años, pero no que me causaría una gran desazón. Siento como si mi corazón se hubiera cerrado por algo que desconozco.

Capítulo 48
Noctua Gray

El dolor es tan fuerte que me ahoga. Apenas soy capaz de salir de la cama. Ahora comprendo la locura que dominó a mi madre cuando padre murió.

He perdido la cuenta de los días que han pasado. ¿O han sido semanas?

Una bandeja de comida llega flotando a través de la puerta que alguien ha abierto sin llamar. No miro de quién se trata. Me he negado a ver a nadie en estos días, incapaz de lidiar con otras personas. Lo único que quiero es estar sola con mi dolor.

Sin embargo, tras tanto tiempo sin comer, mi cuerpo exige que lo haga, aunque sea poco. A regañadientes me deslizo entre las sábanas y, con pasos lentos e inestables, me acerco a la mesa de madera oscura que hay en el centro de esta habitación. Porque no es la mía. No he sido capaz de volver a ella, cada vez que lo he intentado, me asaltan los recuerdos de su calor, de su olor, de sus caricias y palabras…

Una lágrima osa escapar de mis ojos y resbalar por mis mejillas, mas no la detengo. Me llevo una fresa a los labios. Su dulce aroma me atrapa, aunque mi estómago se niega a aceptar nada sólido. Pero me obligo a ello. Aunque sea un poco.

Tras comer cuatro fresas y no poder más, aparto la bandeja de mí. Mis ojos se dirigen sin mi permiso a los espejos que me rodean. La banshee me devuelve la mirada. Está demacrada, más pálida de lo normal, con los cabellos despeinados y el brillo casi me parece apagado, aunque sea imposible. El color vino de los iris es triste, con menos intensidad.

Me incorporo con los dientes apretados.

Grito.

Extiendo los brazos, y chillo con más fuerza.

Los cristales de plata estallan a mi alrededor y me envuelven en un abrazo de estrellas sin brillo.

«No lo soporto».

Salgo de la habitación y recorro la mansión Gray rompiendo cada espejo a mi paso.

No los rompo por no ver al monstruo.

Lo hago porque ese monstruo de los reflejos es a quien Leysan amaba, y es demasiado doloroso.

Capítulo 49
Noctua Gray

Camino como un fantasma por los terrenos, vestida únicamente con un camisón blanco. La noche es oscura y solo el brillo plateado de mi cabello puede revelar mi posición. Recorro la fachada de la mansión, cuyos cristales ya han sido reparados, y los recuerdos son como cuchillos de hielo. Muestran un reflejo muy diferente al que he mostrado durante años.

Ya no me oculto. No es necesario.

Siento su ausencia como un peso en el pecho. No hay espacio para nada más que no sea dolor, ni siquiera me quedan lágrimas que derramar.

A pesar de cómo acabó todo, cómo se llevaron su cuerpo, no los perseguí. No envié a nadie a buscarlos. Ni siquiera he osado acercarme a su lugar de procedencia.

«Leysan Hattstein…».

El recuerdo de su nombre es dañino, pero empoderador.

Porque él me enseñó a recomponerme. A aceptarme. A quererme.

Y ahora muestro mi aspecto al mundo. Por él. Por mí.

Aunque el dolor por la tristeza me domina, he sido capaz de salir a plena luz del día, compartir con Sybil paseos por la ciudad. Y, lejos de todo pronóstico, a pesar de que algunas personas sí se han quedado mirándonos sorprendidas, la gran mayoría han pasado de nosotras. Como si fuéramos parte de la ciudad y no mereciéramos su atención.

Ello me ha reconfortado. Y mi hermana me ha echado varias miradas en más de una ocasión que significan: «Te lo dije». Porque sí, lleva años diciéndomelo. Tratando de convencerme de que no somos monstruos como Tom me hizo creer. Y yo le creí, cegada por el odio y el rencor, por la sed de venganza, por las ganas de ser una humana, la más bella, pero humana, al fin y al cabo.

Y ha tenido que ser Leysan quien me abriera los ojos. Sé que Sybil no me guarda rencor, aunque debería, mas yo sí me siento culpable por ello.

Por causa las banshees hemos sido temidas especialmente entre la alta nobleza, entre aquellos en quienes descargué toda mi rabia. Por ello surgió un acuerdo tácito de no mostrarnos, de no usar nuestra magia, y seguir siendo aceptadas. Aunque, en el fondo, sé que de todas formas, por llevar el apellido Gray, hubieran hecho la vista gorda. Mas yo quise mezclarme entre ellos como si fuera una más, a la vez que me desquitaba.

—Alguien está a punto de cumplir los cuarenta años… —canturrea la voz de mi hermana sacándome de mi ensimismamiento.

Mis mejillas enrojecen. Cumplir los cuarenta para una banshee es como para un humano llegar a los veinte o veintiuno. Es un momento de cambio, en el que dejas de ser adolescente para convertirte en… ¿adulto? Aunque yo, a raíz de la muerte de nuestra madre, tuve que dejar atrás la inmadurez y hacerme cargo de mi hermana y del legado Gray.

—No —es lo único que digo.

—Oh, ¡vamos! —Sybil hace un puchero—. Él querría que lo celebraras como mereces.

Mi primer impulso es gritarle. Pero tiene toda la razón y lo sé muy bien. Por eso he dejado atrás mi apariencia humana, porque sé que es lo que Leysan querría. Y, también, porque ahora, cada vez que me miro en un espejo —ya no hay tantos como antes, los que sobrevivieron a mi dolor los hemos regalado en el mercado de la ciudad—, no veo un monstruo.

Me veo a mí.

Me echo hacia atrás apartando el libro que estaba leyendo frente al fuego. Hace muchos años que no se celebra una fiesta en la mansión Gray. Y debo reconocer que, en mi interior, hay unas ganas locas de volver a retomar esa tradición.

Un baile de máscaras por mi cuarenta cumpleaños.

En honor a Leysan.

Capítulo 50
Leysan Hattstein

El salón está vestido de gala. Es un edificio enorme que utilizan las familias del pueblo para las grandes fiestas y la de mi compromiso no podía ser menos. La escalinata que hay frente a mí tiene las barandillas a rebosar de flores y arreglos coloridos que me hacen sentir… extraño.

Mi prometida, a la que apenas he visto en un par de ocasiones en mi vida, es hija de un comerciante rico de Ligthbrook. Blaine Springer es una joven dulce, de cabello castaño y grandes ojos almendrados, azul oscuro.

Es hermosa, delicada como una flor de primavera. No la conozco y no es que esta tradición me guste, pero…

«No todos tenemos la suerte de Noctua de hacer y deshacer a su antojo…».

Frunzo el ceño. Sacudo la cabeza y aparto esos pensamientos de mí. Me pasa últimamente en mi día a día. Me vienen imágenes, palabras cuyo significado no acierto a comprender y en la mayoría de ocasiones no sé si son delirios o realidad.

Subo las escaleras hacia el gran salón donde se va a anunciar el compromiso. Cuando atravieso las puertas me encuentro la sala llena de gente. A algunos los conozco de toda la vida de la ciudad, también hay comerciantes y otras tantas personas que no conozco de nada, que intuyo que son familia y conocidos de mi futura esposa.

«Mi futura esposa».

No me gusta cómo suena y me obligo a avanzar, incómodo, porque sé que es lo correcto. Enseguida siento un brazo entrelazándose con el mío. Es mi tía Narcisa que ha venido en mi auxilio.

Como sanadora del pueblo, su posición es muy respetada por sus grandes habilidades mágicas.

—¿Estás bien? —me pregunta con un susurro, mientras sonríe a nuestro alrededor.

—Supongo que sí.

Ella hace un mohín apenas perceptible, mientras me arrastra por el salón en dirección a mi futura esposa, a la que veo charlando entre risas con mis padres. Por alguna extraña razón siento un rechazo inmediato y repentino.

—Sabes lo que pienso de esta tradición —digo sin pensar.

Ella me mira con ojos entornados por toda respuesta y se detiene, fingiendo arreglarme la chaqueta.

—Cuando conocí a tu tía —lo dice con ojos brillantes—, ambas estábamos prometidas con otros candidatos.

—Lo sé.

La historia de Narcisa y Desi siempre ha sido la más contada en nuestra casa. Una historia con un amor imposible entre dos chicas que vivían la una por la otra. Huyeron juntas hasta que anularon el contrato que…

«… no quiero que el contrato se rompa…».

Mi propia voz, como viniendo de un sueño, resuena en mi cabeza y trae consigo imágenes confusas. Tendido en una cama, al lado de…

«Un monstruo».

Pero no siento que fuera un monstruo, sino más bien…

Contengo el aliento, porque mi corazón late a toda prisa y algo despierta en mí.

«¿Me tenía hechizado?».

Me atraganto con mi propia saliva y los ojos suspicaces de Narcisa me evalúan con interés.

—¿Cómo me salvaste? —pregunto.

Mi tía desvía la mirada un instante, suficiente para que perciba la duda en ella. Así que la tomo de las manos y las aprieto con firmeza, instándole a hablar. Hay algo en todo esto que se me escapa y quiero comprenderlo, necesito saber más.

—Pues, en realidad…

—¡Ah! ¡Al fin estáis aquí! —Mi madre me aparta de su cuñada y me lleva hacia padre.

Me vuelvo un solo segundo para intercambiar una mirada de disculpa con Narcisa, pero ella se muerde el labio y sacude la cabeza en un gesto que conozco bien. Algo le preocupa. No me da tiempo a meditarlo demasiado, pues cuando vuelvo al frente me encuentro con mi prometida.

Blaine me mira con curiosidad y una sonrisa dulce pintada en el rostro. Tras ella están sus padres, a los que ya me han presentado, pero a los que saludo con formalidad. La chica da un paso tímido hacia mí y sus dedos se entrelazan con los míos. Su tacto es sutil y delicado.

«Demasiado delicado».

Percibo algo nuevo en mis propios pensamientos, y entonces…

«Unas garras tan suaves como sugerentes atraviesan mi pecho».

Casi percibo ese contacto en mi piel y trago saliva.

«Garras enredándose entre mi pelo».

Tan seductoras como…

«Si pudieras verte como yo te veo…».

Carraspeo con disimulo, por alguna razón un estremecimiento recorre todo mi cuerpo. Y me siento muy lejos de aquí, lejos de la chica que aún sostiene mi mano mirándome con el rostro ladeado.

—¿Bailamos? —le digo besándole la mano.

No siento nada cuando mis labios rozan la piel tersa, aunque ella se sonroja y sonríe. Nada.

«Porque no es Noctua».

«¿Noctua? Así se llamaba la bestia que me torturaba».

«Para ti, lady Noctua Gray».

Y esa voz es fuego en mis venas. Es el aliento que me falta. Es…

«Una completa locura, Leysan».

La música empieza y nuestros cuerpos se unen. Estoy distraído, pero ella no parece darse cuenta. Empezamos a girar por la sala al ritmo de la melodía. Las luces relucen a nuestro alrededor y…

«Cabello oscuro brillante de estrellas».

Suspiro.

«Eres un sueño, Noctua».

Las imágenes se mezclan en mi cabeza. Unos labios negros curvados en una sonrisa. Mi boca atrapada en la suya.

«Soy tu esclavo…».

Tengo que obligarme a mantener mi expresión más neutral, pero no lo consigo, porque Blaine me mira con preocupación y se pega más a mí, en un vano intento por sostenerme. Las imágenes bailan en mi cabeza, amenazando con volverme loco.

—Sir Leysan… —Su voz, tan suave como la caricia de los pétalos de rosa.

—Estoy bien —contesto, intentando mantener la compostura.

Pero no lo estoy, y cuando la canción termina me retiro a un lado, dejando a mi prometida confusa. Sé que no lo merece, apenas soy capaz de prestar atención a sus palabras. Tiene que ser el hechizo de esa bestia que no se ha roto. No del todo.

Me calmo, respiro hondo. Pero mi nerviosismo crece.

—Tengo que salir de aquí —susurro a la nada.

Y me voy sin mirar atrás ni una sola vez.

Capítulo 51
Leysan Hattstein

El lugar más tranquilo de la ciudad es el cementerio. Nadie me buscará ahí y menos el día en que se anuncia mi compromiso. Debería estar contento, exultante, de hecho. Blaine es una chica culta, bonita y tan correcta que…

«Yo necesito más».

«Una boca ardiente, que recorre sin pudor mi piel. Unos dientes que rodean mi cuello arrancándome jadeos».

«Oh, Noctua…».

Me estoy volviendo loco por completo. Avanzo entre las tumbas en silencio intentando ordenar mis pensamientos. Los recuerdos que han ido acudiendo. Esas reminiscencias tan extrañas. Primero solo recordaba castigos, trabajos imposibles, el hambre… Pero ahora también están…

Siento el calor en mis mejillas.

Ahora están esas fantasías eróticas que me hacen pensar que, además de torturarme, ese monstruo me hechizó para que fuera su esclavo sexual o…

«No pareces precisamente obligado en esos recuerdos, Leysan».

Esa vocecilla tiene toda la razón. Porque, además, cuando lo recuerdo, hay algo más que me hace sentir extraño. Como si…

«Como si amara a la bestia…».

Pero eso no es posible porque…

Alzo la mirada al cielo que empieza a teñirse de atardecer y entonces capto un brillo por el rabillo del ojo.

«No eres un monstruo, Noctua».

Otra vez, ese nombre. Mi voz pronunciando su nombre con adoración. Con pasión y deleite y… una emoción que me perturba,

Un siseo de alas arrastrándose y, de pronto, un grito ahogado. Me vuelvo y me encuentro ante una banshee.

Mis pensamientos se ordenan y creo conocer la respuesta a estas emociones que me llevan volviendo loco toda la velada. Es su presencia. Su magia. Ha vuelto a por mí.

Tendría que haber imaginado que el poder de una criatura como esa está lejos del alcance de mi tía Narcisa, por eso dudaba. Por eso me miraba así y…

—¡Estás vivo! —La criatura aletea rápido hacia mí.

Doy un paso hacia atrás y mi espalda choca con una tumba.

—¡Apártate de mí, monstruo!

Ella se queda estática en su posición y frunce el ceño. Resopla y entonces soy yo el que avanza.

—¡Libérame! —grito con rabia.

La banshee alza los ojos y estos me miran con un brillo divertido que me hace enfadar todavía más.

—Tu hechizo no ha desaparecido, pero escúchame, no soy el esclavo sexual de nadie.

Me acerco envalentonado por la rabia, que ha ido creciendo dentro de mí, y cuando estoy muy cerca de ella, la chica hace algo inesperado y levanta las manos evitando que me acerque más. Después rompe a reír.

—¿Te parece divertido tenerme a tus pies? No sé qué magia has utilizado, pero…

«Mi boca reclama tu sabor. Mi cuerpo anhela el tuyo. Mi…».

—Para el carro, Leysan, yo no soy tu Julieta.

Frunzo el ceño. Le cuesta trabajo hablar entre risas.

—No soy tu ama. —Sube y baja las cejas deprisa.

—Pero…

—El contrato se rompió cuando tú… —Duda—. ¿Cómo puedes estar vivo?

Se lleva una mano para taparse la boca, como si hubiera llegado a una conclusión. Rápida como el rayo se sitúa a mi espalda y de un tirón de la camisa hace que salten los primeros botones y quede a la vista mi espalda.

—Las alas…

—¿De qué alas estás hablando? —Me zafo de su contacto.

No hay modo de que me pueda abrochar los botones, pues estos han salido disparados, pero no es algo que me preocupe.

—No están —sigue ella—. Las alas te protegieron de la flecha.

—Mira, no sé de qué…

—Tengo mucho que contarte. —Suspira—. ¿Vienes conmigo? —Hace un movimiento de mano y escucho los cascos de caballos y las ruedas de un coche.

Y, por alguna extraña razón que desconozco, confío en Sybil Gray…

«¡Ese es su nombre!».

… y la sigo hacia un carruaje oscuro, tirado por caballos invisibles.

Capítulo 52
Leysan Hattstein

Debería haberme despedido de mi familia. Tal vez… Pero cuando Sybil empieza a relatarme lo que he olvidado, comprendo que, de haberlo hecho, habrían intentando detenerme. No todos los recuerdos acuden mientras ella me cuenta una historia que parece de libro, pero sí las sensaciones. Sentimientos que habían quedado ocultos.

—Me robó belleza para mantenerse hermosa —repito cuando llega a la parte del tatuaje de las alas.

Los recuerdos acuden confusos. Una pelea, Noctua alzando una mano hacia mí y su cuerpo cambiando. Ocultando sus rasgos banshees —que tan bellos me parecen— y volviéndola una belleza rubia. Y el dolor. Un dolor que me ardía en la espalda y que me dejó unas alas que cubrían toda mi piel.

«Sus dedos recorriendo el contorno del tatuaje…».

Me remuevo en mi sitio, porque sé que, como siempre, ese va a ser un recuerdo tórrido. ¿Es que no podíamos hacer otra cosa?

—Y eso te salvó. —La voz de Sybil interrumpe la visión.

—Pero… ¿cómo es eso posible?

Ella tamborilea con los dedos en el asiento que hay a su lado y después me sonríe.

—Las alas de las banshees son una coraza, nos protegen de proyectiles, aunque estos estén envenenados con esencia de estramonio —suspira—, cuando te interpusiste para salvar a Noctua…

—¿Eso hice?

Pero mi pregunta suena débil, porque eso empiezo a recordarlo. Gritos, confusión, Noctua dando la espalda a mi familia y una flecha brillante surcando el aire.

—Cuando te interpusiste para salvar a Noctua —repite con un brillo malicioso en los ojos rojos— saldaste la deuda del contrato y hubieras muerto, de no ser porque tenías el tatuaje.

Miro por la ventana, estamos acercándonos a la ciudad vecina.

—Siempre he pensado que cuando Noctua robaba belleza simplemente los rasgos que dejaba en esos infelices eran un efecto colateral, sin más importancia. Un cambio permanente en sus cuerpos, pero, al parecer, también deja algo de nuestra magia. En tu caso, al ser unas alas…

—También tenían esa propiedad protectora. Pero entonces…

—Desaparecieron, sí. El estramonio destruyó esa parte banshee que había en ti.

Trago saliva. Entonces no fue el conocimiento de Narcisa lo que me salvó, seguramente ellos no llegaron a ver las alas. No lo entendían. Por eso dudaba, mi tía no comprendía cómo había podido salvarme.

—Y… ¿dónde me llevas?

Aunque ya conozco la respuesta.

—A la mansión Gray, por supuesto.

«Con Noctua».

Y mi corazón empieza a latir más deprisa. Una necesidad que no sabía que tenía. Algo que va más allá del contrato me unía a Noctua, unos hilos invisibles que no comprendo, pero que deseo seguir. Porque necesito regresar a ella. Porque, en este momento, lo único que me importa es volver a besarla.

Y no es que esté bajo ninguna magia oscura. No. Aunque mis recuerdos sean difusos reconozco a la perfección esto que me mantiene en vilo.

«Estoy enamorado de Noctua Gray».

Capítulo 53
Noctua Gray

Es el día. Todo está dispuesto para la celebración. Mi cuarenta cumpleaños ha llegado y, con él, el cambio que dará mi vida.

Noctua Gray se mostrará como la banshee que es.

Retomará las fiestas de Amyste Gray.

Ahora la mansión Gray luce como antaño. Luces mágicas brillan dentro y fuera mientras anochece, y los invitados bajan de sus carruajes, asombrados y hasta entusiasmados por haber vuelto, después de tantos años. Otros muchos no llegaron a vivir la experiencia de las fiestas de madre, pero, desde mis aposentos, veo el brillo de emoción en sus ojos.

Mis sirvientes invisibles reparten las máscaras, confeccionadas exactamente igual a como lo hacía mi madre. Gritos de sorpresa y alegría llegan a mis oídos en cuanto cruzan el umbral de la entrada.

Me dirijo al espejo. Hace no más de cinco minutos que Sybil ha aparecido volando por el balcón con un vestido entre las manos que ha insistido en que me pusiera. Yo ya tenía uno pensado, y creo que es perfecto para mi regreso a la sociedad, sin embargo, sé que a ella le hace ilusión. Y me apetece complacerla.

Mis ojos recorren la nueva prenda. Un vestido que va a juego con mis ojos y tiene brillos plateados como las estrellas, como luce mi cabello bien ondulado y dispuesto alrededor de mis hombros desnudos. Las mangas del vestido rodean mi piel gris para unirse en mi escote con elegancia, de forma menos generosa a como solía llevarlo en mi apariencia humana. Pero me gusta. El vestido se ajusta a mis curvas y se abre en vuelo de mi cintura a los pies, con una abertura en medio que muestra mis piernas grises y mis pies en unos zapatos de tacón que no hacen sino estilizarme.

Sonrío, contenta con lo que ven mis ojos.

Sí, soy una banshee.

Sí, soy hermosa.

Un último toque de brillo a mis labios negros y ya estoy lista para unirme a los invitados. Se acerca hasta mí una caja que contiene mi máscara de cisne de plumas blancas y doradas. Miro a Vane a través del reflejo con los ojos cargados de agradecimiento.

—Romperé la maldición, te lo prometo.

Ella me devuelve una sonrisa dulce y asiente sin decir nada.

Cojo aire antes de abandonar la habitación. Aunque he salido con mi hermana durante estos días, va a ser la primera fiesta en la que me deje ver. He seguido recibiendo invitaciones que he ignorado. Incluso me llegó una para la boda de Tom Axemoon, a quien he tenido la deferencia de invitar a esta fiesta, junto a su esposa. Que vengan o no me da igual.

Me coloco la máscara y desciendo con parsimonia. En el vestíbulo hay algunos rezagados que se saludan y hablan. Varios dirigen la mirada hacia mí y me dedican inclinaciones de

cabeza a modo de saludo.

—¡Pichipuncky!

Sybil aparece de la nada y me abraza por la espalda. La noto más contenta de lo habitual.

—No me lo digas: has ganado por fin a Chip en vuestras carreras.

Se pone a mi lado y, aunque lleva su máscara de hada, sus labios y sus ojos me sonríen y puedo percibir que es con picardía.

—Esta fiesta es muy especial, pichipunky.

Termina de descender, mas la cojo del brazo y la atraigo hacia mí. Algunas miradas siguen puestas en nosotras.

—Te agradecería que no me llamaras así en público…

—¿Por qué? Es solo un mote cariñoso, pichi… —Le lanzo una mirada asesina. Suelta una carcajada—. Vale, ¡vale! ¿Vamos?

Juntas vamos hacia la sala de bailes, una que ha permanecido cerrada, cubierta de polvo y telarañas durante años. Ahora luce como debe, con un brillo especial, música, camareros cargados de exquisitos manjares y bebidas de brillantes colores con las que los invitados se deleitan. Un aplauso invade la estancia en cuanto hago acto de presencia y mis mejillas se ruborizan.

Vuelvo a ser la antigua Noctua, y, aunque me siento vulnerable, me gusta.

Me paseo por la sala con una copa en la mano, mientras atiendo felicitaciones y recibo regalos dignos de mi persona. Y ahí está, Tom Axemoon. Me dedica una sonrisa prepotente mientras se acerca con su esposa del brazo, ambos tras sendas máscaras de lobos.

—Mis felicitaciones, lady Noctua. Estáis… —Me mira de arriba abajo con descaro y adivino que su felicitación no viene por la fiesta ni por mi cumpleaños, sino por mostrarme tal y como soy—… No encuentro palabras.

Lo dice con malicia, mas una sonrisa florece en mi rostro.

—Mi belleza es imposible de describir con meras palabras humanas.

No pierde la sonrisa, pero sus ojos brillan de rabia.

Varios cuchicheos nos rodean y en un primer momento pienso que es por nosotros, hasta que por el rabillo del ojo veo cómo algunas personas se apartan para dejar paso a alguien que se dirige hacia nosotros.

Hacia mí.

Alguien con unas ropas elegantes de tonos azules y dorados.

Mi corazón da un vuelco.

Oculta el rostro por una máscara de bestia que tan solo deja entrever sus ojos oscuros y la mitad de unos labios que…

Mi corazón está a punto de escapar de mi pecho.

«No puede ser».

El joven de la máscara de la bestia llega a mi posición, se inclina ante mí sin apartar sus ojos de los míos y me ofrece la mano.

—¿Me concedéis este baile, lady Noctua?

PLENILUNIO

La chica sonríe, mientras él enreda sus dedos en el mechón que surca la piel de su torso. Aún tienen el cuerpo sudoroso y las respiraciones agitadas. El fuego crepita en la chimenea, aunque no es necesario que haya más calor en la estancia.

El chico la mira embelesado con una sonrisa pícara pintada en los labios y entonces ella le mira, le acaricia el cabello y le atrae hacia ella. Se besan con suavidad y delicadeza y sus lenguas apenas se rozan. Él lleva la mano a la mejilla gris de la banshee y su contacto cálido hace que el corazón de ambos se inunde de amor.

El vientre lleno de mariposas, el pecho a rebosar de pasión, los cuerpos siempre anhelantes el uno del otro. Ya no hay barreras entre ellos. Los Hattstein han tenido que aceptar la decisión de su hijo y enfrentarse a las consecuencias de los Springer.

—Esto es… —dice la chica.

—… mágico —termina el chico.

—Tengo miedo.

Lo confiesa en apenas un susurro y sus miradas se encuentran. Hay un brillo diferente en ellos y él se incorpora apoyándose en un codo.

—Yo nunca te haré daño.

—Lo sé.

La chica se acerca a él, hasta que sus rostros están a un beso de distancia.

—Pero yo soy longeva y tú un humano.

—¿Eso debe preocuparnos ahora?

El chico se acerca aún más hasta unir su frente con la de ella.

—Pues…

No quiere perderle. No podría soportarlo una vez más. Su corazón tiene un límite.

—Te amo, Noctua Gray, y lo haré hasta el último de mis alientos.

Ella sonríe con los ojos ardiendo y él toma con el dedo una lágrima que se ha escapado de uno de ellos.

—Aunque tendrás que tener piedad conmigo cuando me haga mayor, no sé si podré seguir con este ritmo.

Se aparta lo suficiente como para señalar a su alrededor con la cabeza. Ella se sonroja por completo. La ropa está hecha girones en el suelo, las sábanas arremolinadas a los pies de la cama y la piel de ambos con marcas de una pasión salvaje.

—Oh, cariño, ambos sabemos que tú no eres de los que necesitan una amante… —la voz de la chica es ahora sugerente—…, sino una bestia.

—Entonces menos mal que tengo una para mí solo.

El chico se sienta por completo y ella pasa una pierna sobre sus caderas hasta sentarse a horcajadas sobre él.

—Considérate un privilegiado.

La chica se aprieta contra él con firmeza. Él deja escapar el aire y gruñe con suavidad contra la piel de su cuello.

—Lo hago a cada instante que paso contigo, lady Noctua.

Los dedos del chico se deslizan espalda abajo con una lentitud exasperante.

—Eres un bribón.

—Y tú eres absolutamente perfecta.

Y sus labios se unen en un beso, porque, aunque tiene miedo, ahora sí entiende aquello de lo que durante tanto tiempo dudó.

El amor siempre, siempre, merecerá la pena.

Agradecimientos

Gracias, lector, por estar siempre aquí. Gracias por hacer esta nueva historia posible, por darle vida, por caminar junto a nosotras en este nuevo proyecto en el que nos hemos embarcado con la escritura a cuatro manos.

Laura y Erya se conocieron por Twitter a través de sus primeras novelas de fantasía. Desde entonces, empezaron a compartir historias llenas de magia, hasta que decidieron dar un paso más y empezar a escribir juntas.

Así se dieron cuenta de que no solo creaban magia, sino mucho más, por lo que ahora no pueden dejar de pensar en futuros proyectos a cuatro manos.

Su primer lanzamiento en común fue un relato de misterio paranormal que causó sensación entre sus lectores habituales y aquellos que se lanzaron a leerlas por primera vez, *La oscuridad del otro lado*.

Se volvieron a unir con un *retelling crossover*, *El origen del invierno* satisfaciendo el ansia del fandom de Jelsa, tan extendido durante años.

Con *Las páginas de una historia de amor* se estrenan en el género del romance *cozy*, con la idea de traer a los lectores un libro que saque sonrisas y dé esperanza.

Ahora se han sumergido en el *romantasy* con *Un contrato de magia y sombras,* queriendo dar un giro de tuerca al género.

Puedes encontrarlas en Instagram y Tiktok:

@eryaescribe

@lawrendreams

SI TE HA GUSTADO, NO OLVIDES DEJAR TU OPINIÓN EN AMAZON O GOODREADAS PARA AYUDARNOS A SEGUIR CREANDO :)